

NELLY FORTET



La enlazadora de mundos

La enlazadora de mundos

La enlazadora de mundos

Nelly Fortet[©]

“Though my soul may set in darkness, it will rise in perfect light;
I have loved the stars too fondly to be fearful of the night”

Sarah Williams

Para esas personas que me leyeron
cuando nadie más lo hizo

Prólogo

Un gemido escapa de mis labios cuando me clavo una esquirra en la palma derecha, pero como voy a mitad del ascenso ni siquiera considero detenerme. Cada vez que logro apoyar la mano un escalofrío recorre mi columna. No es por el dolor, es por el sonido que hace la esquirra en contacto con la roca. El constante *click* comienza a martillar mi cráneo.

Maldito anciano loco, pienso a medida que me sujeto de los bordes sobresalientes y apoyo los pies. Tengo los dedos entumecidos por el frío, casi he perdido la sensibilidad en ellos. Están rojos e hinchados y en las zonas en que me sujeto voy dejando un camino de huellas sangrientas.

Bufo provocando que mi aliento salga como vaho y, por unos segundos, me nubla la visión. Me detengo un momento, aprovecho para recuperar el aliento y calmar mis temblorosos miembros.

Y tan bien que había partido el día.

Desperté con una seguridad de la que tardé en encontrar su origen. Después de pasar tantos meses sola en la Cordillera de los Pueles, los amaneceres se volvieron oscuros y desesperantes. Sin embargo, este era especial. Me sentía extrañamente feliz, porque por primera vez en mucho tiempo no estaba sola. Una sonrisa adornó mi rostro al recordar al anciano que rescaté la noche anterior. No estaba del todo cuerdo, pero, al menos, era compañía. Alguien con quien estar, con quien conversar, alguien con quien contar.

Agito la cabeza y retomo el ascenso. No es bueno detenerse con este frío y con el cuerpo caliente, es una de las cosas que he ido aprendiendo por ensayo y error. El sudor, bajo la chaqueta de cuero que estoy usando, es frío y baja por mi columna hasta el cinturón de mis pantalones. Siento el irrefrenable deseo de quitármelo, pero estoy a varios metros de altura siendo golpeada por un viento inclemente. No hay forma de que eso acabe bien.

Mi respiración sale entrecortada por el esfuerzo. Lanzo un gemido cada vez que apoyo la mano. No sé si seré capaz de llegar a la cima de este montón de rocas, pero tengo que intentarlo. Ese anciano es lo último que me queda, él es lo único que tengo. No lo conozco, no fue capaz de decirme más de él que su nombre, Cimi, y que tenía hambre. No obstante, es suficiente para mí.

Un sonido extraño suena sobre mi cabeza, es como un... un movimiento de algo grande y pesado... es constante... como...

Ay no.

Levanto la vista para encontrarme con las alas metálicas de un alicanto reflejando la luz del sol que comienza a brillar por el este. Parece llevar mucho tiempo dando vueltas sobre mí, pero al no proyectar sombra no lo noté antes. Es extraño. Las criaturas mágicas estamos prohibidas, más que eso, estamos olvidadas. Somos mitos, cuentos que se les narran a los niños antes de dormir. ¿Qué hace una criatura tan magnífica como un alicanto en esta zona?

Sin que pueda preverlo, el ave disminuye la altura de su vuelo y pasa cerca de mí, peligrosamente cerca de mí, para ser más precisa. Tanto así que debo sujetarme con más fuerza de la roca para no caer. Cuando creo que se ha ido, vuelve a hacerlo. El sonido del aire pasando entre sus plumas metálicas es agudo y persiste en mis oídos.

—¡Ya basta! —Exclamo—. Tengo algo que hacer, no puedo... —vuelve a pasar, pero esta vez acompañado de su gañido tan característico. Ahora sé de qué animal es ese sonido que llevo escuchando varias semanas por las noches. He tenido de compañero de viaje a un alicanto.

Vuelve a gañir, aunque ahora desde la cima de las rocas. No somos del mismo ambiente, así que sus gañidos no tienen sentido para mí, pero algo me dice que está apurándose. De alguna forma me insta a que suba más rápido y así lo hago. Subo a toda prisa los últimos metros que faltan. A medida que el final se acerca, la luz del amanecer ilumina todo lo que me rodea. Las rocas pierden el color gris oscuro para tomar uno verdoso con manchones blancos.

Mis brazos y piernas tiemblan cuando subo la última roca. Me dejo caer de espaldas, esperando que mi respiración se normalice en algún momento para seguir moviéndome. Estoy cerca de él. Casi puedo escuchar sus murmullos. Ruedo mi cuerpo y me apoyo en las rodillas. Quito la esquirra con dedos temblorosos, una gota de sangre recorre mi mano hasta la muñeca para perderse en la tierra.

Algo suena y esta vez sé que no estoy imaginando. Soy capaz de escuchar los murmullos del anciano. Endezco mi cuerpo, aunque mis piernas siguen débiles. Lanzo un grito ahogado al verlo en el borde del acantilado. No distingo sus rasgos, porque está a contra luz, pero me los sé. Lo conozco como conozco cada línea en las palmas de mis manos. Uno conoce a lo que se aferra. Y en este momento, me aferro al anciano con uñas y dientes.

—¿A dónde va? —Pregunto con un hilo de voz.

Al igual que anoche, sus ojos tardan en encontrarme, solo que ahora parece peor. Su mirada vaga de un punto a otro incapaz de dar conmigo.

—Aquí estoy —levanto la mano, intentando ayudar.

Por favor, mírame. Aquí estoy.

Mis ojos se adaptan a esta luz y sus rasgos comienzan a tener algo más de sentido. Veo que sus labios se mueven formando frases y palabras que no logro oír. Hago un movimiento con la mano y, al fin, logra dar conmigo. Quiero creer que la mueca en su rostro es un intento de sonrisa.

—Ya vienen —esta vez sí está dirigiéndose a mí.

—¿Quiénes? —Le pregunto, disminuyendo con lentitud esos pocos metros que nos separan, aunque todavía se encuentra cerca del borde.

—No lo sé, pero ellos dicen que me quieren atrapar —responde y su vista vuelve a perderse—. Sí, todos dicen lo mismo.

—No hay nadie más que nosotros en este lugar —murmuro al ver que retrocede un paso,

provocándome un dolor en el vientre—. Estamos solos.

—Nunca estamos solos, ahora mismo puedo verlos —da otro paso hacia atrás y yo avanzo dos en su dirección—. Pronto tú también podrás verlos. Lo harás mejor que yo, niña —la forma en que dice eso me pone todos los vellos de punta. No lo pienso mucho, me lanzo hacia él, pero se me adelanta y retrocede el fatal paso que lo separa del vacío.

Un grito más parecido a un gruñido sale de mi garganta. Me abalanzo hasta el borde, donde caigo de rodillas, apoyando ambas manos mientras lo busco en el fondo. Solo soy capaz de distinguir la ropa de color gris a medida que cae. Cuando el final se aproxima, me alejo y cierro los ojos, rogando porque no haya eco.

Sí lo hay, o quizás fue mi mente la que creó el sonido de aquel golpe.

Lágrimas de pena y de frustración caen por mis mejillas, vuelvo a estar sola y ni siquiera soy capaz de entender lo que hice mal. Me duele el pecho, me duele... lanzo otro grito, porque mi cuerpo parece rasgarse.

Un hilo de sangre comienza a brotar desde mi cadera. Ya no sé lo que está sucediendo, el dolor es ensordecedor y parece sacarme de mi cuerpo. Puede sonar absurdo pero sé que no estoy muriendo, pues siempre asumí que la muerte era todo menos dolorosa. Más aún, creo que la muerte es el escape final de este dolor que genera la vida. La muerte es mi última opción.

Poco a poco, aunque se siente como si hubieran transcurrido años enteros, el dolor va remitiendo para pasar a ser uno latente.

Estoy de espaldas en la tierra, el sol sale y me baña con su luz, todo mi cuerpo recibe su calor, pero ya no soy capaz de absorberlo. El frío parece haberse asentado en mí y sé que ya no podré volver a sentir calor, lo perdí tal como sucedió con mis padres, tiempo atrás.

Cuando mi respiración logra normalizarse, me animo a abrir los ojos.

Estoy bañada en sudor y la sangre de mi cadera. Ni siquiera considero quitarme la ropa, tampoco moverme. Mi chaqueta está toda roja, manchada en sangre. Tendré que conseguir otra.

No obstante, algo pasa. Oigo un ruido a lo lejos. Siempre los hay en la cordillera, pero esto es algo diferente. Un sonido tan ajeno como yo, aunque no es una criatura. La tierra tiembla y crece a cada segundo, como si se preparara para algo grande. Algo terrible.

Lágrimas caen por mis mejillas, no sé si lloro por su muerte o por el abandono que significa. Solo sé que estoy igual que antes, sin compañía, desamparada en un mundo que no tiene compasión con los de mi especie.

Nunca estamos solos, las palabras del anciano resuenan en mi cabeza.

Vienen por ti, me dice una voz suave, etérea. Un escalofrío me recorre el cuerpo, porque se supone que estoy sola en este lugar.

Abro mis ojos y los veo. Decenas de ellos, rodeándome, estirando sus manos hacia mí esperando que les dé algo que ni siquiera estoy segura de poseer. Mi respiración sale como vaho,

pues la temperatura ha disminuido considerablemente. Paso las manos por mis brazos, pero no logro entrar en calor.

No tiene sentido, dice una voz a mi lado, volteo y me encuentro con el anciano, o algo muy similar a él. Es como si lo viera a través de un vidrio sucio. No distingo los detalles, solo lo suficiente como para saber que es él.

—Me dejaste —le recrimino y siento como las lágrimas quieren volver a salir.

Sí, lo hice, admite y, aunque tiene un tono de pena, sé que no lo lamenta.

—Vete —ordeno, porque ya no quiero seguir viéndolo. No espero que lo haga, pero lo hace. Se va, solo que no sé a dónde. Ni siquiera sé si realmente estuvo aquí conmigo.

Vuelvo a ver a todas las personas que me rodean y me miran de forma anhelante, siento su presencia como antes era capaz de sentir la tibieza del sol. Los siento en cada parte de mi cuerpo, como si fueran una extensión de mis extremidades.

¿Será posible que mi soledad haya acabado? ¿Qué precio he pagado por ello?

Me pongo de pie y observo a mi alrededor: los cerros iluminados por el sol, toda aquella luz y calor que de alguna forma no me alcanzan.

El galope de varios caballos llama mi atención y, en este trágico instante, me doy cuenta de que es cierto.

En efecto, vienen por mí.

Capítulo 1

Cinco años después...

Todo el mundo ama a los guerreros solares. Son poderosos, son majestuosos, son los encargados de mantener el equilibrio entre las criaturas de *Peumayen*. Son las criaturas elegidas para obtener un poder más allá del entendimiento.

Yo soy una de ellos. Pero a mí no me aman.

Soy la portadora de la muerte.

Nadie ama al Enlazador de Mundos. Vengo de una larga descendencia ermitaños y autistas, si han tenido suerte. Si no es así, terminan como psicópatas o peor, no me gusta pensar en esa opción.

—Anda. Apura el paso —me recrimina Muluc que va un par de pasos por delante mío, apenas me dedica unos segundos, y luego, sigue caminando.

Trato de no quedarme atrás, pero tampoco intento quedar junto a él. Sé que no le agrada mi presencia, en su favor tengo que decir que con el resto de los guerreros es igual. La camaradería que esperaba encontrar entre mis hermanos guerreros, no estaba hecha para mí, la veo en ellos, pero jamás la he recibido.

¿Quién recibe a la muerte con los brazos abiertos?

Muluc disminuye el paso, lo que me hace levantar la vista que estuvo todo el tiempo fija en mis pies, rogando porque este viaje acabara pronto. Me sorprende lo suficiente como para detenerme del todo y, estoy bastante segura, quedarme con una expresión estupefacta bastante ridícula.

El Castillo Amarillo se encuentra a solo unos kilómetros de distancia, pero es tan imponente y majestuoso que puedo verlo desde fuera del reino. He leído sobre él en la biblioteca del Castillo Rojo o lo que queda de esta. Aunque he vivido estos últimos años en uno de los cinco grandes castillos, ver el Castillo Amarillo me emociona de sobremanera.

Los veinte guerreros solares somos criaturas escogidas que cargan con la marca de uno de los veinte sellos, los que se encuentran divididos en cuatro razas: amarilla, blanca, roja y azul. Existen cinco castillos, uno para cada raza y el último perteneciente a un pueblo oculto en el centro del Bosque de Bollelemu, el bosque más grande y poderoso que se encuentra en Peumayen.

Todo lo que he aprendido sobre Peumayen y los guerreros lo he hecho gracias a los libros que están en la biblioteca del Castillo Rojo, todos son escritos a mano y existe solamente una copia de cada uno. A pesar de que mi sello pertenece a la raza blanca, jamás he visto el Castillo Blanco, además, es posible que ni siquiera siga existiendo.

—Recuerda que debes cubrir tu cabello —dice Muluc a medida que nos acercamos a las puertas del reino.

Sin decir palabra alguna me subo la capucha. Sé que mi cabello de color rojo cercano al anaranjado no es normal, al menos no en el Reino del Huilli, donde nos encontramos ahora. Mi apariencia es la típica de alguien perteneciente a los Mares del Lafquen, que es de donde provengo. Cabello rojo, ojos de color pardo, piel blanca y pecas. Por el contrario, lo más común en el Reino del Huilli es el cabello rubio y los ojos azules. No significa que todos sean así, ocasionalmente ocurren algunas mezclas de razas, pero no son bien vistas.

—Recuerda mantenerte en silencio... —ruedo los ojos, por suerte Muluc no lo nota.

—Mantenerme en silencio y con la vista baja —termino por él, lo que provoca que bufé y siga su camino sin siquiera mirarme.

Me aseguro una vez más de que la capucha está en su lugar y lo sigo.

El acceso al reino es amplio y ruidoso, entra y sale gente de todos los tipos. Los olores son tan fuertes que los siento aun cuando falta para que crucemos las puertas, son en su mayoría de comida y especias, pero varios no los reconozco. Mi alimento en el Castillo Rojo ha sido bastante simple durante estos años, no nos podemos permitir mucho. La idea de una comida diferente, con todos estos condimentos hace que mi boca haga agua.

—El castillo se encuentra al final del camino.

—Todos los caminos llevan al Castillo Amarillo —murmuro distraída por la cantidad de gente que me rodea, más de la que he visto en toda mi vida. Todo está tan lleno de colores, olores y sonidos, que resulta casi asfixiante.

—A veces olvido que eres un ratón de biblioteca.

—No me ofende —replico.

—Pero jamás olvido que eres una asesina.

Eso tampoco me ofende, solo me lastima.

No lo digo, guardo silencio porque no quiero que lo sepa, no quiero que sepa lo mucho que me duele, o peor aún, no quiero que sepa lo mucho que deseo su cariño y el de todos los demás. Por sobre todo el de él. Desearía tanto borrar el recuerdo del día en que recibí el sello casi tanto como desearía borrarlo de la mente de Muluc.

—Debemos buscar un lugar donde alojarnos, por lo que parece la comitiva del Guerrero todavía no llega —habla más para sí mismo que para mí, así que me limito a seguirlo en silencio y con la cabeza gacha.

No es difícil encontrar donde hospedarse, lo complicado es encontrar un lugar donde haya espacio, por suerte después de tres intentos encontramos un hostel con dos cuartos simples libres. Me encierro dentro del mío lo más rápido que puedo, necesito un momento para procesar todo, un momento para respirar. Después de cinco años viviendo siempre con las mismas seis personas ver

a tantas me abrumó un poco. Me dejo caer sobre la cama, es un colchón duro y pequeño, pero en este momento no me importa. Cierro los ojos.

Me muevo un par de veces de un lado a otro y cambio de posición, pero nada logra calmarme lo suficiente como para conciliar el sueño. Ya cansada, me siento y saco un libro desde mi bolso, es el único que traje conmigo, no porque fuera mi favorito, sino porque es el que me parece más útil para la misión en que nos encontramos.

En la portada de cuero aparecen los veinte sellos. El libro contiene la información de cada uno de nosotros, del sello en general y del portador contemporáneo al escritor. También narra hechos anteriores a la traición de los guerreros amarillos. Habla del mundo previo a este, cuando las criaturas mágicas eran libres de andar por su cuenta y todos los guerreros eran respetados. Es tan diferente al mundo actual que me asusta la idea de pensar que todo puede ser un mito.

A la mañana siguiente nos juntamos en el comedor a tomar desayuno. Bebo un sorbo de mi leche y, aunque intento controlar la arcada, me es imposible. Sabe horrible. Toda mi ilusión sobre la comida huillinche se desvanece. Intento otro sorbo, pero desisto, así que opto por probar el pan. Está duro y apelmazado. Lo dejo caer con un gran suspiro.

—No podemos permitirnos grandes lujos —dice Muluc al notar mi reacción. Estamos frente a frente, lo que no significa que me mire directamente, así que aprovecho de hacerlo yo.

Sé que debe tener entre ocho o diez años más que yo, su estatura es impresionante y su espalda es como dos veces la mía. Su piel es bronceada y su cabello negro, su mandíbula es cuadrada y una barba negra cubre su rostro, se afeitó antes de que dejáramos el Castillo Rojo.

Es guapo, en un sentido rudo y varonil. En lo personal me asusta un poco, lo que puede deberse, principalmente, al hecho de que jamás me ha tratado bien o siquiera sonreído una vez. Desde que llegamos al reino he visto cómo las mujeres lo miran, y es algo extraño, él finge que no lo ve, pero sé que lo hace.

—Deja de mirarme —gruñe mientras bebe de su vaso.

—No lo hago —replico bajando la vista.

—Siempre me miras.

—¿Cómo lo sabes si tú nunca lo haces?

—Para que sepas eso tienes que mirarme —y lo hace, me mira a los ojos y por primera vez puedo ver que no son negros sino que de un color castaño no tan oscuro como siempre creí.

Ruedo los ojos, más que todo porque me atrapó, no tengo cómo replicar a eso.

—El Guerrero va a llegar hoy —agradezco el cambio de tema, así que dejo mi triste intento de encontrar una parte comestible en mi desayuno y lo escucho con atención—. Estuve preguntando y se espera su llegada para hoy al mediodía.

—Está bien.

—¿Pero? —Al comienzo se siente extraño que pregunte mi opinión, tanto que considero

no responder o dar una evasiva, entonces, lo pienso mejor. No tiene sentido que me calle las dudas, no ahora y no con él.

— ¿De qué nos sirve? —Me animo a preguntar—. Lo más importante es encontrar una manera de entrar al Castillo Amarillo y encontrar la localización de Carcerem —que es la prisión donde creemos que esconden a los guerreros.

—Él es quien tiene la localización —responde Muluc con un tono sombrío.

— ¿Anotada? —Pregunto, y algo en su forma de mirarme me dice que acabo de sonar como una idiota.

—Es el único que la conoce.

— ¿Quieres interrogarlo?! —Susurro de forma demasiado brusca, por lo que sale como un grito ahogado. Muluc me hace callar con un gesto furioso y mira en todas las direcciones, esperando que nadie nos haya oído—. ¿Cómo...? —Intento decir.

—De la única forma posible —me interrumpe.

Me quedo en silencio tratando de ordenar los pensamientos en mi cabeza, sabía que era una misión prácticamente imposible, pero jamás consideré que fuera suicida.

—Es el guerrero de la sabiduría, ¿qué te hace pensar que podremos obtener algo de información de él?

— ¿Tienes alguna otra idea?

—No.

—No critiques la mía, entonces. Además Manik me apoya, sabes que es la única forma de recuperar al resto.

—Si es que siguen vivos.

—Sabes que lo están.

Tomo una respiración profunda, lo entiendo, sé cómo funcionan los sellos. Los veinte sellos son poderes que superan a los mortales. Si un guerrero muere, el sello pasa a otra persona, al discípulo escogido por el maestro y si este no escogió, a una persona que el sello considere adecuada. Eso garantiza que siempre existirá un guerrero. Sin embargo, la duda sigue existiendo, el Guerrero es el poseedor de la máxima sabiduría. Si alguien puede encontrar una forma de acabar con los demás sellos es él.

—Confío en que... —dejo la oración a la mitad. La sola idea de que seamos los últimos guerreros no amarillos, me asusta y no sé por qué. No he recibido cariño o compañía por parte de los tres que conozco y nada me asegura que lo haga con los demás, pero de alguna forma extraña me siento unida al resto. Perdí a mis padres años atrás, aunque fui obligada a ser una guerrera solar ahora son mi familia. La única que me queda y voy a luchar por ella—. Sabes qué haré lo que sea.

— ¿Incluso matar al Guerrero?

— ¿Qué ganamos con eso? —Pregunto antes de controlarme, me obligo a bajar el tono porque sin darme cuenta volví a elevar la voz—. Es este guerrero el que sabe la ubicación de la prisión, no es el sello... —me quedo en silencio cuando una idea cruza por mi cabeza.

— ¿Qué pasa?

¿Qué pasa, Cimi? ¿Tanto cuesta decirlo? Es mi nombre, después de todo.

Me pongo a pensar, porque eso es lo que hago en los momentos más inoportunos y descubro que Muluc jamás me ha llamado por mi nombre. La idea me molesta. ¿Tanto le ofende decir el nombre? ¿Tan desagradable resulta el nombre del Enlazador de Mundos en los labios de la Luna?

Obligo a mi cabeza a volver a concentrarse para continuar con la idea que antes dejé inconclusa.

—Si el actual Guerrero muere, lo hace con él la ubicación de la prisión. Lo que no tendría sentido. No se puede perder una información así de importante como si nada —explico con calma, mientras, mis manos juegan con los trozos de pan, formando pequeñas bolitas con las migas.

—Tiene que haber alguien más que lo sepa... ¡Por supuesto! —Esta vez es Muluc quien se ve obligado a controlarse.

Casi veo una sonrisa asomarse en sus labios, pero desaparece antes de que se forme. Dar una buena idea no puede borrar lo que hice. No importa cuánto lo ayude, jamás dejaré de ser una asesina frente a sus ojos.

—Deberíamos conformarnos con espialo por ahora, ver si hay alguien en quien confíe o algo de lo que jamás se separe, además de intentar colarnos entre sus cosas para buscar —comento sin despegar la vista del montón de bolitas frente a mí.

—Está bien. Iré a dar una vuelta por el pueblo para ver qué puedo encontrar —me pongo de pie, desarmando la pirámide de bolitas, con la intención de hacer lo mismo, pero me detiene—. Tú te quedas aquí —voy a reclamar, mas no me deja—. Es una orden.

Me muerdo los labios para no replicar y caigo de vuelta a mi silla. Lo veo tomar sus cosas y salir por la puerta, no me vuelve a dirigir la palabra o siquiera una mirada. Se va como si yo no existiera. Varios minutos después, dejo la mesa y subo a mi cuarto, cierro con pestillo y me siento en la cama. Sé que no soy la mejor persona para venir a esta misión, de hecho soy la única entre los cuatro guerreros que vivimos en el Castillo Rojo que no es capaz de hacer esto.

Por desgracia, los demás están incapacitados. Manik es ciego y Men no tiene habilidades físicas. Son excelentes usando sus sellos, tienen un control absoluto de sus poderes, pero en este momento necesitamos algo más que los poderes, y eso son cuerpos ágiles y fuertes, y Muluc y yo somos los únicos que cumplimos con ambas características.

Muluc es el guerrero de la Luna, controlador del agua. Su sello pertenece a la raza roja, la que habita en la Cordillera de los Puelles donde se encuentra el Castillo Rojo.

Confío en él con mi vida. Confío en su poder y en su deseo de devolver a los guerreros a su estado original. Cuando estos fueron atacados la Luna fue el único que logró escapar. Es el único sello que jamás fue hecho prisionero, por este motivo es el que más conoce de su herencia. Hay mucha información que debe pasar de maestro a discípulo, con el ataque se perdió todo eso y los sellos comenzaron a ser traspasados de forma aleatoria, teniendo como consecuencia una generación de guerreros que ha tenido que ir aprendiendo todo por su cuenta.

Capítulo 2

Para cuando anochece todavía no ha vuelto Muluc y mi molestia con su orden de prohibirme salir ya ha desaparecido. De todos modos, decido desobedecer y animarme a recorrer el pueblo. Después de todo ya es de noche, es cuando más segura estoy. Solo tengo que mantenerme cubierta y pasar desapercibida, es la única forma en que no me veré obligada a usar mis poderes.

Considero pedir la cena en la misma posada, pero el recuerdo del desayuno elimina esa idea. Sé que si quiero comer algo de verdad tendré que salir. Aseguro la capucha sobre mi cabeza y me aventuro a la calle. No tengo prisa por comer, así que me tomo mi tiempo en encontrar un lugar en el que me sienta segura y la comida se ve apetitosa. Por desgracia, todos los lugares que cumplen con estos requisitos son demasiado caros, mi última opción es un bar que se ve bastante decente, con una gran afluencia de mujeres y hombres. Lo que confirma mi idea de quedarme es el asombroso olor a verduras salteadas que sale por las ventanas.

Estoy salivando en este momento.

Entro, y por un segundo, me asusta la cantidad de gente que hay, por suerte nadie me presta atención, lo que me permite ir a la mesa más alejada. Me atiende una mesera que debe tener pocos años más que yo. Le doy mi orden y vuelve al poco rato. No se ve mayormente interesada en mí. Mucho más tranquila observo el plato frente a mí con una sonrisa y lo pruebo. Sonrío. No solo era el olor, también el sabor es bueno. Me encuentro feliz mientras devoro mi porción de verduras y patatas asadas. En un comienzo como tan rápido que luego me obligo a disfrutarlo, no tengo dinero para más.

Durante todo el tiempo que me encuentro aquí hay un constante murmullo entre las distintas mesas, pero para el final, cuando estoy cerca de considerar irme, unas risotadas llaman mi atención. Levanto la vista y me encuentro a un grupo de hombres hablando entre ellos, haciendo bromas y molestando a las mujeres que pasan cerca. No seguiría mirando si no fuera porque uno de ellos es diferente y puedo sentirlo desde donde estoy.

Hay otro guerrero en el bar.

La idea me emociona tanto que paso varios segundos con la vista perdida, ni siquiera soy capaz de enfocar bien al grupo para buscar al guerrero. Finalmente, me concentro y evalúo a cada uno de los presentes, hasta que doy con un joven poco mayor que yo, delgado, cabello castaño y ojos marrones. No tiene la típica apariencia de alguien del Reino del Huilli, debe ser extranjero como yo. Cada vez que lo miro el sello en mi cadera vibra con anticipación, debo obligarme a respirar para no salir en su búsqueda de un golpe.

Un poco más calmada me decido a espiarlos con disimulo, pero por un motivo que no puedo identificar, la conversación sube cada vez más de tono, hasta que todos están de pie y gritan incoherencias producto del alcohol, supongo. No tardo en notar que no hay bandos, al parecer son

todos contra el guerrero. Al verlo de pie la sensación de cosquilleo en mi sello aumenta. Es él, es un guerrero.

¡Por todas las serpientes!

En un momento el grupo sale del bar por orden del dueño. Me pongo de pie de inmediato, pago la comida y los sigo con cuidado. Ya es de noche, por lo que puedo pasar desapercibida entre las sombras. El grupo se aleja varios metros y se va a un callejón, todo el tiempo empujando y gritando al guerrero que parece tan ebrio que no puede mantenerse en pie.

Mi copahue vibra con fuerza. El copahue es la marca física del sello en nuestros cuerpos, es un tatuaje que aparece cuando recibimos el poder. Solo puede existir una persona viva con cada copahue. Me pregunto en qué parte del cuerpo tiene el suyo. Mi atención vuelve al grupo cuando veo como le pegan un puñetazo al guerrero, que termina lanzándolo al suelo. Cubro mi boca y pego la espalda al muro. El olor es nauseabundo y me obliga a dejar de respirar por la nariz para no hacer arcadas.

El guerrero no se pone de pie, se queda ahí tirado mientras los hombres lo patean. Sé que está vivo porque lo escucho toser y gemir.

Me indigna el trato que recibe y su actitud frente a sus agresores. Quizá los hombres no saben que es un guerrero, por eso él no se defiende, para que no descubran que las demás razas no han desaparecido.

Tengo que hacer algo.

Doy un paso y salgo de las sombras, todavía con la capucha puesta. Los hombres tardan en verme pero cuando lo hacen, se dedican detienen.

—No puedo dejar que le sigan haciendo daño —infundo en mi voz toda la seguridad de la que carezco. No temo que me hagan daño.

— ¿Acaso no sabes quién es? —Gruñe un hombre en respuesta, por la forma en que se le enreda la lengua sé que está ebrio.

— ¿Ustedes sí? —La idea me asusta. Si así es como tratan a los guerreros que no son de la raza amarilla, no sé qué tan buena idea sea darnos a conocer al resto de los pueblos.

— ¡Por supuesto que sabemos quién es esta sabandija! —Le tira un escupo y vuelve a patearlo. Me sobresalto al ver un gesto tan ofensivo y cierro las manos en puños, obligando al sello a controlarse.

—Es la última vez que se los advierto —murmuro entre dientes, furiosa por todo el espectáculo que estoy viendo—. ¡Déjenlo ir!

Los hombres se miran entre ellos y, luego, comienzan a reír. Uno se acerca a mí y aun en la penumbra puedo ver su sonrisa. Boto el aire que no sabía que estaba reteniendo y relajo los brazos. Si estoy tensa es más difícil controlar el sello. Cuando está a dos metros, extiende las manos para sujetarme. Me quedo quieta para que crea que tiene la victoria, pero antes de que sus

dedos me rocen, desaparezco en una sombra.

Incluso en esta forma incorpórea lo escucho maldecir. Es probable que lo atribuya a la borrachera, así que aparezco a su lado y antes de que me note lo golpeo en el rostro con el puño.

El dolor se expande desde mi mano hasta mi codo, es tan fuerte termino apoyándome en el muro para no caer. No contaba con que su cabeza fuera tan dura o mis brazos tan débiles. Por suerte cae como peso muerto. El ruido atrae al resto, que sorprendidos se miran entre sí y dos hombres más se me acercan. Por fortuna el grupo no es muy numeroso, solo son cuatro.

Dado el terrible golpe que le di al primer hombre me resigno a usar mis poderes y no la mano, que todavía me duele. Vuelvo a desaparecer entre las sombras y de forma silenciosa, reaparezco en la espalda de uno, pongo mi palma en su frente y susurro. Nunca he sabido el idioma en que las palabras salen de mis labios o cómo es que las conozco, asumo que vienen con el sello. Son palabras de muerte y dolor.

El hombre se paraliza, unos segundos después, comienza a gritar. Vuelvo a las sombras antes de que el otro reaccione, mientras se preocupa de su amigo, le hago lo mismo. En instantes tengo a un hombre inconsciente y a los otros dos gritando como niños pequeños en el piso. Me muestro frente al último, confiando que esté lo suficientemente asustado como para que no se le ocurra atacarme.

— ¿Qué eres?

—Eso no importa —respondo antes de volver a desaparecer. Repito el procedimiento.

Sé que fue una mentira en el momento en que lo dije. Importa lo que soy y quien soy. Importa mucho. Si no tuviera esta marca en mi cuerpo no estaría arriesgándome de esta forma por el joven que está unos metros más allá. Es probable que no me importaría más de lo que le importa al resto.

No obstante, lo hace.

Somos hermanos, somos guerreros. Nuestra misión es proteger Peumayen, pero antes tenemos que ser capaces de protegernos a nosotros mismos y eso solo se puede lograr si nos unimos contra la raza amarilla.

Me acerco a él para asegurarme que siga vivo. Respira de forma irregular y su rostro está deformado por hematomas y heridas. Es más grande que yo, como gran parte de las personas. No podré tomarlo en brazos, además, mi cuarto no está cerca.

Jamás he probado viajar en las sombras con otro ser humano, apenas con animales pequeños que se alejaron de mí corriendo como si su vida dependiera de ello los que tuvieron suerte, los que no, se quedaron en mis brazos con los ojos nublados. Mi sello no me hace muy amigable con los animales, debe haber algún olor extraño que solo ellos pueden percibir. Olor a muerte.

Con cuidado lo siento y me pongo detrás de él, sería muy peligroso si nos soltáramos

mientras viajamos. Lo abrazo por la espalda y sujeto con fuerza mis manos en su pecho. En el momento en que mi piel entra en contacto con la de él, mi sello se calienta. Cierro los ojos y me obligo a respirar.

Uno, dos, tres...

Son solamente segundos, pero en las sombras se siente más largo. Cuando vuelvo a abrir los ojos veo que nos encontramos en el suelo de mi cuarto, es tan pequeño que nuestras piernas chocan con la puerta y mi cabeza roza la cama. Con esfuerzo lo subo en ella y me transporto afuera. Es importante que me vean entrar como a cualquier persona.

Para cuando estoy otra vez en el cuarto, tengo conmigo agua y unos paños que le pedí a la casera. Me miró de forma extraña, pero no hizo preguntas.

Limpio sus heridas y con alivio compruebo que no son graves, únicamente heridas superficiales. Me veo obligada a quitarle su camisa, pero no encuentro el copahue, así que debe estar más escondido. En su pecho solo hay una cicatriz en la zona del corazón, aunque no es muy grande. Los copahues pueden aparecer en cualquier parte del cuerpo, no es indicativo de algo. Al menos, eso aprendí en el libro. Ahí mencionaban a guerreros con copahues en sus pies, nuca, extremidades, pecho y espalda.

Una vez que termino con sus heridas me siento en el suelo a su lado y mi energía se desvanece. He abusado demasiado de mi poder. Mi visión se nubla y mis manos se sienten muy frías. Quiero estar despierta por si me necesita, aunque por más que me obligo a hacerlo, sé que no podré.

Contra mis mayores deseos me quedo dormida.

Capítulo 3

Estoy tan cansada que aun cuando estoy consciente mantengo los ojos cerrados, soy incapaz de mover mi cuerpo, aunque estoy en una posición tan incómoda que se me durmieron las piernas y el brazo izquierdo.

Siento cosquillas en la nariz y, con mucho esfuerzo, paso mi mano por ella, pero estas vuelven y tengo que volver a rascarme. Cuando sucede una tercera vez comienzo a preocuparme, así que abro los ojos y me encuentro con un par de ojos castaños fijos en los míos. Retrocedo por instinto y golpeo mi cabeza con la cama.

—Eso debió doler —dice.

Acaricio donde recibí el golpe y me pongo de pie, todo el sueño se ha ido, aun así sigo algo torpe y cansada. El guerrero parece encontrarse mejor, al menos está consciente.

—¿Cómo te encuentras? —Susurro con voz pastosa.

—Bien —responde.

En su expresión puedo ver que desconfía de mí, se ve receloso mas no asustado. Decido que lo mejor es intentar explicarle lo que sucedió, pero no creo que decirle qué guerrera soy sea la mejor opción.

—Te encontré en el callejón —miento—. Te traje aquí para curar tus heridas.

—Gracias —sus respuestas lacónicas me comienzan a molestar. Y si sumo eso a la forma inquisitiva en que me mira...

Mis manos vuelan a la capucha y me doy cuenta que dejé caer la capa al suelo cuando llegué. Sabe que no soy del reino, aun así eso no significa que sepa que no soy humana.

—¿De dónde eres? —Pregunta, y yo me desinflo algo decepcionada.

—¿No lo sabes? —Pruebo, no es que quiera que lo sepa, pero cualquiera con un poco de conocimiento sobre Peumayen sería capaz de hacer las conexiones.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Suspiro y me siento en la cama. Puede ser que su entrenamiento como guerrero no haya sido bueno, yo he tenido alguien que me enseñe y también los libros de la biblioteca del Castillo Rojo. Se puede decir que he tenido suerte. Debo ser más compasiva con él.

—Soy del oeste, de los pueblos en los Mares del Lafquen.

—Nadie vive en esas zonas, solo salvajes —dice con confianza. Levanto el rostro para encontrarme con sus ojos y me sorprendo al encontrar una convicción absoluta en lo que acaba de decir.

—No soy salvaje —replico, ofendida por el hecho de que llegue a considerarme como tal.

—Me secuestraste, ¿no? ¿Qué es lo que quieres? ¿Una recompensa?

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué...? —Dejo la idea a medias y me quedo en silencio,

obligándome a respirar porque en su expresión divertida puedo ver que me está molestando a propósito—. Te salvé, no te secuestré.

—Estaba bien —replica y puedo ver que no le agrada la idea de haber sido salvado.

—Estabas inconsciente y herido, no bien —corrijo.

—Mis hombres me hubieran encontrado, eventualmente —agrega frente a mi expresión de duda.

Quiero preguntarle a qué se refiere con sus hombres, pero me quedo en silencio porque unos golpes en la entrada me sobresaltan. El guerrero me mira levantando una ceja, yo le hago un gesto para que se quede en silencio y lo empujo detrás de la puerta, así cuando la abro queda escondido.

—Es tarde —me gruñe Muluc, por suerte no hace ningún intento de entrar, se queda en el marco.

—Lo sé —digo, porque no soy capaz de pensar en algo más.

—Vamos a desayunar y te cuento cómo me fue ayer —me sorprende un poco su forma de decirlo. Ayer antes de desayunar lo único que fue capaz de gruñir fue “desayuno”, luego desapareció y lo tuve que seguir.

Yo también tengo algo que contarle, encontré a otro de los nuestros, alguien que nos puede ayudar a salvar a los demás. Antes de que siquiera considere el decirle sobre el guerrero escondido en mi cuarto, este sale y se para frente a Muluc.

Distintas expresiones pasan por su rostro. Al principio: sorpresa, luego esperanza, compresión, miedo y, finalmente, ira. Entra al cuarto de golpe y sujeta al guerrero por el cuello, es tan grande que podría estrangularlo con solo una mano. Tardo en reaccionar, pero las palabras tampoco parecen querer salir de mis labios.

— ¿Qué...?

— ¿Sabes quién es? —Pregunta en un gruñido, mientras, pega al guerrero contra el muro.

—Sí —respondo y ambos me miran, sorprendidos—. Es un guerrero, como... —una mirada furibunda de Muluc me dice que me quede en silencio antes de que agregue el “nosotros”.

—Es el príncipe del Reino del Huilli —escupe las palabras como si fueran veneno—. Es el Sol, Ahau —termina.

Abro la boca para replicar, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Sabía que era un guerrero, la forma en que mi copahue vibraba cuando estábamos cerca lo decía. Sin embargo, tontamente asumí que era de cualquier raza menos la amarilla. Por supuesto que ningún guerrero se escondería en el reino amarillo donde su vida correría peligro. Si había un guerrero en este reino, tenía que ser de la raza original.

Soy una idiota. Salvé a una de las personas que se dedica a cazarnos.

Me encuentro tan ofendida que siento como el poder recorre mi cuerpo. Durante todos

estos años mi ira ha sido orientada hacia personas sin rostro, hacia los sellos, pero jamás consideré cómo sería encontrarme con el dueño de alguno de ellos. Jamás pensé que sería normal, como yo. Siempre los imaginé como personas altivas y crueles. Vuelvo a mirarlo, nada me dice que no lo es. Nadie me asegura que no es un desalmado.

—Contrólate —dice con dureza Muluc.

Es el único que ha visto mis poderes fuera de control, así que debe ser el único que sabe cómo luzco cuando eso ocurre. Me obligo a respirar, no obstante, aun cuando la ola de energía disminuye, mis manos tiemblan con fuerza.

Siguiendo indicaciones de Muluc atamos al guerrero, Ahau, a una silla usando la ropa de cama. Considero amordazarlo, pero me detiene, dice que tenemos que hablar con él, así que para que no grite lo amenaza con matarlo. Por alguna extraña razón, Ahau no se ve asustado, nos mira con una expresión de desdén y confianza que me parece extraña. Sé que no va a gritar o siquiera usar sus poderes contra nosotros.

El Sol, es el líder del Castillo Amarillo. No la persona, sino que el sello. Es el primero de los veinte que fue creado y el líder natural de los demás. Su poder es el fuego. Es algo así como el opuesto de Muluc, que es la Luna y controlador del agua.

— ¿Por qué no usas tus poderes? —Murmuro. Muluc me mira furioso por hablarle sin preguntárselo, pero no puedo contenerme.

—No sé si realmente vienes de dónde me dijiste —recibo otra mirada molesta que ignoro—. Ya que parece ser que no sabes lo que realmente significa ser un guerrero solar, no esos cuentos que se les dicen a los demás. No tenemos poderes, es un cargo, no un deber divino o cualquiera de esas locuras que todos parecen creer.

Abro mi boca por la sorpresa y antes de que pueda decir algo, me interrumpen.

— ¿Dónde se aloja el Guerrero, Cib? —Pregunta Muluc con voz amenazante.

— ¿Todo esto es por él? —Pregunta a su vez burlón—. Debieron haberlo dicho antes.

— ¿Qué significa eso? —Muluc le presiona un brazo con fuerza, puedo ver en el rostro de Ahau que le duele, pero no parece dispuesto a hacérselo saber.

—Tampoco me agrada ese bastardo —escupe el Sol y por la forma en que lo dice sé que es cierto, es la primera vez que se sale de su máscara de tranquilidad y paz—. Si quieren acabar con él, bien por mí. Incluso los ayudaría.

Muluc y yo nos quedamos en silencio varios momentos. Esto parece ser demasiado bueno para ser cierto. Que exista un guerrero amarillo dispuesto a ayudarnos es extraño, habernos topado con él es doblemente extraño.

— ¿Cómo sabemos que no es una trampa? ¿Qué te hizo?

— ¿Qué les hizo a ustedes? —Replica de inmediato.

Nos miramos y sé lo que pasa por la cabeza de mi compañero, la única forma de saber el

motivo por el que un guerrero amarillo traicionaría a uno de su propia raza es diciéndole la verdad, al menos parte de ella.

—Buscamos una prisión —dice Muluc.

La comprensión viaja por los ojos de Ahau.

—Buscan la prisión, la Carcerem —nos corrige y no lo contradecemos. No es común que haya prisiones en Peumayen, a los ladrones comunes se les castiga a trabajar e incluso los asesinos reciben castigos. No hay necesidad de encerrar a las personas ordinarias—. Solo las personas más peligrosas están en la Carcerem, pero dicen que todos mueren a los pocos días. Jamás encontrarán a quién buscan antes de que muera.

Ruedo los ojos frente a su ignorancia y, aunque ve el gesto, no es capaz de entender el motivo por el que lo hago. Su vista queda fija en la mía y después de unos segundos, agrega:

—Si insisten en encontrarla, los ayudaré. Quieren información del Guerrero y yo también. Quiero saber qué le pasó a mí primo.

— ¿Qué primo? —Pregunto sin poder contenerme.

—Antes de que me nombraran a mí el Sol, mi primo mayor iba a serlo, algo pasó. Me dijeron que murió, aunque no lo creo —no debería ser así, pero le creo. La forma en que su rostro fue mudando mientras explicaba la historia me convence de ello. Nadie puede ser tan buen mentiroso.

—Si dicen que murió lo más probable es que esté muerto —replica Muluc, con desconfianza. Es claro que, contrario a mí, él necesita más para aceptar tan descabellado plan de unir fuerzas con el Sol.

—Claro, como las personas en esa prisión, ¿no? —Se burla Ahau.

Pongo una mano en el brazo de Muluc, pero este se aleja de mi toque con brusquedad, no a propósito, mas como un acto inconsciente. Aunque duele como cada desprecio y ofensa. Ahau lo ve y la vergüenza me hace girar el rostro. Me tomo unos segundos pero, con cuidado de no tocarlo, susurro en el oído de Muluc:

—Puedo saber si realmente su primo murió.

Una expresión de sorpresa aparece en su rostro. Mantengo mi mirada firme para hacerle saber que estoy segura. Después de unos segundos asiento y yo salgo del cuarto. Necesito irme al Bosque de Lonquimay, el bosque que rodea el Reino del Huilli. Necesito privacidad y espacio para lo que haré. No me gusta, pero es la única forma de saber la verdad con certeza.

Capítulo 4*

Paso gran parte del día caminando para salir del pueblo y adentrarme en el bosque, podría haber usado mis poderes, pero tengo que conservar la energía. Ya es pasado del mediodía cuando, finalmente, llego a un pequeño claro, no tan profundo como para perderme, pero sí lo suficiente apartado como para no ser molestada.

Cierro los ojos y llamo a mi maestro, susurro su nombre y otras palabras que no puedo reconocer cuando no hago uso de mis poderes.

—Buenas tardes, Cimi —ronronea el onza. Un gran felino de pelaje negro y ojos dorados.

—Es curioso que sepas que es de tarde —respondo con una sonrisa—. ¿Dónde estabas hay diferencia de la hora del día? —Pregunto con genuina curiosidad.

—No, para los muertos no hay diferencia. Las horas, las partes del día e importancia del tiempo son invenciones humanas, por ello solamente son válidas en la vida.

—Supongo —digo algo insegura—. Puede que lo sepas, pero necesito buscar al primo del actual Sol. Le dijeron que estaba muerto y él no lo cree.

—Ya has viajado antes al quinto mundo.

Un escalofrío me recorre al recordar aquel pequeño accidente cuando terminé perdida en el mundo al que van las almas indecisas. Peumayen es el tercer mundo de siete, los primeros dos equivalen a la luz y al paraíso, luego viene Peumayen, en el medio se encuentra el mundo de los humanos, Punahue. El quinto mundo es donde van las almas indecisas o perdidas, las que no escogieron un camino en la vida y vivieron siguiendo a la corriente. Luego viene el averno y, finalmente, la oscuridad.

—Si él escogió un camino no estará necesariamente en el quinto mundo —replico asustada ante la idea de tener que ir al sexto.

—Toda alma pasa por Chiguaihue, algunos se quedan más tiempo que los demás y otros menos.

—Dijiste que el tiempo no importa para los muertos.

—Sin embargo, la posibilidad de algún día lograr entrar al paraíso o al averno es igual para los muertos que los vivos. Si vas al quinto mundo y te concentras, podrás saber de inmediato si el alma que buscas pasó por ahí o no. Si no lo hizo es porque no ha muerto.

—Está bien —respondo a mi pesar. Una parte de mí confiaba que mi maestro hiciera el trabajo sucio, pero ya debería saber que ese tipo de cosas nunca ocurren con él.

El viaje a las sombras no es como si desapareciera o me transformara en algo más. Él me explicó que lo que realmente hago es pasar al quinto mundo, manteniendo una parte en Peumayen. Como si tuviera un pie a cada lado. La vez que me extravié, lo que hice fue perder la conexión con Peumayen.

Ahora tengo que hacerlo de nuevo, pero esta vez a propósito. Onza, así es como me pidió que lo llamara, dijo que el procedimiento para llegar es el mismo. Mando una parte de mí a Chiguaihue y luego suelto Peumayen.

Cierro los ojos y respiro reiteradas veces, dejo mis pensamientos libres y bajo las pulsaciones de mi corazón. Antes de darme cuenta estoy en las sombras, aún veo Peumayen, pero si me esfuerzo un poco veo Chiguaihue. Pongo toda mi atención en él y libero mi conexión con el tercer mundo.

Esta vez es mucho mejor que la anterior, en ese entonces había estado tan asustada que creí que moriría. Ahora sé lo que estoy haciendo y Onza estará conmigo.

No hay palabras para describirlo. Es como si todo estuviera cubierto por una densa niebla. No hay arriba o abajo, no hay cosa alguna que ver además de niebla.

—El paso por Chiguaihue tiene como intención borrar los recuerdos de los otros mundos, para llegar limpios al destino final.

— ¿No tienes recuerdos?

—Fui un Enlazador de Mundos, como tú. Hay reglas que no se aplican para nosotros. No hablemos tanto, nadie lo hace en este lugar.

Asiento, aunque no sé si puede verme. Onza se aleja y sé que es para hacer sus propias averiguaciones con las almas que aún recuerdan. Yo cierro los ojos y dejo fluir mi poder, es como si una onda expansiva saliera de mí y recorriera todo este mundo.

El cansancio es tal que me quedaría dormida si no temiera jamás despertar. Chiguaihue parece ser más grande de lo que jamás había considerado, tardo más de lo pensado, pero, al final, hago un escaneo de todo.

Mis rodillas tiemblan y pierdo la sensibilidad en el cuerpo.

Busco la conexión con mi parte mortal que permanece en Peumayen y estrecho el lazo. Como si tirara de mí misma desde allá. El bosque comienza a aparecer de a poco, hasta que dejo el quinto mundo atrás.

Onza aparece poco después.

—Llegaste a la misma conclusión que yo —dice con seguridad, mientras, mueve su cola formando eses en el aire.

—El primo de Ahau está vivo.

Paso unos momentos sentada en el suelo, intentando recuperarme, luego me despido de mi maestro, aunque sé que si él lo desea puede seguirme, y reemprendo la marcha hacia el pueblo. Debo decirles lo que he descubierto. Ciertamente, preferiría dormir, el cansancio es tan fuerte que la idea de dormir una siesta en el claro suena fantástica.

El camino se hace eterno, casi creo que ha pasado todo un día hasta que vuelvo a abrir la puerta.

Ahau sigue atado a la silla y Muluc está sentado en mi cama con la cabeza entre las manos. Ambos se sobresaltan al verme e intento dedicarles una sonrisa para tranquilizarlos. Antes de que me pregunten, digo:

—Tu primo está vivo.

La expresión de Ahau resulta extraña, no se ve especialmente feliz, sino que resignado, pero también triste y molesto. No lo sé con certeza y me preocupa.

—Está vivo —repito.

—Lo entendí la primera vez —replica. Me mira de una forma extraña, creo que quiere preguntar el cómo sé que su primo está vivo, pero por algún motivo no lo hace. Quizá prefiere creer que así es, sin importar quién se lo diga.

—Entonces, ¿por qué no te ves feliz? —No debería meterme, una voz en mi cabeza lo dice junto con la expresión de Muluc, pero lo hago de todos modos.

—Si está vivo significa que alguien mintió, alguien nos mintió a nosotros, su familia y a los guerreros.

— ¿Qué tienen que ver los guerreros? —Pregunta Muluc, interesado en aquello.

—Los sellos amarillos se han mantenido en mi familia por siempre, salvo algunos casos excepcionales, como Cib. Y él nos mintió.

Al terminar de hablar puedo saborear el veneno y odio en su voz. Por lo que parece tenía una relación muy estrecha con su primo.

Me sorprende eso. Desde que perdí a mis padres no he vuelto a tener una relación estrecha con alguien más. Lo más cercano es el onza muerto. Ya ni recuerdo con claridad lo que es saber que tienes a otra persona a tu lado, abrazarla y poder contar con ella.

—Desátame —ordena Ahau después de un momento, su tono y su voz son fríos, ya no se ve esa chispa burlona de antes—. No voy a escapar. Yo también quiero respuestas por parte del Guerrero.

Muluc duda, yo no, sé qué dice la verdad. Si existiera una persona en el mundo con la que compartiera una relación así, haría lo que fuera por esa persona. Incluso traicionar a mi familia.

—Hazlo —intento que mi voz suene segura, pero es apenas un susurro. De todos modos me escucha y, por algún motivo, me hace caso. Desata las amarras que mantenían sujeto al guerrero del Sol y lo deja libre.

Pasamos unos momentos a la espera de que escape o que nos ataque para entregarnos a la guardia amarilla, mas no sucede, se queda ahí, quieto y con la mirada perdida en la sucia ventana. Así que es cierto, el líder de los guerreros de la raza amarilla nos va a ayudar a encontrar la prisión en la que esconden a los demás.

Capítulo 5

Estamos los tres sentados intentando acomodarnos en el poco espacio que hay en mi cuarto. Me siento en la cama, luego lo hace Muluc, pero al ver la silla Ahau permanece de pie, por lo que Muluc se termina sentando en ella. Como estoy sola en la cama subo las piernas y me siento con las piernas dobladas, una posición que adopto mucho en mis entrenamientos con Onza.

—¿Sabes dónde está toda la información que buscamos? ¿La ubicación de la prisión y lo que ocurrió con tu primo? —Pregunta Muluc.

—El único que maneja esa información es Cib, ustedes lo saben —su expresión es de aburrimiento y casi molestia por lo estúpido de la pregunta.

—Sí, lo sabemos —agrego—. Sin embargo, si este Cib muere esa información no puede perderse. La información está asociada a la persona, no al sello, entonces él debe tener un plan alternativo en caso de que le suceda algo.

Ahau se queda en silencio considerando aquella información, parece que le hace sentido lo que dije porque se ve sorprendido e interesado. Pasa varios segundos pensando hasta que vuelve a hablar.

—Hay alguien —murmura poco convencido—. A donde va Cib también va una pequeña comitiva.

—Es imposible que confíe en grupo numeroso —dice Muluc.

—Lo sé —rueda los ojos, molesto por la interrupción—. Lo importante es que dentro de esa comitiva viene una mujer, es de conocimiento común que es la amante de Cib. Si hay alguien en quien confía debe ser en ella —noto un leve sonrojo cuando la nombra, pero lo ignoro.

—¿Sugieres que secuestremos a su amante y la interroguemos? —Susurro sorprendida.

—Podemos interrogarla amablemente —agrega con una sonrisa traviesa.

No me gusta la idea de meternos con la amante, ella no tiene la culpa de lo que él ha hecho o la información que ha estado ocultando. Además, puede que ni siquiera lo sepa. Lo más probable es que lleguemos, le hagamos mil preguntas y ella no pueda responder a ninguna de ellas.

Aun así Muluc asiente. Supongo que es mejor un plan malo que la ausencia de uno.

—¿Dónde podemos encontrarla? —Pregunto resignada.

—Este es un mal plan —murmuro abrazándome para mantener el calor, lo que no tiene mucho sentido. Siempre tengo frío. El plan fue idea de Ahau, aunque Muluc estuvo de acuerdo con él en casi todo, lo que era especialmente molesto por el hecho de que yo estuve en desacuerdo con él en casi todo.

El Guerrero tiene una pequeña comitiva de personas que lo siguen, son como unos adoradores de él. Algo aterrador y perturbador, en mi opinión. No tienen permitido formar

familia, pero eso no impide que liberen tensiones con mujeres. Cada vez que llegan a un pueblo contratan a varias que vayan durante la noche a entretenerlos.

Ese es el plan, fingir que soy una de esas mujeres y averiguar dónde se encuentra la amante de Cib. Un pésimo y terrible plan que puede salir mal en cientos de formas distintas.

—Estoy de acuerdo —responde Ahau a mi lado, no me ha quitado el ojo de encima, parece especialmente molesto—. Podríamos contratar a alguien.

—Estará bien —replica Muluc, y es cierto, no van a hacerme daño, el problema es que yo puedo hacerles daño si no me controlo.

— ¿Quiénes son ustedes? —Nos pregunta Ahau con una expresión extraña en su rostro, como si por primera vez realmente comenzara a cuestionarse todo lo que estamos haciendo y por qué.

—Quizá algún día te lo digamos —respondo, mientras me doy ánimos a mí misma para lo que se viene a continuación—. Está bien, manténgase cerca en caso de que los necesite.

Ambos asienten, pero sé que Muluc sabe a lo que me refiero, así que su mirada es oscura cuando me asegura que todo va a salir bien. Ninguno de nosotros desea repetir lo sucedido cinco años atrás.

Tomo una respiración profunda y bajo mis brazos para caminar con la mayor confianza de la que soy capaz, sé que mi intención es parecer una prostituta más aunque no resulta tan fácil. Todavía estoy trabajando en la parte de la confianza en mí misma.

Un hombre se me acerca y me toma de la cadera, pegándose a él y a su fétido hedor a vino sumado con la falta de higiene bucal. Contengo una arcada y lo dejo que me lleve dentro de la tienda, donde están las demás mujeres y, con suerte, Cib y su amante.

Intento sonreír y seguirle el juego, pero también voy controlando que sus manos no se desvíen más al sur de mi cuerpo o muy al norte, aunque el hombre tiene manos rápidas que fácilmente tocan más de lo que quiero permitirle. Lo difícil es mantener mi concentración y no fruncir el ceño, debe parecer que me divierto, no que estoy...

Abro la boca por la sorpresa.

La tienda, ya grande de por sí, está llena a rebosar. Hay más personas de las que esperaba encontrar, hay muchas más personas, al menos cinco veces lo que yo esperaba. Tanto hombres como mujeres de todas las edades, incluso algunas que se ven en plena adolescencia.

—Cib organiza las mejores fiestas —dice el hombre a mi lado, no puedo menos que asentir.

Sin esperar palabras de mi parte, me arrastra junto a un grupo de hombres, todos con su propia acompañante. Se lanza junto a ellos y me arrastra a su regazo. Muerdo el interior de mi mejilla para contener el quejido que muero por lanzar. Veo el rostro del resto de las mujeres y aunque les sonrían a sus respectivos acompañantes, puedo notar en sus ojos la poca gracia que les

hace todo esto. Ninguna de ellas es prostituta por elección. La raza amarilla y los humanos nos obligaron a hacer el trabajo sucio de Peumayen.

Sé que varias de ellas no son humanas, veo algunos rasgos característicos de los híbridos, pero dudo que los huillinches los noten. Sin embargo, también hay humanas, aquellas que nacieron en otros reinos y se criaron con otras razas. No hay una sola mujer de cabello rubio en toda la multitud.

Ninguna amarilla se rebajaría a venir a este lugar.

La mano del hombre comienza a subir entre mis muslos, lo que me hace cerrar instintivamente las piernas. Él ríe y me sujeta con fuerza de las muñecas, cuando el resto ve lo que pasa, ríen con él.

Debo alejarme de ellos para buscar a la amante de Cib, no obstante, tampoco debo llamar la atención. Sé que con mis poderes podría liberarme en cosa de segundos, puede que tardara un poco más si peleara cuerpo a cuerpo, pero me terminarían echando...

— ¿¿Dónde estabas... mujerzuela?! —Reconozco la voz de Muluc, aunque las palabras que me lanza suenan ridículas viniendo de él.

Aleja al hombre de mí y comienza a decir no sé qué cosas de que ya no se puede confiar en una prostituta, que suerte que solo me había pagado la mitad y varias necesidades más. No estoy segura de cómo, sin embargo poco después ambos nos encontramos caminando entre la masa de personas.

—Ya nadie dice mujerzuela —susurro.

Veo que hace una mueca, claramente incómodo.

— ¿Preferirías que hubiera usado alguna otra palabra?

—No, pero podrías haber terminado llamando más la atención.

—De nada —gruñe.

Me quedo en silencio y miro su perfil.

—No lo iba a matar.

Esta vez es él quien se queda en silencio.

Propongo que nos separemos y accede, todo con tal de eliminar el ambiente tenso que se formó. Tomo el camino de la derecha y trato de mantenerme alejada de todos los hombres ebrios que quieren sentarme en su regazo, o peor. Por suerte con los años he aprendido a ser silenciosa y ágil, no resultaba agradable ser ruidosa en el Castillo Rojo, te hacía sentir incluso más sola, por eso aprendí a caminar con cuidado, en silencio y de forma rápida.

Veo muchos rostros mas no uno que coincida con el que nos describió Ahau. Y en ese momento me asalta la duda, *¿y si nos mintió? ¿Y si todo fue un truco? ¿Pero para qué?* Esa última pregunta es la que más me molesta. Si no sabe que somos guerreros, no sabe nada de nosotros, salvo que queremos encontrar a Cib y la prisión, lo que no es mucho.

— ¡Cuidado, niña! —Me grita un hombre al que choco sin querer. Me vuelvo para disculparme, pero no puedo evitar fijar la vista en él. Es como un fantasma, piel blanca casi translúcida, cabello blanco, incluso sus cejas son blancas, tanto que parece que no tuviera. El único color viene del iris de sus ojos, tienen un enfermizo color rojo, como si fuera un conejo. Veo sus dientes sobresalientes, es exactamente como un conejo.

—Lo siento —susurro con voz débil, pues cuando levanta una mano para despacharme veo el copahue en su antebrazo.

Él es Cib, el Guerrero.

Capítulo 6

Busco a Muluc casi con desesperación, necesito decirle que encontré a Cib, que sé cómo es y que lo vi alejarse hacia una tienda más pequeña y apartada. Lo intento un par de minutos, pero luego la idea de perderlo es más fuerte y me dirijo hacia donde lo vi desaparecer.

A medida que me voy acercando veo que hay cuatro hombres en los alrededores, probablemente, intentan mantener al guerrero seguro mientras se divierte. Lo vi alejarse con una mujer, pero a ella no pude verla bien, así que no sé si será una prostituta o su amante.

No podré llegar mucho más lejos con los guardias ahí, así que decido irme por las sombras y acabar uno a uno con ellos. No tenemos tiempo para algo más delicado.

Primero voy por el que está más cerca de los árboles, no me ve mientras me acerco, apenas soy una sombra más entre muchas. Me vuelvo corpórea en su espalda y lo noqueo de un golpe, acaricio mi mano adolorida e intento sujetar el cuerpo antes de que caiga, por desgracia es demasiado grande y pesado para mí, lo que hace que suene como un saco de papas cuando impacta el suelo.

—Genial —gruño al escuchar que los otros guardias se percatan del error y en unos segundos se encuentran a unos metros de mí.

— ¿Qué le hiciste? —Pregunta uno de ellos, no puedo ver su rostro desde aquí. La luna está oculta por lo que no sé ni su edad.

—Intentó propasarse —respondo.

— ¿Desde cuándo a una ramera le importa eso? —Replica el mismo, generando una carcajada en los otros dos.

—No soy una ramera.

— ¿De qué hablas? —Da un paso hacia mí, ahora veo que no es viejo ni joven, debe tener entre treinta a cuarenta años—. Todas las mujeres extranjeras que vienen al Reino del Huilli son rameras, no tienen más talentos que...

No dejo que termine pues lo golpeo en la garganta, quitándole el aliento y me convierto en sombra antes de que los otros vengan por mí. Me alejo unos metros y luego aparezco junto a uno, pongo una mano en sus ojos y el hombre se lanza al suelo llorando. Algunos no están listos para ver el mundo de los muertos. Cuando el último se acerca a ver a su compañero, lo ataco por atrás y hago lo mismo.

Miro preocupada a los hombres que están comenzando a hacer demasiado ruido, así que me acerco a ellos y los noqueo. No quiero llamar la atención de Cib, el que por suerte parece estar tan ocupado con la mujer que no nota todo el escándalo que hemos hecho. Considero esconderlos, pero sé que tardaré mucho y eso es si logro moverlos, la idea de usar mis poderes para transportarlos no me agrada mucho, no después de cómo quedé cuando lo hice con Ahau.

Resignada, y confiando que la oscuridad de la noche los esconda, me acerco a la tienda, manteniéndome en el lado opuesto de la luz que genera la fiesta para no producir sombra. Cuando estoy a un metro escucho los gemidos y las palabras.

Una mujer, debe ser a la que vi.

—Bien —dice con una voz fría y seductora—. Ahora ponte de rodillas y no me mires a los ojos —me acerco más al notar que ella es la que da las órdenes—. ¡Dije que no me miraras! —Grita, luego escucho el sonido de un golpe y gemidos.

—Lo sientototo... mi... mi... mi señora —susurra una voz de hombre que se parece a la que recuerdo del guerrero, salvo que este suena como si fuera un esclavo, no uno de los cinco guerreros amarillos.

Sé que lo que voy a ver será desagradable y que no me podré quitar la imagen en mucho tiempo, pero no me queda otra opción. Con cuidado abro un poco la tela, lo suficiente para ver por un solo ojo.

Genial, lo único que podía volver más desagradable este día.

El albino está desnudo y de rodillas en el suelo, sus manos tiemblan con unas esposas en ellas que están conectadas a otra argolla en su cuello. De alguna forma, él se ve feliz, como si eso fuera lo que quiere. *Puede ser*, dice mi mente.

La mujer a la que antes no le presté atención aparece en mi vista, usando solo ropa interior negra, el corsé tiene lazos dorados al igual que las ligas. Su cabello es rubio oscuro y le cae en largas ondas hasta la parte baja de la espalda, no puedo ver su rostro, pero coincide con la descripción que nos dio Ahau de Carlota, la amante, después de todo no es común ver prostitutas de cabello rubio.

Algo en la imagen del albino llama mi atención, aunque pierdo la idea cuando este habla.

—Mimi... mi... señora... —susurra el albino.

—Habla —escupe ella como respuesta.

—Déjeme complacerla —ruedo los ojos, ahora le salen las palabras de corrido al hombre. Mientras tenga que ver con sexo habla de corrido.

Hombres.

—Ahora no, Enrique —responde la mujer mientras se deja caer entre unos almohadones.

—Pepero... usted... yo puedo... —replica el albino, con la nueva confianza desapareciendo al ver la expresión de ella—. No... no... no es necesario que se lo pipi... pida a alguien más.

La mujer se pone de pie y de un golpe le da vuelta el rostro, el sonido es tan fuerte que aun después de que ha pasado lo siento en mis oídos. Veo una gota roja caer por la boca del albino.

Cib puede ser un perdedor y algo estafalario para sus gustos, pero siento lástima por él.

—El señor... Ahau... —susurra él.

— ¿Qué con él? —Grita ella con violencia—. Y no te atrevas a tartamudear.

Veo que el hombre pone una expresión de miedo, endereza un poco su postura, como dándose ánimo para hacerlo.

—El señor Ahau no vino a la fiesta —la mujer hace un sonido de molestia con la boca—. No tiene sentido que lo... espere.

La mujer se lanza a los almohadones y pasa una mano por su rostro, claramente molesta. La idea de que ella y Ahau tengan algo me pone enferma, sobre todo al pensar que en el lugar de Cib podría estar él. Esa imagen me choca con lo que he visto del guerrero, no es fuerte, pero tampoco creo que se prestaría para... esto.

—Ándate —dice después de unos segundos.

El albino intenta reclamar, pero ante la mirada de la mujer se quita las esposas y la argolla, se viste en silencio y se va sin hacer ruido. Ella se pone de pie y comienza a quitarse la ropa, desvío el rostro, aunque me mantengo en el lugar, debo esperar el momento oportuno para entrar a tener una conversación, aunque curiosamente estoy algo nerviosa, aquella mujer parece ser algo intensa.

Cuando volteo noto que una sombra se acerca a mí, yo también estoy escondida, pero de todas formas parece verme. Me acurruco un poco más, pues no quiero terminar con un cerro de soldados inconscientes junto a la tienda, estos cuatro ya son lo bastante sospechosos.

Cuando la sombra se acerca más logro notar que es Ahau, su mirada se desvía de mi rostro a la pila de guardias a los que atacué, luego de vuelta a mí, se queda unos segundos quieto. De todos modos termina acercándose.

—Ni siquiera preguntaré —susurra en mi oído cuando volteo a espiar a la mujer que no ha terminado de vestirse. Está completamente desnuda, no debe tener menos de treinta años. Se acerca a una fuente con agua, mete un paño y se dispone a lavar su cuerpo. Vuelvo la vista a Ahau que está a mi lado.

—Fue Muluc —respondo, sé que es mucho más creíble que un hombre como él haya acabado con cuatro guardias, así que lo digo sin problemas. Aún hay algo extraño en la mirada que Ahau me lanza, mas lo ignoro—. Encontré a la mujer, estaba con Cib... —dejo de hablar, no sé cómo resumir lo que acabo de presenciar. En su lugar agrego—. Estaba molesta porque no apareciste en la fiesta.

El guerrero levanta una ceja y me mira a los ojos, hay algo extraño en ellos, una mezcla entre distintos sentimientos, pero parece esconder todo eso cuando me responde con burla.

— ¿Celosa?

— ¿Celosa de las esposas y la argolla en el cuello? —Me acerco a él para no tener que levantar la voz—. Tienes razón, suena divertidísimo.

— ¿De qué hablas? —Dice con una voz demasiado fuerte que me obliga a cubrir su boca

con ambas manos.

—No hagas ruido —modulo casi sin hablar.

Vuelvo a mirar, pero la mujer no se ha dado cuenta, tiene puesta una bata y, nuevamente, está recostada entre los almohadones.

—Este es nuestro momento —le digo, pero Ahau me detiene.

— ¿No necesitamos a Luc? —Por un momento siento la urgencia de preguntar quién es Luc, luego recuerdo que es el nombre que Muluc le dio. Niego con la cabeza.

—Si le tienes miedo, yo te protejo —me burlo y le doy unos golpecitos en el brazo mientras me pongo de pie.

—Pueden haber guardias.

— ¿La espada la tienes solo de adorno? —Pregunto apuntando a su cadera.

—Puedo defenderme, pero no quiero tener que cargar contigo —replica con sorna.

Antes de que pueda responder, Muluc se acerca a nosotros, se ve molesto, pero no le presto atención, siempre se ve molesto. Me acerco a él y le explico todo concisa y rápidamente, de forma que en menos de tres minutos entramos a la tienda.

La mujer se ve sorprendida, aunque no asustada. Levanta una ceja en dirección a Ahau y su vista le recorre todo el cuerpo. Curiosamente, yo soy la que se siente avergonzada. Muluc se aclara la garganta en ese momento.

—Mi señora —dice como signo de respeto, pero yo no puedo quitarme la imagen del albino susurrando estas palabras—. Hemos venido a hablar con usted.

—No hay necesidad de tanta formalidad, aquí Ahau y yo nos conocemos íntimamente —contengo una arcada—. ¿Tienes algún problema, niña?

—Solo una duda, ¿él es quién usa las esposas o usted? —Muluc me da un golpe en el costado, pero ya no hay vuelta atrás para lo que dije. Veo como el rostro, hermoso pero frío, de la mujer se descompone en una mueca.

—Ahau querido, no sabía que tus gustos habían caído tan bajo —me mira de arriba a abajo con desprecio, me paro derecha esperando ganar un par de centímetros—. Ciertamente, pensé que eras de gustos más exquisitos.

Muluc habla antes que yo cuando ve que voy a replicar.

—Hemos venido a hacer una pregunta y no nos iremos sin una respuesta, me temo.

La forma tan educada y formal con la que habla frente a esta... víbora, me enferma. No la conoce, sabe lo que hacía con Cib y aun así la trata mejor de lo que me trata a mí que me conoce hace cinco años. ¿Todo porque es bella? ¿Por sus largas piernas? ¿Por la estúpida bata que deja poco a la imaginación?

Lo peor de todo es que no puedo dejar de mirarla, sigo el recorrido de sus piernas una y otra y otra... vez. Algo me llama la atención, por desgracia ella se cubre antes de que pueda

descubrir lo que era.

— ¿Qué es lo que quieren?

Tanto Muluc como Ahau hablan al unísono.

Capítulo 7

Ruedo los ojos ante el bullicio que ambos hombres hacen al discutir cuál de los dos temas deberíamos preguntar primero. Veo que Carlota sonrío divertida al verlos pelear, por lo que me abro paso y hablo yo.

—Queremos saber la ubicación de la prisión, de la Carcerem —todos se quedan en silencio. La mujer parece que me mirara por primera vez.

—¿Qué te hace pensar que conozco tal cosa?

—Estoy segura —es un farol, pero parece funcionar.

—¿De qué te puede servir saber dónde se esconden los mayores criminales de Peumayen? ¿O acaso es que quieres entregarte? Porque no te ves muy amenazante.

—Solo límitese a responder —dice Muluc, quien al fin dejó de discutir.

—Aunque les diga dónde está no les servirá de nada.

—También quiero saber qué pasó con mi primo —ahora Carlota levanta una ceja y sonrío—. Sé que no está muerto, como quiso hacernos creer ese... hombre.

—Siempre me pregunté cuándo te atreverías a hacer la pregunta, después de todo, ese fue el motivo por el que te acercaste a mí, al menos la primera vez, ¿no? —Ronronea ella. *¿Todo tiene que volver al tema de que ambos tuvieron una relación?*—. ¿Qué me harán si no respondo?

Esta vez doy un paso y le sonrío, algo en mi expresión parece ponerla nerviosa pues su labio tiembla un poco. Nos quedamos en silencio, lo que me da tiempo para pensar en lo que lleva preocupándome. Había algo en la imagen del albino desnudo que claramente me molestó, además de lo obvio, pero no puedo... ¡eso es!

—Tenía un plan para hacerte hablar, pero podemos llegar a un acuerdo —Muluc me mira sorprendido—. Tú nos dices lo que pasó con el anterior Sol y dónde está la Carcerem y yo no le digo a todo el mundo que el verdadero Cib eres tú.

—Mica —susurra Ahau a mi lado, usando el nombre que le di—. No quiero... es decir... —se ve incómodo como no lo he visto en el tiempo que nos conocemos, pero sigue hablando—. La he visto desnuda y ella no...

—Lo oculta con maquillaje, la vi limpiando su cuerpo y sé que si ahora se quitara la bata veríamos la marca entre sus muslos.

—Te aseguro que verían algo muy interesante ahí, pero no un copahue.

Doy un paso para ponerme más cerca.

—Te espíe con el albino, estaba desnudo y la marca en su brazo no estaba, marca que yo vi momentos antes en la fiesta. Estoy segura que la de él era falsa y que tú cubres la tuya.

—Una gran idea pero...

—Pruébalo —la reto. Ella parece dudar, se pone de pie y sujeta el lazo de su bata, aunque

no lo desata.

—Haru Jauje —responde en su lugar, antes de que pregunte, agrega—. La respuesta a ambas preguntas es Haru Jauje, ahora váyanse de mi tienda a menos que uno de ustedes dos se quiera quedar a jugar.

Haru Jauje, ¿tenía que estar ahí?

Fulmino con la mirada a Muluc y Ahau, pues a pesar de saber que ella es la verdadera Cib parecen considerar tal idea, así que salgo hecha una furia de la tienda. Poco después unos pasos me siguen.

—No es como para que te molestes —dice divertido Ahau, me doy vuelta y casi choco con él—. Además, realmente no te puedes comp...

— ¿¿Es que no entiendes?! —Levanto ambas manos—. Con razón cedió de forma tan fácil —refunfuño.

—No creo que haya sido fácil —replica Ahau.

—Es curioso, considerando que fui yo la que hizo todo...

— ¿Qué te pasa? ¿El nombre te suena? —Pregunta Muluc con una expresión seria. Lo miro sorprendida, ese lugar es famoso, ¿cómo es posible que...? Por la forma en que el Sol también me observa deduzco que tampoco conoce el lugar.

— ¿Realmente no saben lo que es Haru Jauje? —Pregunto ya más sorprendida que molesta, ambos niegan y se miran entre sí.

Voy a responder, pero Muluc me detiene, toma mi brazo y me arrastra. Volteo y veo que varias personas se acercan. Decidimos que lo mejor es volver al hostal.

El camino lo hacemos en silencio. Yo, considerando todo lo que sé sobre ese lugar y cómo podríamos llegar a él, y ellos, espero que no considerando el volver donde Cib y aceptar su oferta.

Al llegar todos entramos al cuarto de Muluc, aunque a Ahau lo metemos a escondidas, para que el dueño no lo vea. Arrastro molesta el estúpido vestido que he tenido que usar toda la noche y me siento sobre la cama, ambos se quedan de pie. No considero la opción de ir a cambiarme, necesito que discutamos esto lo antes posible. No puedo esperar más.

—Explícanos —dice Muluc y yo por unos segundos me pierdo en la forma en que lo dice. Jamás consideré que nuestra relación mejorara y, ciertamente, no lo hizo durante el viaje, pero ahora, al menos, parece capaz de mirarme a la cara sin sentir asco. Cada vez me trata más como su igual y no como a la chica que sacó de un charco de sangre.

—Haru Jauje, más conocida como la Isla Haru Jauje —digo, rogando por hacer sonar alguna campana en sus cabezas, por desgracia no funciona—. Es una isla conocida por moverse, por cambiar constantemente de ubicación de un lugar a otro. No se sabe con certeza cómo es que lo hace. Algunos autores... —cuando digo esto Muluc levanta una ceja y estoy segura que me

debió haber dicho *rata de biblioteca* en su cabeza— creen que es una criatura mágica. Algo así como una gran tortuga que carga con la isla sobre su caparazón. Otros dicen que en realidad todos los mares del Lafquen se mueven siempre y que la isla es la prueba física de que nuestro mundo evoluciona de forma constante, pero nada se ha probado.

Tomo una respiración para recuperar el aire, mientras, espero sus reacciones. Después de unos segundos en los que nadie habla, los miro a la cara, pero ellos parecen más molestos que sorprendidos por lo que acabo de decir.

—No puedes realmente creer eso —se mofa Ahau—. ¿Una isla que se mueve? ¿Criaturas mágicas? ¿Dónde crees que estamos?

Ruedo los ojos y bufo de forma descarada, pegando mi mirada en la de Muluc.

— ¿Cuál es tu excusa? —Le increpo—. Entiendo la de él, pero quiero conocer la tuya.

—Si la isla se mueve, ¿cómo es que Cib puede ir cada vez que quiere? —Pregunta en vez de responder.

—Es la guerrera de la sabiduría, lo mínimo que puede lograr es descubrir el cómo llegar a la isla Haru Jauje. Además, piénsalo, es brillante. Esconden en la Carcerem a... —miro a Ahau— los más peligrosos de Peumayen, pero lo hacen en una prisión que está en una isla que jamás se queda quieta. Las personas que estén dentro jamás podrían salir pues quedarían perdidos en medio del mar y los que estén fuera no los podrían encontrar. Tiene sentido, Luc —el apodo suena raro en mi boca, pues es como le dice Manik, pero como es el nombre que le dio a Ahau no me queda más que llamarlo así—. Sabes que tengo razón.

—No pueden estar hablando en serio —Ahau levanta ambas manos—. Genial, justo cuando pensé que podríamos llegar a algún lugar con la información que conseguimos terminamos hablando de tortugas gigantes y magia. Realmente perfecto. Creo que fui un idiota al confiar en un par de extraños que...

— ¿Sin nosotros dónde estarías? Posiblemente atado todavía a la silla —gruñe Muluc a punto de lanzarle un golpe a Ahau.

—Estaría tirado en un callejón —agrego yo, rodando los ojos. Veo que la idea a Ahau le molesta, pues se sonroja y es un alivio ver algo de arrepentimiento y vergüenza, después de todo es un guerrero solar, lo mínimo que se le pide es no terminar asesinado por un grupo de borrachos del pueblo—. ¿No tienen biblioteca en el Castillo Amarillo?

Él asiente después de considerarlo un momento, lo que me hace cuestionar el qué tan seguido va. Cuando dice que sí, siento que podríamos tener una esperanza, después de todo, la biblioteca del Castillo Amarillo siempre ha sido famosa por albergar los mejores ejemplares. Al fin y al cabo, el guerrero de la sabiduría es amarillo.

—Bien, debemos ir a investigar sobre la isla Haru Jauje —digo con firmeza mientras me pongo de pie para quedar algo más a la altura de ambos hombres. Muluc asiente distraído, pero

Ahau no responde, se queda mirando mi rostro y la determinación en él.

—Está bien, supongo —dice sin dejar mis ojos—. Mañana te llevaré a ella.

Capítulo 8

— ¿Vas a llorar? —Se burla Ahau que está a mi lado.

—No —es lo único que respondo.

—Tu barbilla está temblando —volteo a mirarlo y frunzo el ceño en su dirección, para dejarle claro que no es cierto. Sí, estoy emocionada por al fin conocer la biblioteca del Castillo Amarillo, aunque eso no significa que esté a punto de ponerme a llorar.

—Está bien —pasa junto a mí para entrar, ya que me quedé quieta cuando abrimos la puerta—. ¿Por dónde empezamos?

Suspiro, ya que el hecho de que la biblioteca sea enorme solo significa que tenemos más libros que revisar. Este realmente será un largo día, sobre todo considerando lo difícil que fue lograr entrar al castillo. Una mujer, aparentemente el ama de llaves, se me acercó para hacerme cientos de preguntas sobre mi relación con el príncipe y a amenazarme para que me mantuviera lejos de él. Todo eso en un par de segundos que Ahau me dejó sola para ir a buscar la llave de la biblioteca. Lo peor de todo es que al llegar no fue en mi rescate, sino que fue a burlarse de lo terriblemente incómoda que me veía en ese momento.

—Quizá lo mejor será que te deje sola, no vaya a ser que me hagas algo si nos quedamos los dos aquí —dice en mi dirección con una media sonrisa asomándose. Ruedo los ojos. ¿Realmente esa mujer pudo creer que yo era un peligro para este tipo?

Siendo técnicos soy un peligro para cualquier criatura, pero no en el sentido que ella quiso darle.

—Puedes irte, de todos modos no creo que sepas leer —comento mientras me abro paso para acercarme al estante más grande, esperando encontrar alguna señal acerca de la organización de los libros.

El techo se encuentra a varios metros de mí, es un gran salón de medidas cuadradas, la puerta doble por la que acabamos de entrar se encuentra en el centro de la pared sur, en la opuesta se ven tres estanterías, igual a la derecha y a la izquierda. Sin embargo, los muros son estanterías también, de forma que pareciera que la biblioteca en sí está hecha solo de libros.

Gimo al ver que no hay letras o algún indicativo en la estantería que diga de qué van los tomos que tiene. Intento buscar relación entre los autores, títulos y temáticas de los libros, pero no parece haber alguna. No quiero creer que fueron ubicados de forma aleatoria, aunque es lo más posible.

— ¿Existe alguien que sepa mucho de este lugar? —Pregunto esperanzada, pero Ahau no responde. Por un momento me asusta la idea de que se haya ido, no obstante no es así. Tiene su mirada aburrida fija en la mía, en ese momento lo entiendo—. Claro —gruño—. Cib es la persona que más conoce esta biblioteca.

Me quedo en silencio pensando. Si Cib es el guerrero que más sabe sobre este lugar y es quién nos dijo que la Carcerem se encuentra en la isla Haru Jauje, sabe que vamos a buscar información sobre ella para poder encontrarla. Además es la carcelera de los guerreros encerrados, por lo que entiende lo importante de mantener aquel lugar escondido. Es posible que supiera que vendríamos a la biblioteca amarilla, sobre todo teniendo en consideración que Ahau estaba con nosotros en ese momento.

No encontraremos lo que buscamos aquí.

—Quizá es porque no sé leer, pero no creo que avances mucho quedándote quieta con esa cara.

Es un imbécil, aun así me obligo a respirar para explicarle lo que pasa por mi cabeza en este momento. Me escucha con atención, lo que significa que entiende lo que quiero decir y está de acuerdo. Para cuando termino asiente en silencio.

— ¿Entonces? —Es lo único que dice. Mi primer impulso es levantar los hombros, pues no tengo la más mínima idea de qué hacer ahora. Sé que en el Castillo Rojo no hay mucha información sobre la isla, pues debo haberme leído todos los libros de la biblioteca, al menos dos veces.

—Necesito a Luc —es lo único que digo. Él rueda los ojos.

—Claro, dame dos segundos y lo traigo.

Esta vez, yo soy quien rueda los ojos. No obstante paso por su lado, rozando su hombro con el mío y camino hacia la salida, pasados unos segundos me doy cuenta que no sé cómo llegué a esta zona, ni cómo volver a la biblioteca.

Unos pasos detrás de mí llaman mi atención. Es obvio que debe ser Ahau, así que sin voltear le grito.

—Deja de comportarte como un idiota Ahau, estamos juntos en esto.

— ¿Se puede saber en qué están juntos? —Dice una voz que no reconozco, como respuesta. Me doy vuelta y observo con atención al hombre frente a mí. Es alto y delgado, su cabello es tan rubio que casi pasa a plateado, incluso las pocas canas que parece tener se confunden con los demás si no les prestas atención. Sus ojos son de un color tan oscuro que parece negro, pero veo un brillo rojizo.

—Yo... ehh —balbuceo.

El hombre se acerca a mí y hace una mueca extraña, sus ojos se mueven más rápido de lo normal mientras me recorren y luego su entorno.

—Hueles extraño —gruñe.

Retrocedo un paso y huelo, de una forma poco sutil, la ropa que estoy usando, pero no apesta o tiene algún olor particular, al menos no que pueda notar.

—Soy amiga de Ahau —atino a decir, cuando ambos nos quedamos en silencio.

—Ahau no tiene amigas, solo “amigas” —aclara moviendo las cejas. Me obligo a no rodar los ojos y solo sonrío. Si cree que soy una de sus amantes, bien por mí, no tengo tiempo para explicarme. Cuando no replico debe asumir que así es, por lo que asiente y vuelve a recorrerme con la mirada.

Veo un extraño tic en su párpado derecho.

— ¡Mica! ¿Dónde mierda te metiste? —Me reprocha Ahau al encontrarme—. ¡Tío! —Exclama al ver al hombre que me acompaña—. ¿Te estaba molestando? —Bufo sonoramente—. Lo siento, no la he entrenado bien —se disculpa con una sonrisa. El hombre al que llamó tío me dedica una mirada extraña, luego se va sin siquiera despedirse.

Mientras se aleja noto que mueve las manos de forma errática.

—Todo un espécimen, tu tío.

—Es Eb.

— ¡¿Qué?! —Casi me ahogo con la palabra. Ese extraño hombre es el guerrero del Humano, el controlador de la libre voluntad. Parece ser un poder demasiado importante como para estar en posesión de un hombre tan particular, me pregunto si tanto poder ha afectado su mente. Esa idea me preocupa, no por él, sino por lo que el sello de la muerte podría hacerme después de tanto tiempo. Quizá cuando cumpla su edad yo también seré así de estrafalaria, o peor. Podría ser mucho, mucho peor. La idea me da escalofríos.

—Vamos, supongo que tienes un plan.

—Sería genial si no esperaran que siempre fuera yo la que tuviera uno.

—Yo soy el rostro, Muluc la fuerza y tú el cerebro, pensé que estaba claro.

—Hasta donde sé, yo te saqué del callejón, entonces soy fuerte; yo me colé en la fiesta, así que soy bella y, claro, soy el cerebro. Me parece que soy todo el equipo que necesito.

—Primero, lo del callejón está en duda. Es posible que te hayan ayudado —aun cuando lo dice sé que no lo cree, debe sospechar algo sobre mí—. A la fiesta te colaste como prostituta, lo que no significa que fueras bella, esos hombres estaban tan ebrios que no hubieran notado si quien iba era Luc con vestido.

—Sigue siendo más de lo que tú has hecho.

—No necesito hacer mucho.

—Por supuesto que no —me quejo—. Eres el príncipe del Reino del Huilli, el señor del Castillo Amarillo y el líder de los guerreros. No tienes ni que ser agradable para que todos te adoren simplemente porque tu familia quiso que así fuera —una vez que empiezo a hablar no me detengo—. Ni siquiera te ganaste el poder que ostentas, solo tuviste suerte de nacer en la familia más poderosa de Peumayen y que tu primo desapareciera, solo por ese golpe de suerte puedes darte el lujo de ser un imbécil.

—Perder a mi primo no fue un golpe de suerte —dice entre dientes—. No sabes nada de

mí, ni por todo lo que he tenido que pasar. Haber nacido en esta familia no es suerte, es una maldición —no hablo, pero levanto la ceja para hacerle saber que no confío en lo que acaba de decir.

Ambos nos quedamos quietos, con la vista fija en los ojos del otro y ahí, por primera vez noto algo que no le había prestado atención antes.

Su cabello y color de ojos no son los clásicos de los huillinches. Su cabello es castaño, al igual que sus ojos. No es el príncipe amarillo perfecto al que deben estar acostumbrados. Peor aún. Viene de la familia real, la que jamás se ha dignado a bajar de categoría mezclándose con personas a las que consideren inferior, lo que significa que todos ellos deben ser similares a Eb. Menos Ahau, su cabello y ojos indican que no es completamente huillinche.

—Eres un bastardo —susurro con voz ahogada.

Lo veo tomar una respiración por la nariz, pero no lo niega.

Capítulo 9

El resto del trayecto al hostel lo hacemos en completo silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Me siento especialmente culpable por lo que le dije, pero luego vuelvo a molestarme por la injusta vida que me tocó. No está bien que solo unos guerreros sean adorados y el resto temidos, u odiados como en mi caso. Sé que creen que somos leyendas, también sé que la leyenda del Enlazador es bien conocida por todos y que la gran mayoría de ellos, si no en su totalidad, consideran que mi sello es una maldición no una bendición. Es probable que no me perdonaran ser quien soy, aunque jamás se me hubiera preguntado. Así es como funciona, algunos tienen suerte y otros no. Algunos la merecen y otros no. Algunos son adorados y los demás asesinados o encerrados.

De alguna forma termino más enojada con Ahau que antes, olvidando toda la culpabilidad que sentí previamente. Cuando nos encontramos con Muluc le relato lo de la biblioteca y le pregunto lo que ronda mi cabeza.

— ¿Por qué crees que Manik escondería libros? —Frota su cabeza en un gesto infantil que me descoloca por algunos segundos.

Levanto los hombros.

—Porque no es del todo imposible, quizá hay libros que él consideraba especiales o peligrosos como para dejarlos a mi alcance.

—Aunque sea así no creo que un libro que hable de la isla Haru Jauje sea un libro peligroso como para esconderlo. ¿Siquiera se dieron el trabajo de buscar en la biblioteca?

—Podríamos hacerlo, pero saldríamos quince años más viejos —replica Ahau.

Muluc bota el aire por la nariz de forma ruidosa. Su paciencia se está acabando.

— ¿Podríamos preguntarle a algún otro guerrero? —Susurro, a lo que Muluc me responde con una mirada iracunda. Ya es suficiente haber involucrado a dos guerreros amarillos, un tercero podría terminar con nosotros encerrados junto con los demás, o peor.

—Quizá mi tío Eb sepa algo.

—No, él no —respondo antes de poder controlarme. Ambos me miran con una expresión extraña que me niego a responder—. No confío en alguien con el poder de controlar el libre albedrío.

—Ya te dije que no hay poderes entre nosotros —Ahau levanta ambas manos en un gesto cansado—. ¿Tan difícil es entenderlo?

— ¿Y tan difícil es para ti considerar la idea de que es posible que todos esos mitos y leyendas tengan como fundamento algo de realidad? ¿En serio crees que los humanos son todo lo que hay en Peumayen? —La ira es tan fuerte que siento como el sello de mi cadera vibra. Pensé que me había acostumbrado al cosquilleo por estar frente a otros guerreros, pero no. Mi poder

está despierto y atento en caso de que necesite hacer uso de él.

— ¿Son? —La palabra sale tan suave y delicada de sus labios que no logro comprenderla, por lo que tiene que repetirla—. Dijiste: “los humanos son todo lo que hay”, no dijiste somos, dijiste son.

— ¡Dioses! A veces puedo equivocarme cuando conjugo los verbos —respondo de inmediato.

—Existe un solo dios, únicamente los salvajes siguen creyendo en los dioses, en plural.

—Supongo que soy salvaje, entonces —levanto mis hombros restándole importancia. Cada vez que hablo parece que me hundo más en un agujero del que no creo poder salir.

—He pasado por alto muchas cosas porque queremos lo mismo, pero no crean que soy un idiota que no se da cuenta de lo que está pasando.

— ¿Qué está pasando? —La voz de Muluc suena grave y tranquila, sin embargo, sé que se está conteniendo, en cualquier momento podría golpearlo para salir de aquí. Ha entrenado toda su vida para evitar a los guerreros amarillos y ahora nos encontramos en su reino y teniendo una alianza con uno de ellos. Esta situación debe estar volviendo locos a todos sus instintos de supervivencia.

—Que ustedes no son simples... —comienza a decir, pero Muluc lo interrumpe.

— ¿Humanos? ¿No me digas que crees realmente que hay otras especies? —Se burla, aunque en el tono que usa se nota lo tenso que está.

Ahau se sonroja de la vergüenza, pero no cambia su expresión, le mantiene la mirada al guerrero. Yo me quedo quieto viéndolos a ambos, es una batalla que ninguno puede ganar. Nos necesitamos, y aun así no somos suficientes para encontrar la Carcerem, o siquiera la isla Haru Jauje.

Observando al heredero del Reino del Huilli y analizando la información que he descubierto o que creo haber hecho, sobre su árbol genealógico, me siento levemente más segura de que no nos va a traicionar o de que lo que dice es cierto. Después de todo es un guerrero amarillo, no obstante, no es el original que acabó con las demás razas. Ni siquiera sabe sobre sus poderes... aunque debe tenerlos. Es el Sol. Su poder está dentro de él, solo que dormido.

—Ahau... —susurro, todavía armando la idea en mi cabeza, ninguno de los dos me presta atención, parece que soy invisible, así que levanto la voz—. ¡Ahau!

El guerrero me mira molesto.

— ¿¡Qué!?

—La cicatriz que tienes, ¿cuándo te la hiciste? —Mi pregunta parece tomarlo por sorpresa, tanto que la expresión de furia en su rostro desaparece y la reemplaza otra de desconcierto. Veo que por un momento consideró que la respuesta era clara, pero ahora que se queda en silencio pensando, veo que no lo es.

—Yo... debe ser... —se queda en silencio—. Espero que solo hayas visto la cicatriz y no algo que no debieras —agrega, no le presto atención porque las ideas inundan mis pensamientos.

—Tengo una forma de probar que lo que decimos es verdad —ambos me miran con una mezcla de extrañeza y desconfianza, intento que mi voz no tiemble cuando me expreso—. Creo que en tu cicatriz hay curinilahue —veo por la forma en que me mira que no sabe lo que digo, pero por el contrario, la expresión de Muluc refleja que me entiende a la perfección—. Es el guerrero, pero no sabe de los poderes, aunque eso no significa que no los tenga. Deben estar dormidos —afirmo con una convicción que flaquea a cada segundo—. Vi que tiene una cicatriz en la zona de su corazón —no puedo evitar el sonrojo que me recorre cuando pienso en ese momento—. Si no recuerda el momento en que se la hizo lo más probable es que oculte algo.

—No puedo creer que vuelvan a...

—Puedo probarlo —lo interrumpo con fiereza—. Puedo probar que Peumayen es mucho más de lo que tú crees, de lo que te han hecho creer.

Al parecer algo en la forma en que le hablo lo convence, se queda en silencio y me mira a los ojos. Veo que duda, que desconfía y que también me teme, teme que sea una chica loca que no sabe de lo que habla y termine con él muerto, no obstante, también hay algo que le hace querer creerme, lo sé.

—Está bien —dice con voz calmada, pero sus ojos no paran de moverse—. ¿Qué hay que hacer?

—Abriremos tu cicatriz y sacaremos el pedazo de metal que está en ella.

—Sigo sin entender.

Tomo una respiración y miro a Muluc, nuestras miradas se encuentran y es tan extraño que en un mismo día dos personas me hayan mirado a los ojos y no hayan desviado la mirada que me extraña y me llena. Cuando llegamos apenas me hablaba, ahora sé que confía en mí, o que comienza a hacerlo. Me da un pequeño asentimiento y sale del cuarto, no lo dijo, aunque estoy segura que va a buscar lo necesario para abrir la cicatriz de Ahau.

—Los guerreros siempre han tenido poderes asociados, creo que te lo ocultaron por la importancia de tu sello —sé que quiere replicar pero se queda en silencio—. Eres el primero de los veinte —esto hace que se ponga de pie.

—Somos cinco.

Niego con calma, sin querer alterarlo más de lo que ya parece.

—Somos veinte.

— ¿Somos? —El tono de su voz sube y suena casi como un grito de un niño pequeño, un niño al que acaban de decirle que todo lo que sabe sobre el mundo es mentira.

—Somos veinte guerreros solares. Cinco amarillos, cinco azules, cinco blancos y cinco rojos. Todos tenemos poderes, poderes reales y mágicos. Somos los escogidos para proteger

Peumayen de todas las criaturas que intentan atacarlo día y noche, y no puedo concebir la idea de que seas tan ingenuo como para no saber que continuamente somos atacados por criaturas malignas.

—Eso solo ocurre en las afueras del reino.

Levanto una ceja, incrédula de lo que acaba de decir.

—Solo porque ocurre en las afueras no significa que no ocurra —la respuesta en mi voz es dura, pero es lo que se merece—. Eres el líder natural de los guerreros, a ti por sobre todos debería importarte lo que suceda. Eres nuestro líder.

— ¿Dónde están los demás de ustedes? —No me cree del todo, no importa, sé que pronto lo hará.

—Creemos que en la Carcerem.

— ¿Qué les pasó? ¿Por qué están allá?

—Porque la raza amarilla traicionó a las otras y los encerró —es la respuesta que doy, su expresión pasa de sorpresa a ira, luego a simple pena. Y ahí es cuando sé que me cree y que realmente no tenía idea de lo que pasaba. Aunque eso no es justificación suficiente, jamás el no saber algo va a ser justificación suficiente para ignorar lo que ocurre, lo que eres y lo que debes ser.

Capítulo 10

Tomo una respiración profunda y me obligo a retener el aire, mientras, con cuidado bajo la daga que me dio Muluc y hundo la punta en la blanca cicatriz que tiene Ahau. Es muy delgada, como la mitad de mi dedo meñique, pero igual de larga.

— ¿Podrías hacerlo de una vez? —Me gruñe Ahau.

Asiento sin responder y presiono con más fuerza, un hilo de sangre cae por su pecho que Muluc limpia de inmediato. Con un poco más de confianza hundo más la daga y recorro la cicatriz, me voy obligada a repetirlo un par de veces, en todas ellas me gané un insulto por parte del guerrero.

Después de lo que se siente como horas, logro abrir un poco más la carne como para ver dentro, en un comienzo la decepción hace que me tiemblen las manos, no obstante, luego algo se asoma, un pequeño brillo, es tan delgado que tengo que usar la daga para ayudarme a sujetarlo. Parece pequeño en un comienzo, pero cuando logro sacarlo un poco me doy cuenta de que va aumentando su tamaño, tanto así que noto que tiene forma de disco. Un disco de metal negro, tan delgado que parece casi una hoja. A medida que lo saco veo que Ahau frunce el ceño y respira con fuerza por la nariz.

—Yo tenía razón —es lo que alcanzo a decir antes de que un cansado Ahau se retuerza del dolor. Muluc corre a cubrir su boca para evitar que los demás inquilinos lo noten, mientras que yo sujeto sus brazos—. Ya va a pasar —susurro de forma suave, intentando calmarlo—. Solo durará unos segundos.

Él se contorsiona de una manera extraña y aprieta las mandíbulas con una fuerza tan desmedida, que me asusta que se vaya a hacer daño. Busco con la mirada el lugar donde el copahue, marca física del sello, aparece, pero no encuentro nada, hasta que veo su pecho, en el mismo lugar donde antes estaba el disco negro. Tiene más sangre que la que salió cuando hice la incisión, ahí es donde debería estar el copahue, quien sea que le haya puesto el disco lo sabía, por eso eligió ese lugar.

Los segundos pasan y el rostro de Ahau se calma, su ceño deja de estar fruncido y sus dientes dejan de rechinar. Gotas de sudor salpican su frente y pecho. Él se queda quieto y con los ojos cerrados, lo veo dudar, noto el movimiento detrás de sus párpados y siento su indecisión. Mis manos vibran donde todavía estoy en contacto con su piel.

—Mis brazos se sienten raros —dice con voz ahogada. Dejo de tocarlo y retrocedo, asustada de que mi tacto le haya hecho algo. Presté tan poca atención a mi sello que puede que se haya salido de control.

—Lo siento —murmuro avergonzada.

Ahau abre los ojos y rueda el rostro, el cuarto está oscuro, salvo por la luz que entra por la

ventana, pero me encuentra en la penumbra. Sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Tenías razón —es lo único que dice y lo entiendo. Vuelve la vista al techo y se queda ahí. Acabo de demostrarle que todo lo que le han enseñado, lo que su familia le ha enseñado, es mentira. Imagino que el peso de lo que acabo de mostrarle debe asustarlo. A nadie le debe gustar la idea de que su propia familia se haya coludido para quitarle algo que le pertenece por derecho. Le quitaron sus poderes.

Lo único peor que ser el guerrero de la muerte sería ser el guerrero de la muerte pero sin los poderes. Así que de alguna forma extraña y retorcida lo entiendo.

—Mi primo —dice tan bajo que avanzo dos pasos para escuchar mejor—. Él era el Sol, él tenía que ser el guerrero del Sol. No yo, yo... yo solo... —su voz se rompe y cierra la boca de golpe.

—Eras la segunda opción que nadie quería usar —termino por él. A pesar de lo duro de mis palabras, asiente.

—Un bastardo no es la opción de nadie para ser el guerrero del Sol, aun cuando se suponía que era un título honorífico solamente.

Muluc lanza un gruñido y sé que le sorprende lo de bastardo. Por un momento olvidé por completo su presencia en el cuarto.

Ahau se sienta de golpe en la cama, en sus ojos brilla una llama que antes no estaba. Siente el poder, siente la energía recorriendo cada centímetro de su cuerpo. El saber que es poderoso, ese momento en el que descubres que desconoces el límite de tu valor es un momento que cambia tu vida.

Para bien o para mal.

Yo descubrí que la vida era tan frágil que con solo deseárselo podía acabar con ella, y por desgracia, lo he deseado demasiadas veces.

—Mi familia debe saber...

—No —lo interrumpe Muluc de forma brusca, antes de que agregue algo más, hablo yo.

—Tu familia hizo esto —lo veo hacer una mueca, por lo que he descubierto no tiene la mejor relación con ellos, pero una familia es una familia, así que lamento que tenga que pasar por esto—. Y no hay forma de averiguarlo preguntándoselo a ellos.

—Entonces, ¿qué?

—Tu primo —digo, y ahí me doy cuenta de que es cierto. Su primo es la única persona que debe saber realmente lo que está pasando. Tenemos que encontrarlo.

— ¿Por qué me ayudarían? —pregunta volviendo poco a poco ser el Ahau desagradable que he aprendido a conocer.

—No lo hacemos por ti —Muluc se acerca a nosotros—. Somos guerreros de razas traicionadas y olvidadas, todo por la tuya, que resulta ser tu familia y los responsables de que no

supieras sobre tus poderes. No te estamos ayudando, lo hacemos por nosotros.

Me quedo en silencio. Es cierto. No deberíamos ayudarlo, pero creo que está más que claro que es una víctima más de la raza amarilla. Sin embargo, la idea de que no es como los otros guerreros amarillos solo porque no han tenido tiempo de convencerlo o de lavarle el cerebro, no deja de rondar mi cabeza. Puede ser que este Ahau sea muy nuevo con su sello y los demás todavía no lo ponen al corriente con todo lo relacionado con lo que es ser un guerrero amarillo.

— ¿Lo haremos? —Susurra con voz insegura—. ¿Encontrar a mi primo, averiguar dónde están los demás guerreros y quién les hizo esto? —Me mira cuando habla, sus ojos fijos en los míos y yo siento algo dentro de mí. Lo que me emociona y asusta en partes iguales, la sensación de que alguien confía en mí y no me teme es muy poderosa, pero también lo es el miedo de si seguirá siendo así una vez que se entere qué guerrero soy o todo lo que he hecho.

—Sí —afortunadamente quien responde es Muluc, pues mi lengua parece trabada en la boca, solo doy un pequeño asentimiento—. Pero primero tendremos que encargarnos que no sepan que has descubierto tu poder y enseñarte a usarlo.

— ¿Cómo pueden hacerlo si no saben usar mi poder? —Nos mira de una manera extraña, como hacía en un comienzo, como si no supiéramos lo que hacemos o como si no fuéramos dignos de dirigirle la palabra.

—El poder es el mismo, solo que toma otra forma —digo.

Su mirada no cambia, lo que me molesta de forma considerable. Lleva un par de minutos con el sello activo al cien por ciento y ya nos considera inferiores, o, peor aún, insuficientes para esta misión. Puedo verlo en sus ojos, en el ceño fruncido y en la ceja levemente levantada.

—Puedes ser el Sol —agrego con voz monocorde, incapaz de contener las palabras que salen de mi boca— pero no nos subestimes. Somos mucho más poderosos que tú en este momento y es posible... —tomo una respiración— que yo siempre sea más poderosa que tú, y que todos —agrego al final. Negándome a responder la mirada que me lanza Muluc, sé que quiere que me quede en silencio antes de que diga algo de lo que me arrepienta, pero no puedo.

—Ilumíname —me reta, poniéndose de pie, sin poder evitar una mueca.

—Lo haría, pero temo que la pequeña llamita que se ha encendido hoy se apague igual de rápido.

Ahau se queda en silencio, a mi lado Muluc ríe, lo que envía un escalofrío tan fuerte a mi columna que en vez de alivianar el ambiente, me siento peor. Más asustada que nunca. ¿Qué pasa si todo lo dije es cierto y yo soy la más poderosa de los veinte? ¿Qué pasa si no existe nadie más en Peumayen que pueda acabar conmigo si el sello se sale de control?

¿Qué pasa si el poder es demasiado para mí?

Capítulo 11

Estornudo cuando una nube de polvo vuela a mi nariz por cerrar el libro de forma brusca, a esta altura no me sorprende lo fuerte del ruido, no es la primera vez que estornudo desde que llegué. Este lugar está cubierto de polvo.

Dejo el libro a un lado y apoyo los codos en la mesa.

Aunque le probáramos a Ahau que el poder de los guerreros es real, todavía existe el problema de que no tenemos la más mínima idea de dónde se encuentra la isla Haru Jauje, por lo que volvimos a la parte inicial del plan.

La biblioteca del Castillo Amarillo.

Al principio estaba tan asustada de que alguien fuera a encontrarme y tuviera que escapar, que el tiempo se me hacía eterno, pero ahora sé con certeza que nadie entra a este lugar a menos que tenga que hacerlo. Por el momento nadie ha tenido que hacerlo. Además, nadie me vio entrar, ya que lo hice entre las sombras, y es de la misma forma como planeo salir de aquí.

En la mesa donde estoy, hay varios volúmenes abiertos y otros cerrados formando un cerro, un cerro de fracasos y decepciones, además de páginas y páginas de información vaga e inútil. He repasado la mayoría de los que parecían tener relación, pero, desafortunadamente, solo llevo dos de las estanterías. Me quedan siete y eso es sin contar todos los libros que están ubicados en los muros.

Se me irá la vida en este lugar.

Lo que es peor, es que he tenido que hacer todo yo sola, porque Muluc se fue con Ahau para ayudarlo a entrenar. A ninguno de nosotros nos gustó este plan, sin embargo, era el único posible, sobre todo después de que Ahau se negara a recibir mi ayuda, y no lo culpo, la forma en que le hablé todavía me asusta. No sé si prefiero que haya sido el sello el que se haya apoderado de mí o que fueran mis propias palabras las que salieron.

¿Ser un peón o ser cruel?

Al parecer esas son mis opciones ahora. Terribles opciones.

Rendida, me pongo de pie para llevar los libros a sus estanterías correspondientes, no las recuerdo todas, pero nadie entra aquí, así que nadie sabrá si he movido un libro o dos, o cien.

Estornudo varias veces mientras guardo los ejemplares, me limpio el polvo en la ropa, aunque sé que ya no tiene espacio para más. Estoy cubierta de polvo.

—Salud —dice una voz a mi espalda.

Me asusto tanto que dejo caer el libro que intentaba guardar, el que me cae en el pie, provocando que gimia de dolor.

—Tu día parece que ha ido igual de bien que el mío —comenta Ahau con la vista fija en mi rostro, deformado por el dolor. Me sobo el pie y vuelvo a tomar el libro para guardarlo y

evitar que me cause más lesiones—. Y por tu silencio deduzco que no has avanzado nada.

Niego sin mirarlo, dedicándome a guardar los libros en sus estantes, ya sin siquiera intentar recordar a dónde pertenecían, los pongo en el primer espacio que encuentro disponible.

—Luc... —hace una mueca—. Muluc, controla el agua —dice, yo me mantengo en silencio—. Su poder es el opuesto al mío, el fuego.

Ahora es él quién se queda en silencio, pero sin dejar de mirarme.

—Lo sé —es lo único que respondo.

— ¿Siempre supiste que era un guerrero? —Entra a la biblioteca y cierra la puerta tras él. Su tranquilidad podría sorprenderme, pero sé que se debe a que esta zona es la menos poblada de todo el castillo, ni los sirvientes vienen a esta ala.

—Sí —respondo, porque por lo poco que conozco de él, sé que insistirá hasta que hable.

— ¿Cómo? ¿Sabías que era el príncipe? —Se acerca. Tomo una respiración, que vuelve a producir comezón en mi nariz aunque no me hace estornudar y lo miro a los ojos.

— ¿Sientes algo cuando estás conmigo... con nosotros? —Agrego ante su mirada inquisidora.

— ¿Algo como...?

—Algo en tu copahue, una vibración, calor, algo que se mueve y recorre tu piel —levanto las manos exasperada—. Algo tienes que sentir, ¿no?

— ¿No es solo por el sello? —Pregunta, realmente curioso.

—No —niego con suavidad, intentando calmarme. Ahau tiene un talento para sacarme de mis casillas—. Tu sello reacciona al nuestro, aunque cuando te vi por primera vez no tenías el copahue, de todos modos fui capaz de percibir tu sello. Claro, no sabía cuál eras, pensé que...

—Era como ustedes, no de los traidores —puedo percibir el veneno en su voz, aunque no sé hacia quién está dirigido. ¿Hacia mí? ¿Muluc? ¿O su familia que le ha mentado toda la vida?—. Lamento que te haya tocado un Sol que no sabe usar sus poderes.

—Ya no hay mucho que hacer al respecto, ¿no? —Paso por su lado, para ir a por otros libros. Finalmente, he llegado a la tercera estantería, debo aprovechar la racha.

—Muluc no me quiso decir quién eres —me sobresalto, pero intento que no se note, por lo que actúo con normalidad—. No entiendo el porqué.

— ¿Qué sabes de los otros guerreros? —Pregunto sin mirarlo a los ojos.

Cuando no responde me obligo a hacerlo, lo veo levantar los hombros.

Suspiro y camino hacia el bolso que traje conmigo, la abro y saco el ejemplar que tengo de *El Libro de los Sellos*. Paso mis dedos por él y se lo entrego a Ahau, quien me mira con una expresión aburrida.

— ¿No puedes simplemente decirme?

—Léelo, hay información de todos los guerreros. Te va a ayudar, espero —agrego

levantando los hombros como él y volviendo a mi búsqueda por el librero—. Te reto a que adivines cuál de ellos soy.

Sonríe. Parece que la idea de que lo retara a encontrar la respuesta lo entretiene, por lo que abre el libro de inmediato y se pone a ojearlo, pero sin mucho entusiasmo. Ocupa el puesto en el que yo estaba, por lo que me veo obligada a irme a otro. Aunque tiene una mueca de aburrido, sus ojos no se despegan de las páginas, ni me presta ayuda cuando hago equilibrio con siete tomos sobre mis manos.

La tarde transcurre con una exasperante lentitud, leo páginas y páginas sin información nueva, estornudo, Ahau me hace callar, le lanzo una mirada molesta y volvemos a lo mismo.

Cuando se hace de noche él se levanta, toma el libro y me deja sola, con la luz de tres velas que logramos encontrar, como única compañía. Devuelvo los libros a sus lugares correspondientes, creo, y tomo nota mental de en qué parte quedé.

Considero irme, pero por primera vez noto que hay un muro entre dos estantes que no tiene libros, sino que papel mural y un cuadro. Me acerco a él con el ceño fruncido, tratando de recordar donde he visto antes ese paisaje. Es un bosque enorme e intimidante, incluso en la pintura se puede ver el poder que debe haber en él... ¡Claro! ¡Es el Bosque de Bollelemu! Jamás he ido, pero en el Castillo Rojo también hay un cuadro, y como este, está en la biblioteca para marcar...

Me quedo quieta tratando de asegurarme de que mis recuerdos sean los correctos.

La única forma de averiguarlo es acercándome, no hay muebles bajo el cuadro, así que comienzo a dar pequeños golpes en el muro hasta que uno me llama la atención. Suena hueco. Emocionada y con el corazón latiendo en mis oídos busco el contorno de la pequeña puerta con las yemas de los dedos, entierro una uña en el espacio entre la puerta y el muro para romper el papel y le doy toda la vuelta.

Espero que realmente nadie venga a este lugar porque ahora es evidente que un intruso ha entrado al castillo y se ha puesto a destruir el papel mural.

Pongo ambas manos en la pequeña puerta y empujo con suavidad, suena un pequeño *click*. Quiero gritar de emoción cuando veo que se abre y revela un compartimento oscuro, meto las manos a ciegas y encuentro un libro dentro.

Sonríe. Exactamente igual a como encontré *El Libro de los Sellos* la primera vez, aunque aquella fue solo casualidad.

—*Sobre criaturas y lugares peumayinos*—leo el nombre en voz alta.

Esto es exactamente lo que estaba buscando.

Capítulo 12

Lo guardo, rápidamente, en mi bolso y voy al mundo de las sombras. En un comienzo planeaba solo transportarme hasta fuera del castillo, pero estoy tan emocionada por mencionarle el libro a Muluc que decido hacer todo el recorrido hasta la posada.

Vuelvo a mi forma física en el pasillo entre ambos cuartos y golpeo la puerta de él con suavidad. Espero en silencio, pegando el oído a ella, aunque nada pasa. Repito el proceso dos veces, con el mismo resultado. Intento abrirla, sin embargo, está con seguro por dentro.

Suspiro frustrada.

No me queda otra opción, podría decírselo mañana, sin embargo, no quiero aguardar, así que me transporto dentro del cuarto como una sombra. Apenas cruzo la puerta vuelvo a mi cuerpo.

Soy recibida con un empujón y el filo de una daga en el cuello.

— ¿Tú? —Susurra Muluc muy cerca de mi rostro—. ¿Qué demonios? —Exclama alejándose de un salto, como si mi tacto quemara—. ¿Qué planeas? ¿Matarme?

Cuando dice la última palabra me encojo como una niña pequeña a la que han regañado. Él nota la reacción, pero se queda en silencio, esperando que sea yo la que diga algo. No obstante, no puedo, mi cuerpo no reacciona y mis labios permanecen sellados.

Debí saber que no importaba qué tan útil fuera en esta misión o la actitud que Muluc pareciera tener conmigo. Nada va a cambiar. Seguiré siendo la niña que asesinó a trece soldados, la que estaba bañada en sangre y con los ojos rojos de hambre de poder.

Una vez que mis padres murieron nadie en el pueblo me quiso acoger, el reino de la raza amarilla no resulta especialmente amable con las razas que no son humanas, por lo que nadie del pueblo quería hacerse cargo de una pequeña molestia como yo. De esa forma, con doce años me vi obligada a buscar refugio en las montañas, me alejé del mar, mi hogar, para irme a la Cordillera de los Pueles. Sobreviví apenas las primeras semanas, pero luego resultó que era buena aprendiendo a distinguir frutos venenosos de otros que no lo eran. Al primer mes me había encontrado una pequeña cueva a la que volvía cada noche, aunque me rehusaba a convertirla en mi hogar, por el temor de que tuviera que volver a marcharme. No soportaba la idea dejar dos hogares en tan poco tiempo.

Era una mañana especialmente helada, me había tenido que alejar de la cueva para buscar comida, ya que los frutos comenzaban a morir. Estaba escarbando en la tierra, buscando unas raíces cuando una tos seca llamó mi atención. Seguí el sonido y me encontré con un anciano que intentaba beber agua del río, muy caudaloso en esa época.

Mi primer instinto fue dejarlo que se cayera, no era mi problema y yo no era el problema de nadie. Así funcionaba el mundo en ese entonces. Sin embargo, los pocos recuerdos que me iban quedando de mis padres me obligaron a ir donde él y advertirle que si se acercaba más caería al

río y sería tragado.

—Muero de sed, niña —me dijo.

—Unos doscientos metros río abajo la pendiente disminuye y el río se ensancha, es mucho más fácil beber allí —le expliqué con calma, atenta por si tuviera que lanzarme al agua a por él. Había intentado con todos mis medios evitar hacerlo, a las criaturas de agua dulce no les agradamos las marinas y viceversa. Lo ideal es que cada una permanezca en su propio dominio.

El hombre comenzó a caminar a paso lento y tortuoso, por lo que me vi obligada a ir a su lado y cruzar su brazo por mis hombros, para soportar su peso.

—Nadie hubiera hecho lo que hiciste —murmuró entre mordiscos aquella noche junto al fuego dentro de una cueva. Yo seguí comiendo mis bayas sin mirarlo a los ojos. Había algo completamente extraño en ellos—. Lo digo en serio, mi nombre es Cimi, ¿te suena de algo?

No respondí, solo negué con la cabeza y dejé a un lado los frutos, repentinamente interesada por aquel hombre tan extraño.

— ¿Conoces a los guerreros solares? —Preguntó luego él.

—Por supuesto.

— ¿Sobre todos ellos? —Me quedé en silencio. Gran parte de Peumayen había olvidado que tiempo atrás existían otras razas de guerreros, no solo la amarilla. Mis padres no olvidaron y por eso ellos fueron los que desaparecieron, por no olvidar.

Negué, asustada ante la idea de terminar como mis padres. Nadie debía saber lo poco que sabía sobre los guerreros. Incluso el conocimiento de que había más que los cinco amarillos era peligroso.

El hombre se veía decepcionado, pero terminó su cena con el mismo entusiasmo. Lo dejé quedarse a dormir conmigo aquella noche. No tenía forma de volver al escondite antes de que anoheciera, así que lo mejor era que ambos nos quedáramos juntos por protección.

Dormí mal esa noche. Recuerdo que tuve muchas pesadillas y mucho frío, aunque me había acurrucado cerca de las brasas. Desperté por el ruido del viento en la cueva, me levanté porque lo mejor era volver a terrenos conocidos. Mi mente tardó un buen tiempo en recordar al hombre y cuando lo hice, comencé a buscarlo con desesperación, por desgracia no estaba en la cueva.

Lo encontré a los pocos metros al borde del acantilado con una mirada de demente y una sonrisa cruzando su rostro.

—Tú lo harás mejor que yo, niña —dijo, luego se dejó caer por el precipicio.

Corrí, corrí lo más rápido que pude, aun así no logré alcanzarlo, ni aunque hubiera podido volar hubiera alcanzado a tomar su mano. La última imagen de ese momento es su cuerpo dando vueltas en el aire, aproximándose al suelo.

— ¿Pasó algo? —Pregunta Muluc cuando ve que yo sigo en silencio, todavía perdida en mis pensamientos.

Tengo un nudo en la garganta, pero me obligo a respirar y hablo, con la voz más tranquila que puedo.

—Encontré un libro escondido en la biblioteca, habla sobre lugares y criaturas peumayinas. Puede sernos útil —agrego al final.

— ¿Lo leíste?

—No —niego, sintiéndome una estúpida.

— ¿Cómo sabes qué sirve? Puede ser igual de inútil que todos los demás libros. Deberías haberlo comprobado antes de... —no termina la oración.

—Estaba escondido —es lo único que digo—. Debe haber un motivo por el que estaba escondido.

—Quizá lo dejaron por equivocación —niego antes de que termine de hablar—. Hablémoslo mañana. Ya es tarde.

Asiento, me inclino y recojo el bolso que dejé caer cuando Muluc me atacó. Mi agarre es tan fuerte que se me ponen los nudillos blancos por la presión. Descorro el seguro y abro la puerta. Dice algo a mis espaldas, aunque ya no puedo escucharlo. Su voz es reemplazada por el sonido de la voz del otro Cimi y el silencio es invadido por los gritos de los soldados a los que asesiné.

Fue hace cinco años, pero siempre vuelvo a ese momento.

Siempre estoy matando a esos hombres.

Y lo disfruto cada una de las veces.

Capítulo 13

Estoy sentada en mi cama leyendo, mientras Ahau y Muluc entrenan. Leo la información una y otra vez, repaso diez páginas antes y diez páginas después del breve capítulo dedicado a la isla Haru Jauje. Al menos dice lo suficiente.

Efectivamente, la isla se mueve, pero lo hace a una velocidad tal que es posible encontrarla. No es como un barco, como temí en algún momento, sino que de una forma sutil que permite que las personas que la habitan no lo sientan. Según lo que dice el libro no sigue rutas normales, no se han encontrado hasta el momento recurrencias, pero eso no significa que no las haya. Después de todo, Cib, esa víbora, fue capaz de encontrarlas, de otra forma no hubiera sido capaz de construir una prisión en ella.

Necesito más. Esta información no es lo que yo esperaba conseguir ni mucho menos. Pensé... realmente pensé que...

Muerdo mis labios y con una furia contenida lanzo el libro lejos. La vela con la que iluminaba mi lectura se apaga, pero no quedo sumida en las sombras. La luz del alba se cuele por la sucia ventana y me recuerda que ya es de día. Pasé la noche en vela, leyendo el libro una y otra vez con la esperanza de encontrar algo que me ayudara en esta búsqueda de la Carcerem.

Asusté a Muluc por nada.

La imagen de su rostro cuando me tocó, de cómo consideró que quizá yo quería... matarlo, la forma en que bajó la mirada avergonzado, mas no arrepentido.

Todo eso me quema como fuego en la piel, no puedo evitarlo. Soy una estúpida, una asesina e inútil, que ni siquiera es capaz de salir de los desastres que yo misma creo.

Aquella vez en el acantilado, un acto primitivo me hizo cerrar los ojos para no ver morir a Cimi, y eso me salvó. Un discípulo jamás debe ver morir a su maestro, o queda ciego, como Manik. En ese entonces no sabía que era la discípula del guerrero y menos que su plan era matarse para entregarme el sello, yo solo había ayudado a un anciano que parecía perdido y hambriento.

No podía entender el motivo de lo que había hecho. Solo después de que un dolor punzante apareció en mi cadera y me obligó a retorcerme en la tierra durante los minutos más largos que puedo recordar, fui capaz de ver que debajo de toda la sangre que había derramado había una nueva marca en mi piel. Un sello, como los que papá dibujaba en la arena.

Un simple cuadrado con una línea cruzándolo en el medio y otra más pequeña en el lado izquierdo. Solo eso. Una pequeña marca en mi cadera.

Mi respiración iba desbocada, parecía que el corazón quería salir por mi garganta y oídos, mis manos temblaban de tal forma que me resultaban del todo inútiles.

Era un sello, uno de los sellos de los guerreros solares, los cuidadores de todo Peumayen, y yo, una simple criatura huérfana, era la poseedora de uno de esos poderes de los que escuché

toda mi infancia.

Luego vino la realidad y me golpeó.

Solo quedaban los guerreros amarillos. Sol, Humano, Guerrero, Semilla y Estrella. Me obligué a recordar los diseños de cada uno de sus sellos, los dibujé con una rama en la tierra una y otra vez, hasta estar segura de que los recordaba con claridad.

Yo no tenía uno de los sellos amarillos.

Estaba en peligro. Lo sabía.

Papá jamás me dijo qué había pasado con los demás guerreros, aunque me temo que él no lo sabía, por lo que tampoco tenía idea de qué hacer. ¿Dónde estaban los demás? ¿Por qué los guerreros amarillos negaban su existencia si yo misma tenía la prueba de que no era así? Quizá no lo sabían, quizá alguien más había planeado esto...

El sonido de los cascos de los caballos golpeando el piso me devolvió a la realidad. Nadie poseía caballos en estas zonas. Solo... solo la gente del Reino del Huilli, hogar de la raza amarilla.

Aun mareada y con el dolor latente en mi cuerpo me puse de pie, dispuesta a escapar de quien fuera que viniera. Era imposible que supieran de mí, había recibido el sello de forma reciente, demasiado como para que... Se veían los caballos en la distancia, no tan lejana como para conservar la esperanza de que ellos no me hubieran visto. El pánico se apoderó de mí, de mi cuerpo y de mi corazón. Y aunque era demasiado joven como para notarlo, lo hice, el sello estaba tomando el control.

Ni siquiera sé cuánto tiempo después los hombres a caballo me rodearon, dieron vueltas a mí alrededor hasta que me mareé de verlos. No hablaban, solo me miraban y yo apenas podía verlos por el resplandor de sus armaduras.

Mis manos temblaban.

— ¿Qué haces aquí, niña? —Preguntó uno de ellos. No permití que la esperanza creciera en mi pecho. No sabían quién era. No tenían cómo saberlo.

—Nadie —respondí con voz temblorosa—. Solo una huérfana.

— ¿Vives aquí? —Volvió a preguntar.

—Vivo donde puedo —levanté los hombros para aparentar una calma que realmente no sentía. El miedo comenzaba a crecer.

—Señor —lo interrumpió uno de los soldados, antes de que el primero que había hablado me hiciera otra pregunta. Tardé dos vueltas en encontrar al dueño de la voz, pero cuando lo hice noté que apuntaba a mi cadera, donde la enorme mancha de sangre marcaba el lugar donde había aparecido el copahue.

Varias armas se levantaron en mi dirección. Yo solo me quedé ahí, quieta, intentando contener el temblor de mis manos y el extraño cosquilleo que me recorría todo el cuerpo.

—Así que encontraste a uno —no era una pregunta, así que no respondí, tampoco me creía capaz de hablar en voz alta. Estaba asustada, pero también me sentía más poderosa de lo que jamás me había sentido y podía ser que fuera ese poder lo que me hacía sentir tan asustada—. Y él, cobarde, te dio el sello.

—Era un anciano —susurro, por algún motivo desconocido no quiero que piensen en él como un cobarde. Pero lo es. Se mató para darme el sello, para evitar a estos hombres y dejarme a mí con la carga.

—Y le dejó el peso del sello de la muerte a una niña —dijo el primero de ellos, en sus ojos vi algo similar al entendimiento. Sabía que estaba asustada, pero estaba más allá de su control.

Me iba a matar.

El tiempo pareció detenerse, ellos me miraban y yo mantenía la vista fija en el suelo, mirando de reojo la mancha de sangre en mi cuerpo, donde el copahue todavía estaba demasiado reciente.

Casi pensé que me iban a dejar ahí, pero luego el que me habló le hizo una seña a uno de los hombres, el que se bajó de su caballo y fue a por mí.

Todo se volvió confuso en ese momento. Recuerdo los hombres que intentaban sujetarme, recuerdo que gritaba y pataleaba, ellos llamaban a más hombres y entre todos intentaban contenerme. Yo gritaba. Entonces, uno de esos gritos salió de un lugar más hondo que de mi garganta, salió de mi alma y vi como el hombre que estaba más cerca se retorció de dolor. Puse la mano en otro y este también comenzó a gritar.

Todos retrocedieron un par de pasos.

Había perdido el control de mi cuerpo.

Los maté a todos y no recuerdo cómo lo hice, solo sé que maté incluso a aquellos que intentaban alejarse de mí. De alguna forma terminé con una espada y con ambas manos bañadas de sangre, luego, todo mi cuerpo estaba cubierto también y mis oídos saturados de gritos que yo misma había ocasionado.

Perdí toda la energía en ese momento, caí de rodillas al piso y me puse a llorar.

Varias horas después, cuando volvía a anochecer, llegó Muluc. Parecía que buscaba a alguien, quizá al anterior Cimi o a otra persona completamente distinta, pero me vio. Seguía en medio de los cuerpos, la sangre se había secado en mi piel, volviéndola tirante y dura, como una costra de muerte. Creo que debí haber dormido entre llanto y llanto, aunque no lo recuerdo, no estoy segura de haberlo hecho, pero tampoco sé qué hice durante todo el tiempo que estuve ahí tirada.

Todavía no puedo olvidar la mirada rencorosa y de asco que me dio Muluc, incluso cuando no opuse resistencia mientras me sacaba a rastras del charco, medio seco, de sangre.

Parecía que la idea de tocarme, aun siendo una niña de doce años, asustada y llorona, le desagradaba de tal forma que si no fuera porque temía que hiciera más daño si me quedaba sola, no me hubiera llevado con él.

Cada vez que dice algo que me hiere, rememoro ese momento y me pregunto cómo hubiera sido no hubiese sido él quien me encontró entre los cadáveres, si hubiese sido cualquier otro. Siempre me he preguntado cómo sería nuestra relación si me hubiese presentado ante él como cualquier otra persona. Si lo primero que hubiera visto de mí fuera una sonrisa tímida y no mi cuerpo bañado con la sangre de esos soldados.

Qué hubiese pasado si...

Las palabras que más me atormentan.

La puerta se abre antes de que vuelva del todo al presente, intento limpiar las lágrimas, pero sé que es tarde. Ya me vio. Ambos lo hicieron.

—Debemos irnos —dice Muluc—. La posadera lo ha reconocido. Sabía que no era buena idea que vieran al príncipe entrar y salir de tu cuarto.

Me pongo de pie en silencio, limpiando mis manos de un polvo inexistente y recojo el libro. El maldito libro que me hizo revivir aquellos momentos como si hubiera sido ayer. El maldito libro que ni siquiera fue capaz de decirme cómo llegar a la isla Haru Jauje. Solo un montón de información sobre lugares y criaturas. Más de la que había en el Castillo Rojo y en el Castillo Amarillo, pero inútil de todos modos.

—No es mi culpa —replica Ahau con una mueca aburrida—. Además, no es tan grave, mi familia cree que tengo una relación con ella —me apunta con su barbilla en un gesto aburrido y con una expresión que dice lo ridículo que le parece aquello—. Quieren que la lleve al castillo.

—Es una idea terrible —gruñe Muluc, todavía incapaz de mirarme a la cara. Menos después de saber que he estado llorando como una niña pequeña—. De todos modos, ¿encontraste algo en el libro?

Ahau no hace preguntas, por lo que asumo que sabe sobre el libro que encontré.

Niego con la cabeza, sintiéndome una idiota por esa absurda emoción que sentí anoche al tenerlo entre mis manos. Cuando creí que podría hacer que Muluc se sintiera orgulloso de mí, orgulloso de dejarme venir con él en esta misión. Cuando creí que podríamos ser amigos. Que yo podría ser algo más que el copahue en mi cadera, pero no es así. Soy mi sello. Lo que pasó cinco años atrás me define, por desgracia, me define como una asesina.

—Necesitamos... —ya no sé ni qué decir, solo quiero volver a estar sola. Quiero volver a los días en que mi vida se reducía a largos paseos por el castillo, libros y entrenamientos con Onza. La única criatura que parece capaz de aceptarme, está muerta, así que de todos modos, no son muchas sus opciones—. Deberíamos volver al Castillo Rojo —digo, no porque crea que es lo correcto o porque tenga un plan, sino que simplemente quiero volver a esos momentos, donde era

miserable, aunque no lo sabía, no lo creía porque una parte de mí pensaba que en algún punto de mi vida todo mejoraría.

No quiero volver a creer eso, pero sí quiero volver a creer.

Capítulo 14

—Oye —susurra Ahau a mi lado al ver que me quedo en silencio, todavía perdida en mis pensamientos—. ¿Qué te pasa? —Jamás pensé que alguien como Ahau pudiera verse tan preocupado por mi estado. Me choca hacer coincidir este lado de él con el desagradable que siempre me mira en menos.

—Nada —respondo con voz monocorde. ¿Qué más espera que diga? ¿Qué le cuente todos mis miedos y preocupaciones a alguien que jamás ha demostrado el menor interés en mí?

Creo no estar tan desesperada, todavía.

— ¿Por qué querrían que fuera al castillo? —La voz de Muluc resuena en el cuarto, inundando cada rincón de él. La misma que me hizo despertar del estado catatónico en el que me encontraba en medio de aquellos cadáveres.

Su voz, siempre fría y serena conmigo.

—Creo que sospechan algo —Ahau levanta los hombros, volviendo a su actitud natural, sin embargo, sus ojos siguen buscando los míos con insistencia—. Jamás les ha importado con quién estoy o con quién paso la noche. Quizá Cib les dijo algo.

—Esa víbora —gruño entre dientes al recordar a la guerrera. El odio que siento por ella es tan fuerte que hace que por un momento olvide mi malestar previo.

—Creo que ambas se tienen un mutuo aprecio —responde Ahau divertido ante el comentario. Molesta por sus palabras lo miro a los ojos. Eso es lo que él quería, porque en ellos no se ve diversión, solo miedo y preocupación. Caí en su truco para devolverle la mirada. Ofuscada la desvíó al piso, donde mis pies descalzos se retuercen por el frío matutino.

—Es una terrible idea que conozca a tu familia —dice Muluc, consciente del ambiente tenso que se formó entre nosotros.

Yo en lo único que puedo pensar es en que Muluc sigue sin decir mi nombre, es como si fuera una palabra tabú que atrae la mala suerte o algo por el estilo.

—Si voy puedo pasar tiempo en la biblioteca sin problemas —digo poco convencida.

—Igual ahora —réplica él sin mirarme—. No estoy de acuerdo y no la dejaré.

Abro los ojos sorprendida y lo miro, espero varios segundos que se me hacen eternos, pero finalmente me devuelve la mirada. No sé qué hay en esos ojos. No sé si preocupación por mí, por la misión o si simplemente teme que arruine todo.

Aunque no hemos hechos muchos progresos, tampoco.

—Puedo ir y averiguar más estando allá —formulo las ideas a medida que se van creando en mi cabeza, intentado convencerlo y a mí de que es lo correcto—. Si estoy allá puedo espiarlos desde las sombras sin perder demasiada energía.

Escucho a Ahau hacer un ruido de sorpresa. Sé que intenta unir las piezas para saber qué

guerrera soy y no estoy tan segura de querer que lo averigüe. ¿A quién quiero engañar? ¡Por supuesto que no quiero que lo averigüe! No quiero que me mire, o evite mirarme, de la misma forma en que Muluc lo hace.

Necesito mantenerme ocupada.

—Iré —afirmo con convicción, una tan poderosa que si no fuera porque sé que es falsa, casi podría creerla.

Muluc gruñe y murmura algo entre dientes antes de salir del cuarto, azotando la puerta tras él.

—Es bastante protector contigo —dice Ahau levemente incómodo.

—Ni siquiera tú eres tan poco intuitivo —replico con voz amarga—. Sé que no te crees lo que acabas de decir.

—Tienes razón —admite sin una pizca de vergüenza—. Ordena tus cosas, nos vamos al Castillo Amarillo.

Meto dos prendas de ropa en mi bolso y lo cargo en un hombro. Ahau parece casi divertido al verme así. Creo que está acostumbrado a las chicas que viajan con grandes maletas. Aunque hubiera traído toda mi ropa tampoco llenaría un baúl.

Mi equipaje es más pesado, pero lo llevo dentro.

—Necesitarás más ropa.

—Ahau, no voy de visita turística. Tengo que averiguar cómo llegar a la isla.

—Lo sé —rueda los ojos, aburrido—. Pero de todos modos necesitas más ropa. Llevo días viéndote con la misma.

—Nos conocemos con suerte hace un par de días.

—Imagina cómo de aburrida te pondrás si te veo todos los días durante semanas.

¿Semanas? No puede estar hablando en serio.

—No crees que tardemos semanas, ¿cierto? —Pregunto intentando ocultar el pánico creciente en mi voz.

— ¿Tanto te asusta pasar tiempo conmigo?

—No, si hay alguien aquí que debería tener miedo eres tú —sonrío. Disfrutando de su incomodidad y de la mueca poco contenta que hace.

—Pronto voy a averiguarlo y estoy seguro que será bastante decepcionante.

Levanto los hombros, negándome a darle más información sobre mi sello. Mientras dura su ignorancia pienso disfrutarlo.

Doy una última vista alrededor, no hay mucho que ver, así que en cosa de unos minutos estoy en la entrada con Ahau a mi lado y un grupo de siete guardias que me miran con una suspicacia poco disimulada. Quizá creen que soy una arribista o una prostituta muy buena. Su curiosidad aumenta cuando sale Muluc de la posada y se detiene a unos metros de mí. Tomo aire,

su expresión no me dice mucho sobre su estado de humor, así que espero en silencio.

Sin decir palabra alguna extiende un paquete delgado y alargado, lo guardo de inmediato entre mis cosas, pues sé lo que es. Una daga.

No soy muy buena usando armas porque no me he visto en la necesidad de usarlas, pero sé que debería, en caso de que necesitara defenderme sin hacer uso de mis poderes, para no ser descubierta.

Nos damos la vuelta para subir al coche que nos espera, pero Muluc me detiene.

—Algo más —su voz suena ronca y obligo a todo mi cuerpo a no creer que es porque está preocupado por mí, porque no es así—. Toma —esta vez el paquete es pequeño y está envuelto en un paño de tela suave, antes de que lo tome lo desenvuelve y puedo ver que es un collar delgado de metal negro. Curinilahue, un metal que anula nuestros poderes o en cantidades pequeñas oculta el copahue de nuestro cuerpo.

Asiento y estiro la mano para tomarlo, pero él lo retira y antes de que pueda notarlo, me rodea y pone la cadena con delicadeza en mi cuello. Aunque no me toca, ni siquiera un roce leve o descuidado. Podría haber sido un gesto tierno si no hubiera sido capaz de percibir la tensión en sus brazos o en su respiración mientras lo hacía. No entiendo por qué lo hizo, lo que sí entiendo es porqué me regaló el collar, para ocultar el sello y evitar que me descubran.

Murmuro un suave “adiós” y camino detrás de Ahau, nos abren la puerta y entramos al carruaje que es tirado por cuatro caballos.

El balanceo del camino me permite pensar y poner en perspectiva ciertas cosas. El Reino del Huilli parece ser diametralmente opuesto a cualquier lugar que conozca de Peumayen, tanto así que a veces siento que estoy en algún otro mundo. La gente de la raza amarilla ha olvidado por completo sus raíces y de dónde vienen, no saben lo que hay fuera de estos muros, fuera de los grandes edificios y suntuosos vestidos.

Aunque no lo quieran los obligaremos a recordar. Sé que muchas veces hubiera querido olvidar por lo que he pasado, pero ahora es lo que soy, tanto así que me asusta muchas veces, aunque no lo cambiaría por nada.

Somos peumayinos, no somos punahuenses y estas personas deben recordarlo.

Capítulo 15

El trayecto pasa volando, después de todo, la posada no estaba tan lejos del Castillo Amarillo como para que tardáramos tanto. No había necesidad de mandar un carruaje. Por la forma de actuar de Ahau, supongo que no fue su idea, sino que de alguien de su familia. Su humor, volátil de forma natural, se vuelve más explosivo a medida que nos acercamos. Tanto es así que cuando el carruaje se detiene, se baja antes de que nos abran la puerta y pasa a llevar con el hombro al guardia.

Yo tardo un poco más en bajar, especialmente intimidada. La primera vez que vine, Ahau me hizo entrar a escondidas por la cocina para no generar comentarios, pero esta vez lo haré a lo grande, por la puerta principal como invitada del Sol.

Quiero vomitar.

Después de años de bajar la mirada, de obligarme a ser una sombra porque no era digna de que otra persona me prestara atención ahora me codearé con los guerreros que han vivido toda su vida como amos y señores de Peumayen. Los captores de los demás. Los asesinos de las criaturas mágicas.

Sujeto con fuerza la mano que me ofrece el guardia, especialmente amable y sonriente, aunque asumo que es por el hecho en particular de que no me conoce. Debo ser una extraña, una misteriosa extranjera en la que el príncipe parece tener el ojo. Nada más.

Mis piernas tiemblan mientras me acerco al grupo de personas que se encuentran en la entrada. El desgraciado de Ahau se encuentra junto a ellos, en vez de estar a mi lado como corresponde. Tomo una respiración y camino con algo similar a seguridad hacia ellos.

El hombre que conocí la vez anterior, Eb, se acerca a recibirme. Tiene el típico aspecto de la gente del Huilli; alto, rubio, con la excepción de los ojos. Con disimulo miro a Ahau y me sorprendo al notar lo mucho que destaca entre su familia. Todos tienen cabellos de color claro y ojos similares, se puede ver el parecido con facilidad. Me mira de vuelta y veo en sus ojos que eso le duele, saber que es un ajeno dentro de su propia familia.

—Creo que ya nos conocimos una vez —dice Eb atrayendo mi atención, extendiendo la mano. Su tic en el párpado sigue ahí.

Tomó su mano y un fuerte escalofrío me recorre, no puedo evitar la mueca que se forma en mi cara.

Huele a muerte. Hay un aura de muerte a su alrededor que antes no había notado. Sus ojos se fijan en mí y me mira frunciendo el ceño, tratando de ver a través. Y la idea de que pueda hacerlo me asusta más de lo que quiero admitir. De todos modos, fuerzo una sonrisa que espero se vea mejor que una mueca de dolor de estómago.

—Tío, ¿no se está cansando tu mano? —Se burla Ahau. Lo miro de soslayo, pero noto que

su expresión no es de diversión, sino que parece más bien molesto.

Después de lo que parecen horas, deja ir mi mano. Con disimulo la froto en mis pantalones, esperando eliminar la sensación que dejó en ella.

—Madre —suspira Ahau, ya no molesto, sino que resignado. La mujer que avanza un paso es como tantas mujeres de este reino que me sorprende lo poco que destaca para ser la madre del Sol. Si ahora diera la vuelta y pusieran a cinco mujeres más, es posible que me equivocara al apuntarla—. Esta es Mica —es el nombre que le di. Al parecer los huillines no valoran nuestro idioma. Consideré que no era buena idea ni darle el nombre del guerrero que heredé o el nombre que me dieron mis padres—. Mica, esta es mi madre.

Nos damos la mano, pero el contacto es tan breve que fue comparable con una brisa. Cuando levanto la vista para encontrarme con la de la mujer me sorprende al notar que frota su mano con la otra con una mueca, como si el contacto con mi piel le hiciera daño o algo por el estilo.

Ahora sé de dónde sacó Ahau la mueca de desagrado que tanto pone.

Primas, primos y tías, además de Eb, el tío que ya conocí. Toda la familia amarilla original frente a mí. Ellos son los responsables de que me tenga que ocultar, por el sello y por mi sangre. Ellos son los responsables de la muerte de mis padres. De que me quedara sin hogar y con nadie lo suficientemente valiente como para adoptarme. Son culpables de tantas cosas, de tanto daño y no solo hacia mí, sino hacia todo Peumayen, que siento como mi piel y mi sangre hierve. Estoy segura de que si alguien me tocara en este momento sabría que estoy en llamas.

Hasta que una voz congela mi sangre.

—Creo que deberían llevarla a su cuarto —dice Cib, no el albino que usa para aparentar, aunque él también está, sino que la guerrera original. Intento con toda mi fuerza evitar el contacto visual, pero es superior a mí—. Se ve en un estado deplorable, claramente necesita dormir... y un baño sería bienvenido —la risa de las primas de Ahau suenan de fondo. Es el único sonido, todos los demás guardan silencio.

Contengo la respiración, normalmente el poder estaría recorriendo mi cuerpo en estos momentos, avisándome que estoy cerca de perder el control, no entiendo por qué...

Con dedos temblorosos rozo el colgante que llevo oculto bajo la ropa, de la cadena va colgando un pequeño cuadrado negro, sin diseño o tallado, solo un cuadradito negro.

Ahí lo comprendo.

Muluc no intentaba evitar que me descubrieran, no intentaba ocultar mi sello, quería controlar mis poderes para evitar que hiriera a alguien. Eso es todo.

Al parecer realmente adopto una cara de enferma, pues Ahau se acerca y me toma del codo, alejándose de su familia y haciéndome entrar al castillo. Mi respiración se vuelve superficial a medida que la indignación crece dentro de mí. Sería tan fácil acabar con todos. Sería

tan fácil matarlos y acabar con esta tortura, con la espera y con la incertidumbre.

Es tan fácil matar.

Sobre todo para mí.

A veces tengo tantas ganas de dejar que ese lado gane, a veces lo único que deseo es acabar con todos. Con sus voces, con sus risas, con sus miradas suspicaces, con todo. Solo dejando el silencio, el ruido de los árboles, del río, de las aves, del mar... El mar. Lo extraño tanto.

—No estuvo tan mal —dice Ahau a mi lado, pasando una mano por su cabello, intentando liberar la tensión. Es un gesto que hace a menudo, por lo que he visto.

—Sigo viva, si eso quieres decir —gruño en respuesta.

—No es como si hubieran intentado matarte —la voz en su réplica suena tranquila, pero su rostro y brazos siguen tensos. Al escucharlo es como si fuera él quien realmente necesitara convencerse de aquello.

—Encerraron a los demás guerreros en una prisión imposible de encontrar y te negaron tu herencia de guerrero solar. Bloquearon tus...

— ¡Lo sé! —Se detiene y grita. Cierra los ojos y respira por la nariz, ampliando sus fosas nasales en el proceso.

— ¿Por qué estoy aquí? —Me acerco a él, que sigue con los ojos cerrados. Hablo en susurros porque no quiero gritar, porque no encuentro forma alguna de controlar la intensidad de mi voz. Las palabras salen como susurros y me acerco para que pueda oírlas—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Es una trampa? —La idea se formó en mi cabeza momentos antes, mientras caminaba hacia todas aquellas personas. ¿Ahau me había traicionado? ¿Todo era un truco para entregarme en bandeja de plata a su familia? ¿Con eso pensaba comprar su amor y empatía?—. Ahau —susurro, él abre los ojos y se ven tan oscuros que casi son como espejos. Me veo en ellos, pequeña y asustada—. ¿Les dijiste quién soy?

—Ni siquiera yo sé quién eres —replica, también en un susurro.

—Sabes a lo que me refiero —cierro las manos en puños como respuesta a su evasiva.

—También soy como tú —acerca su rostro y escupe las palabras con odio.

—No eres como yo —la respuesta sale veloz de mis labios, y en el momento en que la digo sé que es cierto. Es un guerrero amarillo. Es humano. Tiene familia.

No es como yo. No existe alguien como yo, al menos no alguien vivo.

—Intento serlo —dice y veo en sus ojos un profundo dolor que no sé de dónde ha salido.

— ¿Por qué quieres intentar ser como yo? ¿Acaso no te hemos dicho lo peligroso que es ser uno de nosotros?

—Soy uno de ustedes.

—Cuando tengas que mentir y ocultarte serás uno de nosotros —escupo con rencor.

— ¡Hago ambas cosas! —Levanta los brazos al aire y exclama—. Les mentí cuando me preguntaron por ti. Les mentí cuando les digo que voy a un bar, pero voy a entrenar con Muluc. Les miento cada vez que estoy con ellos y no les grito que los odio, que preferiría morir que seguir viviendo a su lado... —su voz va perdiendo intensidad de forma progresiva, de manera que al final es apenas un susurro tan suave que tengo que inclinarme para poder oírlo con claridad.

Me desinflo en ese momento. Una parte del muro que siempre tengo a mi alrededor se deshace un poco y él lo ve, ve ese fragmento de mí que sale, ese pedazo de mi alma que siempre tengo miedo de mostrar, y Ahau ha dejado que yo vea de la suya.

Y quizá, solo quizá, no somos tan diferentes como he querido creer todo el tiempo, como necesito creer, porque no soporto la idea de que el líder de los guerreros, el heredero del nombre y el sello de la persona que causó tanto daño, sea como yo. Como sé que él tampoco soporta la idea de ser como yo, pero hay cosas que están más allá de nuestro control.

Lo veo en sus ojos, luego ya no está.

Retrocede y mira hacia abajo.

—No fue mi idea —murmura.

—No, fue mía —dice una voz a mis espaldas.

Capítulo 16

Las ganas de gritar se apoderan de mí con fuerza. Escuchar la voz de esa mujer es lo único que se necesita para arruinar mi humor de sobre manera. Tanto Ahau como yo volteamos para ver a Cib acercarse a nosotros. El asqueroso albino no la sigue, supongo que dentro de estos muros es el único lugar donde puede ser ella con seguridad.

— ¿Tanto me extrañabas? —Me burlo, pero no hay ni una pizca de risa en mi voz.

—Jamás extrañaría a una zorrita como tú —escupe.

Cierro mis manos en puños y me obligo a respirar.

—A las de tu tipo prefiero mantenerlas cerca —dice a solo unos centímetros de mi rostro, siento su empalagoso olor y veo tan de cerca su rostro que puedo notar que no es tan perfecta como quiere hacernos creer. Su piel no es tan lisa, sus labios no son tan rosados y sus ojos no son tan claros.

Nadie es lindo a tan corta distancia.

En lugar de hablar sobre su belleza, digo:

— ¿Las de mi tipo? —Eso provoca que sonría.

—Las chicas del tipo arribista y abusadoras —levanto una ceja para recalcar que no sé de qué está hablando—. No sé cuál es tu interés en la Carcerem, pero cuando lo descubra te haré pagar por abusar de la inocencia de Ahau —una risa sale de mi boca antes de que pueda contenerla, casi como si fuera vómito.

— ¿Inocente? —Escupo, cuando logro calmarme un poco. Miro a Ahau que está a nuestro lado, pero se mantiene alejado de nosotras, casi como si no quisiera inmiscuirse en la pelea—. No sé de qué hablas —digo con simpleza—. No tengo intención alguna en...

Mi cabeza se da vuelta con la cachetada que Cib me da. El dolor viene después, acompañado por una sensación de cosquilleo y ardor.

Me quedo quieta, temerosa de lo que puede pasar si me muevo. Siento como el poder recorre mi cuerpo, ignorando el metal que tengo en el cuello. Estoy tan furiosa que el curinilahue no es suficiente como para contener el sello.

—Vamos —Ahau no espera una respuesta y me toma del brazo, arrastrándome con fuerza detrás de él. Su respiración es agitada y de sus labios sale en forma de vaho. Desconcertada miro la piel de mis brazos y me encuentro con que tengo la piel de gallina.

Lo sigo en silencio, casi avergonzada de lo que estuve a punto de hacer. Después de lo que parecen horas, abre una puerta y me mete dentro de forma brusca.

—No puedes... —deja la frase inconclusa y pasa ambas manos por su cabello.

—Lo sé —respondo en un susurro.

Ambos nos quedamos en silencio, con solo el sonido de nuestras respiraciones como

fondo, intento volver a la normalidad, pero no puedo. No puedo eliminar esta sensación de mi cuerpo y estoy comenzando a asustarme.

—El sello... —jadeo entre respiraciones fuertes.

Ahau me mira segundos después y su expresión pasa de la molestia a la preocupación, se acerca a mí y me toma de los brazos.

— ¿Qué pasa?

Niego con la cabeza, no puedo ponerme a explicar todo, no ahora... no con él.

— ¿Qué puedo hacer?

Me sorprende la suavidad con la que pregunta. Levanto el rostro y miro sus ojos, está verdaderamente preocupado por mí. Le preocupa que me pueda hacer daño, no el daño que yo puedo hacer.

Sonrío y de alguna forma extraña el poder deja ir mi cuerpo, mis brazos se sienten laxos y mis rodillas se doblan. Ahau me toma entre sus brazos y me sienta en la alfombra, sin soltarme me acomoda para verme el rostro.

— ¿Estabas preocupado por mí? —Susurro con voz cansada, de repente tengo demasiado sueño.

— ¿Qué? No, por supuesto que no. ¿Por qué habría de estarlo? —Temo que me suelte porque mi cuerpo se siente como gelatina, pero no lo hace, me sigue sujetando de los brazos y en estos momentos es lo único que me mantiene erguida—. ¿Tú hiciste que hiciera tanto frío? —Pregunta después de unos segundos.

Niego, pero luego me detengo, dudando.

—No lo sé, jamás he hecho algo como eso... tampoco era un frío normal, era como se siente... Chiguaihue —la revelación me congela y desvío la vista de los ojos de Ahau porque no quiero que lo sepa, no todavía, no nunca.

—No sé qué es eso —se disculpa.

Levanto la vista sorprendida, dejando de lado lo que acabo de descubrir.

—No puedes estar hablando en serio —mi voz desaparece a medida que digo las palabras. Ahau me mira y una sonrisa triste aparece en sus labios.

—He comenzado a leer el libro, pero lo mío no es la paciencia, así que no empecé por el comienzo sino que por la parte de las descripciones de los sellos —confiesa con una sonrisa avergonzada.

—Quieres descubrir cuál es mi sello.

Asiente en silencio.

— ¿Jamás te han hablado...? —Dejo la frase a medias porque me suelta y tengo que espabilar para evitar golpear mi cara en la alfombra.

—Ya te dije que no —gruñe.

Contengo mis comentarios sobre sus volubles estados de ánimo y digo con calma:

—Tienes que leer desde el comienzo, habla sobre la creación y los distintos mundos.

—Carlota... es decir, Cib —se corrige con una mueca—. Una vez me dijo que solo había un mundo, el nuestro —a medida que lo dice sé que se va dando cuenta de que todo era mentira. Todo lo que le habían dicho. Todo lo que creía—. Es claro que todo es falso —su voz es, sorprendentemente, calmada cuando dice aquellas palabras.

Me quedo en silencio porque no sé qué decir, no tengo palabras inspiradoras o algo astuto, ni siquiera tengo un chiste con el que alivianar el ambiente. Estoy seca de ideas y de palabras. El cansancio aumenta de forma considerable y siento como se cierran mis ojos, balanceo la cabeza y me obligo a estar despierta.

— ¿Es el collar? —Pregunta Ahau cuando me ve.

Asiento, o creo hacerlo, puede que no sea un movimiento más que el cabeceo.

—Es del mismo material que el disco que tenía dentro de mi cuerpo —esta vez no es una pregunta, es una afirmación directa y certera. Estoy segura que desde este momento en adelante, el Sol será incapaz de creer cualquier cosa que su familia le diga. Sin embargo, eso no significa que nos vaya a creer a nosotros.

Podríamos ser más de los que tanto le han mentido.

— ¿Por qué Cib pintaba su copahue en vez de usar una joya como la tuya?

El sueño es fuerte, pero obligo a mi cabeza a mantenerse consciente. Sé que puedo hacerlo, tengo una idea de los motivos detrás de la mente de esa mujer.

—Nos vuelve débiles —mi boca se siente pastosa, como si mi saliva se hubiera vuelto espuma de mar, densa y salada. Humedezco los labios y continúo—. Para ocultar el sello debe debilitar nuestros poderes, creo... —trago saliva—. Creo que no quiere sentirse débil, quiere estar lo mejor... posible... o algo así.

Las palabras mueren en mi boca, siento como mi cuerpo se acerca a la alfombra, pero alguien me sostiene. Ahau me toma en brazos y, después de unos momentos, me deposita en una cama.

Quiero darle las gracias, pero no sé de qué. ¿Por evitar que me cayera? ¿Por cargarme hasta esta cama? ¿Por tocarme sin miedo o asco?

¿Debería siquiera agradecer por ese tipo de cosas? ¿No es algo como un derecho que todos tenemos? Ser tocados, ser queridos, ser amados ¿es un derecho? ¿O es un premio? ¿Es algo que debo ganar? ¿Algo por lo que luchar? ¿Algo por lo que pelear?

Hay tantas cosas por las que debo luchar que la sola idea de tener que hacerlo para conseguir un poco de cariño es demasiado para mí. No quiero también pelear por algo de amor. Quiero a mis padres de vuelta. Quiero a mi familia. A veces creo que incluso me sentía más amada cuando vivía sola en la costa, con el recuerdo de mis padres aún fresco. Cuando podía

evocar sus rostros y voces cada vez que quería.

Ya no los recuerdo.

He intentado ir a buscarlos, pero no funcionó.

Solo quiero a mis padres de vuelta, quiero mi vida.

Capítulo 17

Un golpe fuerte me sobresalta y despierto. Me siento en la cama y obligo a mis ojos a permanecer abiertos. En un comienzo todo es borroso y un fuerte dolor de cabeza me agobia, me sujeto la frente con ambas manos al mismo tiempo que cierro los ojos, intentando calmar el dolor y eliminar el entumecimiento de mi cerebro.

—Te traje el desayuno —la voz de Ahau me obliga a volver a abrirlos. Está junto a la cama en la que dormí, a su lado reposa una bandeja de plata con comida. Ese es el ruido que me despertó, el choque de la bandeja con el mueble.

—No sabía que el príncipe del Huilli hiciera de sirvienta —respondo, todavía con la lengua patosa por lo de ayer. Los recuerdos llegan de a poco, como con un gotero, hasta la parte de mis padres.

Toco mi rostro y observo donde estuve acostada. Paso los dedos por la almohada, está mojada.

Estuve llorando.

Paso ambas manos por mi rostro para eliminar la sensación salada de la piel. Ahau me mira fijamente mientras lo hago, no hay burla o preocupación en su rostro, es una máscara inexpresiva como el primer Ahau que conocí.

—Tus ojos hinchados no van a desaparecer así como así —dice, luego saca una fruta de la bandeja y comienza a mascarla.

Bajo mis manos y me arrastro al borde de la cama para sacar algo de comer. La bandeja está repleta de fruta y dulces. Mi boca hace agua y agarro lo que tengo más cerca, dispuesta a darle un mordisco a cada alimento que hay aquí.

—Comes como un esclavo.

—Técnicamente, debería ser uno —digo con la boca llena de un pastel con manzana acaramelada—. Mi maestro debería ser un prisionero en esa prisión, es puro azar que no lo sea —agrego antes de darle un mordisco a una pera grande y jugosa. Paso la mano por mi barbilla para eliminar el jugo que me chorrea por la boca—. Disculpa por no haberme llenado con este tipo de cosas durante toda mi vida, como tú.

Levanta los hombros y se sienta en la cama a mi lado.

Comemos en silencio, un silencio tan cómodo que me fuerzo a no pensar en él para hacerlo incómodo.

Me tomo el tiempo de probar todo, al menos un pequeño bocado y devorarme por completo todo lo que me gusta, o casi todo, pues Ahau, a mi lado, no se queda atrás. Come con tanta avidez como yo y me obliga a compartir los trozos que ya había separado para mí.

Cuando terminamos, la bandeja está llena de migas de pasteles y bollos, cuescos de frutas

y sus cáscaras, nuestras manos y bocas están pegajosas y mi estómago más lleno de lo que recuerdo que alguna vez estuviera, ni con mis padres era así, siempre había lo justo, nunca más que eso.

Me lanzo de espaldas a la cama y lamo mis dedos con la vista fija en el techo. Pocos segundos después, Ahau me imita y volvemos a meternos en un cálido silencio.

—Supongo que este es el cuarto que me dieron —pienso en voz alta—. ¿Dónde está el tuyo? —Pregunto sin dejar de lamer cualquier rastro de azúcar que haya en mis dedos.

—Cerca —responde con voz perezosa.

— ¿Qué tan cerca? —Insisto.

—Muy cerca.

Dejo mis dedos en paz y paso las manos por mis pantalones, lo veo hacer una mueca, pero se mantiene en silencio. Apoyo un brazo en el colchón para poder mirarlo a la cara.

— ¿Qué es muy cerca en un castillo?

—Estás en mi cuarto —imita mi posición, quedamos frente a frente—. En mi cama.

— ¿Por qué me trajiste aquí? —Susurro.

—No sabía cuál era el cuarto que Eb había decidido asignarte y como no tenía intención de ir a preguntarle, te traje al mío. Además no te encontrabas en el mejor estado como para que nos pusiéramos a probar cuarto tras cuarto.

—Supongo —levanto los hombros y vuelvo a acostarme. No obstante, una idea hace que me vuelva a sentar de golpe en la cama, mi cabello se desparrama en mi rostro y un mechón se pega, posiblemente, por un poco de caramelo que debo tener—. ¿Qué piensa tu familia de que haya pasado la noche en tu cuarto?

Se sienta y despega el mechón de mi rostro, se le queda mirando un momento. Sé que el color no es el más habitual en este lugar, solo espero que su familia no sospeche que no soy del todo humana, confío que lo asocien a una extranjera simplemente, y no a una descendiente de los híbridos que creen extintos.

—Lo mismo que pensaron cuando no llegué aquella noche que pasé en tu cuarto o las que he pasado con ustedes en el pueblo —dice con calma, pero sin mirarme a los ojos—. No deberías preocuparte por mi madre.

—Lo dices como si debiera preocuparme por otra persona.

—Mi prima —responde con una mueca incómoda—. Lamat.

—Tu prima es la Estrella —susurro sorprendida.

—Y su hermano es la Semilla —agrega.

Abro mi boca sorprendida. Realmente en el Castillo Amarillo todo queda en familia. Entonces, la otra mujer, la que presentó como su tía es la madre de la Estrella y la Semilla, que según recuerdo dijo que eran hermanos mellizos. El parecido era obvio, pero, nuevamente, todos

se parecen en este lugar.

Miro de soslayo a Ahau. Todos menos él.

La madre de los mellizos es hermana de la madre de Ahau y ambas son hermanas de Eb.

—Estás haciendo las cuentas —murmura con un quejido.

— ¿Dónde están los padres de ustedes?

—Mi padre... —dice la palabra como si hubiese algo mágico en ella. Algo escondido más allá de lo que podemos ver. Como si para él la palabra padre tuviera un segundo e incluso un tercer significado—. No sé quién es.

—Pero el de los mellizos tampoco vive aquí.

—Es diferente. Para mantener la línea y evitar que se pueble el Castillo Amarillo de gente, lo que se hace es evitar los matrimonios y traer extraños aquí. Se mantiene solo a la familia más cercana. Mi tía no se casó por ser de la línea más directa, pero su responsabilidad era tener hijos que fueran guerreros entonces...

—Dime que no fue con Eb —cubro mi boca ante la idea del incesto.

— ¡¿Qué?! ¡No! ¡Qué asco! —Exclama con una mueca de desagrado en su rostro—. Con un primo de ella —agrega al final, como si no fuera algo muy similar.

—Entonces, realmente, queda todo en familia con ustedes —intento que el pensamiento no me desagrade más de lo que debería, pero me sigue pareciendo... extremista.

—Es la idea —vuelvo a mirarlo, su mirada está fija al frente, en ningún punto en particular—. Sé que sabes que no soy... como ellos.

—Pensaba que eras un bastardo, pero si no hay matrimonios... —dejo la idea en el aire y levanto los hombros.

—No lo sé con certeza pero mi madre se enamoró de un extranjero y, creo, según lo que he extraído de conversaciones ajenas, que planeó escaparse con él —abro la boca sorprendida—. Obviamente se arrepintió y volvió al castillo, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba embarazada de mí. Es como un secreto a voces que mi sangre no es del todo pura.

—Tu concepto de pureza y el mío son bastante diferentes.

Su mirada se posa en mí, sus oscuros ojos fijos en los míos y yo trato de mantenerlos, pero la furia contenida en ellos, la determinación es tanta que me asustan. Existen muy pocas que me asustan en este momento y él es una de ellas.

—Supongo que quieres encontrar a tu padre, ¿no?

— ¡¿Qué?! ¡Por supuesto que no! —Su primera reacción es molestarse y ponerse de pie, tenso. Sin embargo, con el paso de los segundos su actitud cambia y termina volteando a verme—. ¿Podríamos descubrirlo? —Algo brilla en sus ojos. Esperanza, esperanza de encontrar un lugar al que sí pertenezca.

—Si podemos encontrar una isla que se mueve, podemos encontrar a tu padre —levanto

los hombros restándole importancia, pero siento en mi pecho la responsabilidad de haber asumido otra misión imposible.

Capítulo 18

Suspiro resignada cuando Lamat se aparece frente a mí y me mira con una sonrisa felina. Llevo todo el día intentando evitarla y casi lo logro con precisión, pero en un momento de descuido dejé que me siguiera a la biblioteca, donde pudo acorralarme con facilidad.

—Hablé con Cib —parte diciendo—. Ella cree que te aprovechas de Ahau porque eres extranjera.

—Supongo que soy la primera colorina que conoce —la interrumpo, ella abre los ojos sorprendida ante mi insolencia.

—¿No sabes quién soy? —Inclino mi cabeza para parecer confundida, Lamat frunce el ceño y agrega—. Soy Lamat, la Estrella —me explica con orgullo.

—¿Sabes que las estrellas son esqueletos con cabellos largos y sin ojos? —Comento, intentando molestarla. Aunque tampoco es mentira, en el libro que encontré bajo la pintura no solo se hablaba de los lugares de Peumayen, sino que también de las criaturas. Ahí leí de las tzitzitmitles, las estrellas, como se les llamó después de la llegada del hombre.

—Por supuesto que no es así —un color rojo comienza a invadir su cuello y rostro redondo. Su nariz es pequeña y respingada, y se encuentra cubierta de pecas, como la mía, con la gran diferencia que su nariz la veo desde abajo debido a que es como una cabeza más alta que yo—. Las estrellas son... son... Bueno, no importa lo que realmente sean, está claro que no son esqueletos como los describiste tú. Es evidente que tu educación no fue de la mejor calidad posible... —mis manos se cierran en puños, listas para darle vuelta esa cara rechoncha que tiene.

Luego, se me ocurre algo mejor que pegarle.

—Parece que para Ahau mi educación no es un problema —las palabras salen antes de que les dé un segundo pensamiento. Asumo que lo que siente hacia mí son celos por mi relación con Ahau, pero tampoco lo he comprobado.

¿Qué tiene Ahau que ha estado con su prima? ¡Y con Cib!

Siento un retortijón de estómago.

Levanto el rostro para encontrarme con los ojos azules de Lamat fijos en los míos. Ya no hay burla o molestia en ellos, solo una fría y pura ira hacia mí. Me odia. Probablemente me odia como jamás odió a alguien en su vida.

—Mí relación con Ahau tiene más historia de la que nunca podrás tener con él —las palabras que dice salen rápidas y mezcladas entre ellas porque apenas separa los labios—. Le perdoné su indiscreción con Cib, porque la zorra lo persiguió hasta que lo consiguió, sé que es un hombre y que probablemente se aburriría si estaba siempre con una mujer —la idea me horroriza tanto que la máscara de indiferencia se cae y Lamat puede verla—. Te dejamos venir al castillo para mantenerte bajo control. Podemos permitir que Ahau tenga sus aventuras, pero preferimos

mantenerlas controladas. Cuando su emoción por ti termine, volverás al agujero del que saliste y yo reinaré Peumayen a su lado.

Su aliento rebota en mi rostro y yo dejo de respirar, su olor es fuerte y empalagoso, como si se hubiese bañado con veinte perfumes diferentes.

No respondo y ella tampoco espera que lo haga, se va antes de que siquiera pueda considerar algo coherente que decir. Me quedo ahí, de pie y quieta, durante lo que parecen horas, tratando de entender lo que sucede con esta enferma familia. Todo parece tan mal con ellos, tan erróneo que me siento incómoda en mi propia piel estando aquí. Todos con sus rostros similares, cabellos del mismo color, ojos claros, piel blanca y rasgos perfectos, parecen más muñecos que personas.

La raza amarilla está completamente enferma.

—Lamento lo que la mocosa de Lamat te acaba de decir —una voz aparece a mis espaldas, y es lo que necesitaba para volver a reaccionar, para eliminar esa parálisis de mi cuerpo. La mujer que habla es igual que todos los que existen en este condenado castillo, pero no recuerdo haberla visto antes. No salió a recibirme ayer cuando llegué y nadie la ha mencionado—. Soy Teodora, la madre del anterior Sol.

Levanto una ceja, pues no tiene sentido, el anterior Sol debió haber sido un hombre ya adulto, o incluso un anciano, es imposible que esta mujer que apenas pasa de los cuarenta sea... ¡Oh!

Teodora ve el entendimiento en mi rostro y una sonrisa triste cruza el suyo.

—Sí, mi hijo iba a ser el Sol antes de que... muriera —la forma en que dice la última palabra me hace creer que Ahau no es el único que duda de la supuesta muerte del anterior heredero.

—Ahau también...

Antes de que termine de hablar, me interrumpe con un gesto furioso.

—No lo menciones frente a mí —mueve su mano frente a su rostro, como si el nombre del Sol contaminara el aire a su alrededor—. Ese pequeño bastardo es el culpable de la desaparición de mi hijo. Siempre estuvo celoso de él, de que fuera el mayor de los primos, de que fuera el mejor y el más fuerte. Envidiaba a mi hijo, envidiaba todo de él, incluso envidiaba que su prometida fuera Lamat. Él —escupe la palabra— lo mató para quedarse con todo, para robarle su puesto en el reino y en la familia. ¡Es un asqueroso asesino! ¡Una rata! —Retrocedo cuando da varios pasos en mi dirección con ambas manos extendidas, intento escapar de su toque, pero no quiero presionarla, no quiero que vea el miedo que siento, los vellos que se han puesto de punta en mi piel, ni el leve temblor en mis manos. Sus ojos son de un color tan claro que me parece poco natural, los mantiene tan abiertos y temo en cualquier instante sus globos oculares salten de su rostro y rueden por el piso—. ¡Y tú eres su ramera! ¡Si eres algo que ese miserable quiere es mi

deber quitárselo como él me quitó a mi hijo!

Se lanza a mí con sus manos extendidas como garras. La esquivo de un salto, con una facilidad que no me hace sentir mejor. La mujer no es un reto para mí, el verdadero reto es lograr calmarla, sin hacerle daño ni atraer la atención.

Me dedico a esquivarla de un lado a otro, mientras, me devano la cabeza intentando buscar alguna forma de que se calme.

— ¡Tía! —La voz de Ahau nos paraliza a ambas. He visto muchas facetas del príncipe, pero nunca había visto en su rostro una expresión como esta. Realmente parece de la realeza en este momento, desde su postura derecha, la mano rozando la espada que lleva atada al cinto, su cuello estirado y firme, la mandíbula tensa y sus ojos como llamas fijos en su tía.

Teodora se lanza al piso como si la estuviera hiriendo y comienza a gritar como lunática, se tira el pelo y rasguña el rostro, delgadas líneas de sangre marcan su blanca piel mientras sus uñas adquieren un color rojo. La mujer se retuerce en el suelo frente a la mirada impávida de Ahau.

Voy a decirle que haga algo, que la detenga, pero antes de que pueda hacerlo veo algo en sus ojos. Culpa, dolor, tristeza. El deseo de abrazarlo se hace tan fuerte en mí que me asusta, no está bien que tenga esos pensamientos, esos deseos y menos por él. Cruzo mis brazos para obligarme a mantenerlos quietos.

Unos soldados entran corriendo a la biblioteca y entre varios se llevan a una Teodora que actúa como una demente, en sus rostros no hay expresión alguna. No sé si es por el entrenamiento que han recibido o porque están tan acostumbrados a ver este tipo de actuaciones que ya no les sorprende. Ambas ideas son desagradables, tanto la insensibilidad hacia el dolor ajeno como la costumbre hacia él.

Una vez que se van, nos quedamos solos, Ahau y yo. Ambos incapaces de hablar o mirarnos a los ojos.

—Mi familia se preguntará tu insistencia en venir a la biblioteca —dice, después de unos segundos de silencio y de cerrar la puerta a su espalda.

—Se te ocurrirá una mentira, eres bueno con ellas —las palabras salen como veneno de mis labios y él lo nota. Me mira, con sus oscuros ojos fijos en los míos, que solo quieren mirar el piso o cualquier otro lugar que no sea su rostro.

— ¿Qué significa eso? ¿Realmente creíste todo lo que Teodora dijo? —Su voz es fría y grave, parece salir desde el fondo de su pecho. Trago saliva cuando avanza hacia mí. Retrocedo, pero mi espalda choca con una de las estanterías—. ¿También crees que maté a mi primo? —Baja el tono cuando hace la pregunta, pero puedo escucharlo porque lo susurra a solo unos centímetros de mi rostro. Su aliento me hace cosquillas y parece absorber cualquier capacidad que tuviera antes para hablar.

No le temo, no tengo porqué. Aun así estoy paralizada por la intensidad de su mirada, por el fuego que arde en ella y por el miedo de lo que es capaz de quemar.

Capítulo 19

—Mica —susurra. Yo solo quiero agitar mi cabeza para quitar el maldito cosquilleo en mi nuca, para devolver las palabras a mi boca seca de ellas, para agitar los pensamientos que parecen dormidos en mi mente—. Responde, di algo.

En ese momento me doy cuenta de que mi vista estaba fija en sus labios, en la forma que se movían mientras hablaba. Desví avergonzada los ojos hacia los suyos, rogando porque no note la expresión embobada de mi rostro. Ahí, en su mirada, aparece algo que siempre veo en mis ojos: vulnerabilidad. No era una orden las palabras recién mencionadas, eran un ruego. Me está rogando porque le diga algo, porque le diga lo que pienso sobre él.

—No es del todo ilógico —susurro, asustada de alejarlo con mis palabras—. Lo intentaste hacer desaparecer con ayuda de Cib, a quién tienes engatusada, ella te ayuda a mentir. Sin embargo, tu primo logra escapar y necesitas mi ayuda y la de Muluc, para encontrarlo y terminar lo que iniciaste. Él es el hilo suelto para que puedas hacerte cargo del reino y de todo Peumayen... —cuando lo digo me doy cuenta de que hay más hilos sueltos—. También tendrás que deshacerte de Muluc y de mí, somos hilos sueltos. Hilos demasiado fuertes e importantes. Necesitarás separarnos a ambos, por eso me trajiste al castillo. Puede que hayas mandado a alguien, o un grupo de soldados, a encargarse de Muluc mientras tú te encargas de mí.

—¿Con mis poderes que descubrí hace solo unos días? —Levanta una ceja, divertido ante mis palabras.

—Eso también puede ser una actuación —replico rápidamente.

Espero no note cuánto me asusta todo lo que acabo de decir. La simple idea de que sea cierto, de que todo haya sido una actuación, de que Muluc ahora se encuentre... Lo habría sentido. Soy la guerrera de la muerte, estoy segura de que sentiría si algo así pasara. Un temblor me recorre el cuerpo. Mi sello quiere liberarse, quiere ir a buscar a Muluc para comprobar que se encuentra bien.

El peso del collar en mi pecho se siente como si fuera el doble, me está asfixiando. Necesito quitármelo. Levanto la mano para tomarlo, pero Ahau está tan cerca de mí que termino rozando su pecho, el toque lo sobresalta y a mí con él.

—Mica... no miento —susurra, dejando de lado toda esa aura intimidante, dejando solo al chico asustado que vi cuando descubrió su poder.

Ya no sé cuál es el verdadero Ahau.

Me quedo en silencio y sin moverme, ni siquiera quito la mano de su pecho.

—Respira —sonríe, una media sonrisa que nunca me ha dedicado, una media sonrisa relajada y divertida—. Te diría que me dijeras algo, pero... bueno, no terminó muy bien antes.

—Todo lo que dije tiene sentido, tiene más sentido que lo que afirmas que es cierto —mi

barbilla tiembla levemente a medida que hablo.

—La verdad no siempre tiene sentido —responde Ahau, de alguna forma acercándose más a mí.

— ¿Qué intentas? ¿Conquistarme para que sea tu secuaz en todo este plan para hacerte con el poder? —Pongo ambas manos en su pecho y lo empujo con fuerza, tanta que lo hago trastabillar. Él me mira con sorpresa—. La verdad no siempre tiene sentido, pero esto es absurdo. Me voy —anuncio—. Y si me entero que tú... —la ira se apodera de mi cuerpo y de un solo tirón quito el collar de mi cuello y lo guardo en el bolsillo—. Si algo le pasa a Muluc —lo apunto con un dedo—. Si algo le pasa... vas a descubrir mi sello en todo su esplendor.

Mí amenaza lo hace abrir los ojos por la sorpresa.

—Está bien, Luc está bien —dice con rapidez—. No es lo que crees.

Lo está confirmando. Oh no. Todo es cierto.

—Mica... ¡Mica! —Grita, y recién ahí noto que me está sujetando de los brazos—. Deja que te lo explique, deja que te... —lo empujo con fuerza, tanta que choca con una mesa con un jarrón y lo bota. Ambos caen al piso.

—Mentiste... mentiste... te creí... hice mucho más que creerte —las palabras salen a borbotones de mi boca. Me paso las manos por el rostro y descubro está anegado en lágrimas—. Yo...

Cierro la boca, obligándome a dejar de llorar y enderezo el cuerpo.

—Te encontraré, si algo le pasó a Muluc, te vas a arrepentir, me encargaré de hacerte sufrir tanto que terminarás igual o más loco que Teodora —su mirada es de sorpresa absoluta, pero no hay odio en ella, no hay miedo, solo arrepentimiento. Y yo no puedo dejar de desear que no sea culpa por herir a Muluc.

Me transporto hacia las sombras, frente a sus ojos. Dejo que vea mi poder, que vea como mi cuerpo se vuelve etéreo, una sombra más en esta sucia habitación y me alejo a toda prisa en busca de Muluc. No puedo aparecer de forma instantánea a su lado, pero sí viajo mucho más rápido de lo que lo haría de forma corpórea. El trayecto se hace eterno, casi mil veces más largo que cuando lo hice al encontrar el libro.

Me transporto directamente a su cuarto, en este momento me importa un bledo si vuelve a atacarme o cree que intento matarlo. Necesito saber que está... necesito verlo...

El cuarto está oscuro, con ambas cortinas corridas. No distingo su cuerpo en parte alguna, ni su respiración. Sé que no hay otra criatura viviente en este lugar y la idea me aterra de sobremanera.

Camino a la ventana y descorro las cortinas de un solo movimiento, siento la tela rasgarse por el movimiento brusco que hice. Unas motas de polvo vuelan mientras los rayos de sol iluminan el cuarto.

Cubro mi boca con ambas manos.

Todo está destruido. La cama, los muebles, la ropa... todo está en pedazos. Parece que un tornado pasó por este lugar.

Antes de pararme a considerarlo una segunda vez, salgo al pasillo y camino hacia lo que fue mi cuarto, la puerta está cerrada y la abro de una patada certera. La madera cruje y cede. El cuarto está igual a cómo era cuándo llegamos, como si jamás hubiera pasado por ahí.

Bajo corriendo para encontrarme con el comedor vacío, lo que no es tan raro por la hora del día. La posadera está acarreando platos de un lado a otro. Me acerco a ella.

— ¿Dónde está? —No digo quién, sé que nos recuerda. No pasamos tan inadvertidos como queríamos creer. Fuimos unos idiotas en confiar en Ahau, en confiar en cualquiera de este pueblo. Nos creímos superiores, nos creímos más inteligentes y ahora vamos a pagar las consecuencias de nuestra estupidez e ingenuidad.

La mujer gruñe antes de darse vuelta, claramente molesta por la forma en que la trato, pero al voltear, algo en mi mirada la obliga a pensárselo dos veces.

—Se... se lo llevaron... dijeron... —no entiendo su balbuceo, de un golpe mando todos los platos a volar. Se queda en silencio y abre los ojos asustada.

Bien.

—Habla claro y sé concisa, o lo seré yo cuando quemé este lugar hasta que queden solo los cimientos —la amenaza.

—Vinieron guardias, dijeron que era un traidor y se lo llevaron —dice rápidamente la mujer.

— ¿A dónde? —Escupo.

—No... no... no lo sé —su mandíbula tiembla cuando habla y sé que ve en mis ojos que no es la respuesta que andaba buscando, así que agrega rápidamente—. Los rumores dicen que lo llevarán la Carcerem.

Un vacío aparece en mi pecho cuando escucho aquella palabra, la tensión que le daba fuerza a mi cuerpo comienza a desaparecer en ese momento, siento como me deshago y no puedo permitirlo. No puedo permitirme eso.

Voy a encontrarlo.

La mujer sigue hablando atropelladamente, pero dejo de escucharla hasta que una parte vuelve a atraer mi atención.

— ¿Qué dijiste?

—Que se lo llevarán en un carruaje... dicen que están preparando un carruaje de metal para... para llevárselo...

La dejo hablando, salgo por la puerta de la posada y el sol me ciega por un instante. Pero ya he decidido jamás permitirme nuevamente ser cegada por el sol. La ciudad comienza a

despertar, así que voy a un lugar desierto para volver a viajar entre las sombras para no llamar más la atención. Aunque es claro que jamás podré volver a visitar este sitio. No creo que la mujer se guarde en secreto nuestra conversación.

No tengo un plan.

No sé a dónde ir.

Pero sé de una persona que me va a ayudar, aunque no quiera.

Capítulo 20

— ¿Dónde está?! —Mi grito reverbera entre los muros de piedra del cuarto de Ahau y mi poder lo manda a volar hasta que choca contra ellos. Se queda en el suelo gimiendo, intentando ponerse de pie o al menos enderezarse lo suficiente para verme a la cara.

No cuento con la paciencia suficiente como para esperar que lo haga, me acerco a él y lo levanto del cuello. No uso la fuerza física sino que el poder del sello, mi contacto con su piel es nulo.

—Dime dónde está —me obligo a no gritar, así que gruño entre los dientes.

Sus ojos tardan en enfocarme, con lo que me doy cuenta de que no estoy del todo corpórea, sombras me rodean y vuelven mi silueta una neblina borrosa.

—Cib dijo... —no lo dejo terminar, la indignación es tal que lo vuelvo a lanzar contra el muro. Me remuevo inquieta por el cuarto, como una bestia enjaulada. Ahau se pone a toser y con una lentitud que me enferma, se sienta apoyando la espalda en el muro—. Dijo que no le haría daño, que lo obligaría a dejar la ciudad, nada más.

— ¿Le creíste? —Escupo—. ¿Realmente creíste eso? —No sé si prefiero creer en un Ahau astuto que nos engañó o en uno idiota que no sabe realmente lo que hace.

—No creo en nada de lo que me dice —se pone de pie con una mueca de dolor en su rostro, sin dejar jamás de apoyarse en el muro—. No desde lo que le pasó a Felipe —tardo en descubrir que Felipe debió ser el nombre de su primo antes de que se le nombrara el heredero de Ahau, antes del sello—. Y mucho menos desde que descubrí lo de los poderes —cuando dice esto último su mirada arde con una pasión que jamás había visto, aquel día cuando quité el curinilahue de su cuerpo era solo una fracción de lo que había dentro de él.

—Entonces... —comienzo a decir, al mismo tiempo que me acerco a él.

—Entonces, necesitamos a Cib, necesitamos saber dónde los tiene.

—No entiendo —susurro, agito mi cabeza y doy un golpe en el arrimo que está al lado, fracturando la madera y lanzando astillas en todas las direcciones—. ¡No entiendo! —Grito esta vez, esperando que comprenda que me encuentro al borde de un abismo.

El sello quiere tomar el poder de mi cuerpo y no puedo permitirselo.

—Siempre desconfíe de Cib y de su implicancia en la desaparición de Felipe, por ese mismo motivo me acerqué a ella, aunque no sabía que ella era realmente el guerrero, siempre pensé que solo era su amante —no veo culpa o vergüenza cuando dice esto último—. La convencí de que era lo que quería, el sello, el poder del Castillo Amarillo y a ella le encantó. Me dijo que me ayudaría. Intenté convencerla que debíamos alejar a Cib, pero siempre le restó importancia a mi desconfianza hacia el albino, ahora entiendo el por qué.

No permito que sus emociones se traspasen hacia mí, me mantengo alejada

emocionalmente de él y de su retorcida historia.

—Felipe salió a cazar aquel día, siempre lo acompañaba... siempre fui su mejor amigo, pero aquel día me dijo que no podía ir, que tenía que hacerlo solo y que quizá en el futuro me diría lo que de verdad estaba pasando, pero que no podía en ese momento. El último tiempo actuaba de un modo extraño, creí que tenía miedo porque la muerte del anterior Sol se acercaba, ocurriría de un momento a otro —agita la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos—. Unos salvajes, esa fue la explicación. Que unos salvajes salieron de la nada y los atacaron, matando al heredero del Sol. Luego... —su vista se nubla—. Todo fue tan rápido, pasé de ser el bastardo al que nadie quería mirar a ser el heredero del Sol. Nadie quería que yo lo fuera, ni siquiera yo.

No sé por qué, pero le creo cuando dice eso. Muchos creen que todos estamos programados para anhelar el poder, pero los que lo tenemos, generalmente no lo queremos. Yo nunca pedí el poder que ahora poseo, nunca lo deseé, ni siquiera en los momentos en que me sentí más desesperada cuando era una huérfana perdida en la costa. Ni en mis momentos más oscuros quise el poder que tengo.

—Ahí me acerqué a Carlota.

—Y te alejaste de Lamat —completo la idea que él parece renuente a decir en voz alta.

—Sí —admite—. Siempre estuve enamorado de ella, incluso cuando decidieron que sería la prometida de mi primo, incluso cuando vi que él también la quería. Incluso cuando ella parecía quererlo de vuelta. También me correspondía a mí, también me quería. Nos quería a ambos —evito hacer cualquier comentario o mueca frente a las palabras que dice, pero la idea de que es una familia de gente enferma se arraiga con fuerza en mi cabeza—. Pero yo necesitaba saber lo que había pasado con Felipe y si Carlota era mi camino para hacerlo, lo aceptaba.

— ¿Dónde aparecemos nosotros? —Pido, impaciente porque esta estúpida historia se acabe y me diga de una buena vez dónde se encuentra Muluc.

—Carlota... —agita la cabeza—. Cib, sabía que vendrían, me habló de ustedes y me dijo que estarían ocultos en el pueblo. Pasé varios días, desde antes que llegaran, recorriendo el pueblo. Esperando que me encontraran, porque ella dijo que lo harían. Pensé... pensé que sabía eso porque espiaba a Cib por mí, no porque ella lo fuera —sus manos se cierran en puños—. Hasta que tú me encontraste, no planeé lo del bar —admite—. Esos hombres me abordaron, culpándome de la muerte de Felipe como todo el mundo hace. Él siempre fue muy querido por todo el pueblo, a diferencia de mí. Estaba ebrio así que les seguí el juego, los molesté lo suficiente como para que decidieran pegarme y no me importó. Quería que lo hicieran, porque me estaba quedando sin esperanza y sin tiempo, llevaba semanas recorriendo el pueblo a la espera de esta gente que vendría y no llegaban.

—Hasta que te di todo en bandeja de plata —gruño molesta.

—Casi —sonríe de una forma triste que se ve como una disculpa—. No me diste tu sello,

pero sí el de Muluc —la sola mención de su nombre vuelve a reactivar todos mis poderes y toda la energía que recorre mi cuerpo, toda mi ira y pena. Porque estoy dispuesta a quemar el Reino del Huilli con todos sus habitantes dentro a cambio de obtenerlo. A estas personas no les debo nada, a Muluc le debo haberme sacado de mi propia miseria aquella vez. Supongo que era más de lo que merecía—. Carlota quería conocerlos, así que los llevé con ella, actuamos para ustedes y ella tenía lo que quería.

— ¿Sabe cuál es mi sello?

—No —niega con la cabeza y de reojo mira el libro que le di, que se encuentra sobre la cama—. Yo tampoco he logrado averiguarlo, hasta ahora —me quedo en silencio, retándolo con la mirada—. Eres el Enlazador de Mundos —un vacío aparece en mi pecho, pero dados los últimos acontecimientos no es ni de cerca tan grande como pensé que sería—. La guerrera de la muerte.

No lo niego ni asiento, no obstante, en mi expresión Ahau ve la verdad.

—Todo lo demás es cierto. Decidimos que lo mejor era separarlos, que tú te vinieras al castillo conmigo y que Muluc se quedara allá, si sabíamos cuál era su sello podíamos vencerlo con facilidad.

—Me aseguraste que estaba a salvo —gruño.

—Cib dijo que lo estaría, que lo sacaría del pueblo solamente.

— ¡Se lo van a llevar a la Carcerem! —Grito y dejo que salga mi desesperación en aquel grito desgarrador—. ¡No sé cómo llegar allí! ¡Si se lo llevan no podré recuperarlo! —Ahau abre los ojos, sorprendido—. No me vengas a decir que no sabes que...

—Cib me confesó hace poco que efectivamente la Carcerem es donde se encuentran los guerreros de las demás razas, pero me prometió que no los llevaría a ninguno de ustedes si se mantenían alejados.

—No puedes creerle.

—No lo hago, pero ¿qué esperas de mí?

—Dime dónde está —me acerco a él, su rostro a solo unos centímetros del mío.

— ¿Qué harás si lo sacas?

—Volveremos al Castillo Rojo, buscaremos una forma de liberar a los demás guerreros, buscaremos a los sobrevivientes de las criaturas mágicas —esta parte parece sorprenderlo más que el resto—. Y vendremos a destruirlos.

— ¿Por qué te lo diría si vas a destruirnos?

—Porque si no lo haces haré arder este reino, los mataré a todos y me encargaré de encerrarlos como ustedes lo hicieron con los demás. Mataré a toda tu familia y a todo tu pueblo. No quedarán ni sus nombres en la historia de Peumayen. Me encargaré personalmente de erradicarlos.

—Siempre habrá guerreros amarillos —dice con poca confianza.

—No si los lanzo al mar del tiempo, por toda la eternidad perdidos entre sus aguas, incapaces de morir, pero tampoco vivos. Los sellos se mantendrán en sus cuerpos, jamás encontrarán un modo de volver a Peumayen o ningún otro mundo —tomo una pausa—. Pero eso será después de que les cause todo el dolor que pueda, después de que tú y tu enferma familia sufra.

Ambos nos quedamos en silencio, nuestras respiraciones son el único sonido en el cuarto. Nuestros pechos se agitan con rapidez, mis ojos se fijan en los de él y ninguno se atreve a desviar la mirada.

Sé que puedo hacer todo lo que le prometí, puedo ser esa sombra que solo traerá muerte y sufrimiento a Peumayen, también sé que el único precio por todo eso es mi alma inmortal. Cuando muera seré mandada de vuelta a la oscuridad, a pagar por todos mis crímenes, tendré que volver a realizar el ascenso por los mundos desde cero.

Sin embargo, es un precio que estoy dispuesta a pagar.

Capítulo 21

Corro, siguiendo los pasos de Ahau, pero mi corazón parece correr diez pasos por delante de los míos, no por el esfuerzo físico sino que por la ansiedad de que Muluc todavía se encuentre prisionero en las celdas del castillo, como Ahau dijo que estaría, hasta que el carruaje de curinilahue estuviera completo, lo que sucedería hoy en la tarde.

—Es por aquí —dice entre respiraciones agitadas.

—Si estás mintiendo... —lo amenazo.

—Lo sé —dice antes de que termine de hablar—. Estoy consciente... de eso... ya te dije que...

—Lo sé —lo interrumpo.

Corremos en silencio unos metros hasta que llegamos a una puerta de metal con dos guardias protegiéndola. Me encargo de ellos antes de que Ahau pueda siquiera decir algo, no los mato pero los dejo inconscientes. Sé que quiere decir algo al respecto, pero, sabiamente, se mantiene en silencio.

El olor a humedad y tierra de las celdas me impregna la nariz y se mete hasta lo más profundo de mi ser, respiro humedad y tierra, como un cadáver enterrado. La idea me produce escalofríos, pero sigo caminando justo un paso detrás de Ahau. Me rehúso a mirar las celdas a medida que avanzo, por el rabillo del ojo veo unos cuantos bultos, pero no les doy una mirada detenida.

A medida que llegamos al final del pasillo siento como mi cuerpo se debilita, incluso puedo verlo en él, por la forma en que disminuye su paso y se encorva un poco. Las últimas celdas son de curinilahue, tal cantidad descomunal de metal, es demasiado para uno de nosotros.

Si Muluc está herido es un milagro que siga vivo.

Aunque se siente como caminar entre agua hasta las rodillas, apresuro el paso hasta la celda que Ahau indica como la suya. Me acerco como idiota y toco los barrotes pero la descarga de energía que experimento es tal que me cuesta mantenerme en pie.

—No seas tonta —gruñe alguien desde dentro de la celda. Mis ojos tardan en acostumbrarse a la luz, y logran enfocar la figura de Muluc. Su cuerpo se ve herido, su rostro es apenas reconocible y su piel, su siempre brillante piel se ve seca. No deben de estar dándole agua, por miedo a que la use como arma.

—Me alegro de ver que no te han quitado tu encanto —aunque mis palabras suenan ácidas, mi voz es temblorosa, el nudo en mi garganta es tal que muero de ganas de echarme a llorar. Siento como el pequeño peso en mi pecho, mi preocupación hacia él, disminuye—. Te sacaré de aquí y nos iremos de este endemoniado pueblo.

—Oye —dice con voz ronca y esta vez no soy capaz de evitar la lágrima que cae por mi

mejilla, la que limpio en un segundo, para que nadie pueda verlo, pero Ahau que está a mi lado, con un manojo de llaves, me vio—. Si me llevan a la Carcerem, podríamos...

— ¡No! —No hay ni una pizca de duda en mi voz cuando lo digo.

—No es tan descabellado... —comienza a decir Ahau a mi lado, pero lo interrumpo.

— ¡He dicho que no! —Mi voz resuena en los muros de piedras y se escucha varios segundos después de que he terminado de hablar—. Abre la celda, entre ambos lo cargamos fuera de este lugar y cuando tenga mis poderes de vuelta, ambos nos transportaremos lejos.

— ¿Qué? —Dice Ahau, sorprendido, en mi dirección, con la llave en la punta de la cerradura—. No puedes dejarme aquí —agrega.

—No puedo llevarte con nosotros —replico.

—Sí que puedes, eres poderosa, entre cargar con uno o dos...

—No es porque no sea lo suficientemente fuerte, sino que es porque no confío en ti — respondo con calma, quitándole las llaves de las manos y liberando a Muluc y a misma.

Ninguno vuelve a hablar hasta que le quitamos las esposas y cadenas del cuerpo. Me sorprende lo precavidos que han sido, pero supongo que no querían repetir lo que pasó años atrás, cuando un anterior Muluc escapó. El único guerrero que jamás estuvo en la Carcerem. No, no podían correr riesgos.

Los pocos metros que nos alejan de las celdas de curinilahue se sienten incluso más largos que mi viaje a la posada. Ahau resopla a mi lado y yo intento no hacerlo, mientras que por otro lado, Muluc es incapaz de hacer otra cosa que gemir.

Ahau sostiene a Muluc mientras yo abro la puerta de metal, una vez fuera, tengo todos mis poderes de vuelta, pero me encuentro tan cansada que no se siente como una ventaja. Decidimos que lo mejor es quitarle la ropa a uno de los soldados y meterlo a la celda, como Muluc.

Esa brillante idea nos toma mucho tiempo, pero trabajamos lo más rápido que podemos. Mientras la llevamos a cabo, dejamos que Muluc se alimente y beba agua.

—No me dejes —susurra Ahau cuando cargamos con el cuerpo del soldado inconsciente camino a la celda—. No puedo seguir viviendo con esta familia —dice, y me gustaría que no lo hiciera, me gustaría que su voz no sonara como una súplica, me gustaría no creerle como estoy comenzando ciegamente a volver a hacer.

—No puedo...

—Sé que no me crees, pero si me llevas contigo no hay forma de que contacte con ellos. Ni siquiera sé dónde está el Castillo Rojo... no me dejes —vuelve a decir. Y esta vez soy incapaz de mirarle a los ojos, soy incapaz de ver la pena y la súplica en ellos.

Frente a mi silencio Ahau deja de intentarlo y nos dedicamos solo a cargar con el soldado y ponerlo donde antes se encontraba Muluc. Para cuando llegamos a su lado, se ve mejor, su piel se ve más hidratada y su rostro ha recuperado algo de color, pero sus heridas siguen siendo

graves. No hice comentario alguno cuando las vi al ayudarlo a cambiarse de ropa.

—Necesitaremos provisiones —murmuro, mientras, lo ayudo a ponerse de pie—. No podemos enfrentarnos al camino de vuelta sin comida, ropa o agua.

Ahau vuelve a hablar, esta vez con un tono monocorde y apagado.

—Podemos conseguir todo, tus cosas siguen en mi cuarto, junto con los libros. Cib no sabe sobre ellos —no sé si espera una reacción de mi parte, pero no la recibe—. Podemos llenar tu bolso con comida y agua para el viaje de vuelta.

Asiento, escondemos a Muluc en una esquina donde no puede ser visto por la gente que pase y nos vamos a conseguir el resto de las cosas.

Nadie sabe que Muluc ha escapado o que Ahau nos ha ayudado, así que él toma el camino hacia la cocina por las provisiones y yo viajo entre las sombras al cuarto de él. Puede sonar ridículo, pero quiero recuperar el libro, ambos libros, en realidad. El cuarto está como lo dejamos unos momentos atrás, incluido el desorden por mi ataque a Ahau. Recuerdo todas las palabras que dije, todas las amenazas que hice, la forma cruel en que hablé y cómo planeaba torturar a toda la raza amarilla para que pagaran por sus crímenes.

Esa soy yo, pertenezco a la raza blanca, pero mi corazón está lleno de oscuridad.

Encuentro el bolso que algún sirviente debió haber cargado, el libro *Sobre criaturas y lugares peumayinos* sigue ahí dentro, junto con mis pocas pertenencias. Meto algo de ropa que puede quedarle a Muluc y *El Libro de los Sellos* que le presté a Ahau, no creo que lo necesite más.

Cierro mi bolsa y me preparo para el viaje entre las sombras, pero algo me detiene. Voy por más ropa y la meto en la bolsa.

Luego, vuelvo donde Muluc.

—Ahau no ha llegado —es lo primero que dice cuando me ve.

Un hielo recorre toda mi columna, de pies a cabeza y de vuelta. No puedo manejar que haya vuelto a engañarnos, no puedo con eso ahora mismo. Necesito estar serena para usar mis poderes, necesito...

Hago el viaje a la cocina, importándome poco o nada que alguien me vea aparecer, aun estando en las sombras veo a Ahau y a Lamat con él.

—¿Qué estás haciendo? —Susurra ella, pasando su mano por el rostro del guerrero. Si tuviera cuerpo en este momento habría tomado una respiración profunda frente a ese gesto.

—Lo correcto —responde Ahau, cerrando con fuerza la bolsa donde parece haber guardado la comida.

Bien, no nos ha traicionado.

Considero volver donde Muluc, pero no lo hago. No sé por qué, pero no logro hacer que mi cuerpo, o sombra, se mueva de este lugar.

— ¿Es por ella? —Pregunta Lamat ofendida, intentando controlar la rabia que la sola mención sobre mí le produce.

—No, por supuesto que no —responde Ahau de inmediato—. Ella no es importante, sabes que te amo.

Y ese es todo el incentivo que necesitaba para salir corriendo de la cocina. El viaje hacia la zona de las celdas no es lo suficientemente largo y para cuando llego, mi cara refleja todo el dolor de las palabras que acabo de escuchar.

—Viene en camino —es lo único que digo.

Él asiente, pero sabe que hay algo más, por suerte tiene el buen juicio de no preguntar o hacer comentarios al respecto. Me siento a su lado, lo bastante cerca como para escuchar su respiración pesada, pero lejos como para que mi cercanía no lo incomode.

—Es tu decisión —dice Muluc—. Y la apoyaré, pero creo que tiene razón.

Me quedo en silencio, encorvada entre mis piernas. Tengo que considerar lo que haré a continuación.

Varios minutos después llega Ahau con la bolsa que lo vi llenar de comida, una más pequeña en la otra mano y el rostro sonrojado. No puedo evitar mirarlo, no puedo evitar sentirme una idiota porque tengo sentimientos hacia él. Soy tan, tan, tan estúpida que quiero a la primera persona que parecía no tener miedo de mí, sin siquiera considerar si esa persona me respetaba siquiera o si yo era algo más que una herramienta para ella.

Quisiera volver atrás, quisiera volver para decirle a la ingenua Cimi que las personas no son ni de cerca quienes aparentan ser.

Ahau se acerca, sin mirarme y me pasa la bolsa más pequeña.

—Lamat manda esto —me sobresalto, tardo varios segundos en decidirme a tomar la bolsa y ver lo que hay dentro. Ropa, capas, vestidos, pantalones e incluso un cepillo de pelo—. Dijo que...

—Gracias —lo interrumpo, porque no soy capaz de manejar más por este momento. Le cuelgo esa bolsa más pequeña a Muluc, quien gime de dolor cuando lo muevo. Mientras, las dos más grandes las pongo en mi espalda.

Me vuelvo a sentar junto al guerrero y lo rodeo con un brazo.

—Esto será desagradable —lo veo sonreír, parece que quiere decir algo, pero lo interrumpo—. Cualquier cosa que creas que haya sido horrible, esto lo supera —la sonrisa desaparece—. Debes cerrar los ojos, trataré de hacer un trayecto corto que nos lleve lo más lejos de aquí posible. Por nada del mundo debes soltarme, ¿me entiendes? —Asiente, sin hablar—. No abras los ojos, si lo haces te asustarás y me soltarás. ¿Entendido?

—Sí —dice con voz ronca y sus ojos fijos en los míos—. No te voy a soltar —cierro la boca y me obligo a desviar la mirada, pero esta se desvía a Ahau, de pie a unos metros de

nosotros. Se ve incómodo y, por algún motivo, apenado.

—La vida es difícil —digo—. No es el paseo sobre un pony que has tenido aquí —hace una mueca, listo para replicar, mas no lo dejo—. Pasarás hambre, dolor, frío y querrás morir, más veces de las que agradecerás la vida que tienes —abre sus enormes ojos oscuros y me veo en ellos, o creo hacerlo—. Tendrás que aprender a pelear, a matar y a salvar, sobre todo a saber cuándo hacer uno o lo otro —me quedo en silencio—. Es tu decisión.

Abre la boca, luego vuelve a cerrarla, claramente sorprendido.

— ¿Puedo ir?

Ruedo los ojos.

—Sí, pero no quiero... —antes de que termine de hablar siento sus brazos rodeando mis cintura, me quita la bolsa con las provisiones y se sujeta a mí con fuerza. Siento su corazón latiendo en mi costado—. Mismas reglas que para Muluc —asiente, siento su cabello moverse contra mí—. Bien, supongo que es hora de irnos.

Capítulo 22

Llegamos a un claro, ambos se separan de mí. Ahau con más violencia y Muluc solo se da vuelta, sus heridas no le permiten más que eso.

Después, los dos guerreros se ponen a vomitar.

Intento acercarme, sacar agua o algo para cuidar de las heridas de Muluc que más me preocupan, pero no puedo, caigo desmayada.

Siento un frescor en mi frente que suavemente me hace despertar, pero es el olor a comida lo que termina siendo el gatillante principal para lograrlo.

—Te dije que cuando tiene que ver con comida es capaz de todo —se burla Muluc que está junto a mí, con una burbuja de agua suspendida sobre mi frente.

El guerrero me sonrío y yo siento que estos años en la oscuridad, estos años que he pasado escondida de él y de los demás, se vuelven más insignificantes, mucho menos importantes que la sonrisa que me dedica.

No puedo controlar las lágrimas que se derraman por mi rostro, que Muluc tiene la delicadeza de limpiar. El gesto solo provoca que lllore con más fuerza que antes, me cubro con ambas manos y poco después siento su aliento en mi oído.

—Perdón por... —se queda en silencio, pero yo no soy capaz de contener los sollozos que salen de mi pecho—. No eres una asesina —murmura. Yo niego con la cabeza—. Cimi, Cimi... Cimi —insiste, intentando quitar mis manos. Yo solo puedo pensar en que es la primera vez que escucho mi nombre salir de sus labios.

—Estaba... —sollozo—. Estaba dispuesta a matarlos a todos... no me importaba —digo entre hipidos.

—Estabas preocupada por mí —dice con voz sorprendida, yo solo asiento, esperando que lo vea—. ¿Por qué?

Eso provoca que me siente de golpe para mirarlo a la cara, él se ve sorprendido. Noto de inmediato que sus heridas han mejorado, probablemente se ha curado con el poder del sello de la Luna, tiene la ventaja de ser útil para la curación.

—Porque me sacaste... aquella vez —digo, como si fuera lo más obvio de todo—. Podrías haberme matado o dejarme entre los cuerpos, pero me llevaste contigo. A una asesina.

Muluc comienza a negar, pero no lo dejo.

—Soy una asesina y me ha tomado años, pero lo acepto. Maté a esos hombres y estaba dispuesta a matar a toda la familia si me enteraba que te habían hecho daño.

—Me hicieron un poco —dice con una sonrisa.

No estoy acostumbrada a este Muluc, no estoy acostumbrada a sus sonrisas, ni a que limpie

las lágrimas que caen por mi rostro. Hace años que nadie hace algo por el estilo conmigo.

Ahau se aclara la garganta.

—Esto está listo —dice, apuntando al guiso que se está cocinando a unos metros.

— ¿Realmente es la mejor idea hacer fuego que llame la atención del castillo? —Muluc me da un pequeño golpe y con cuidado se acerca a comer. Me quedo en silencio y veo como la expresión del guerrero cambia.

Me acerco también. Es un conejo. Recuerdo que dijo que siempre salía a cazar con su primo y el fuego debió hacerlo usando su poder.

Está demostrándome que puede hacerlo, que es capaz de ser uno de nosotros.

Por desgracia, solo como verduras y frutas, de todos modos bebo el caldo, pero dejo las presas de carne a un lado.

—Debemos volver al castillo, Manik es el único que puede curar por completo mis heridas y de ahí.... —Muluc se queda en silencio—. Al menos sabemos que la Carcerem está en la isla Haru Jauje, eso ya es bastante, solo debemos buscar la forma de llegar...

— ¡Claro! —Grito entusiasmada mientras me pongo de pie y voy a por mí bolsa—. ¡Estrellas! ¡Eso es! —La idea viene a mí tan clara que temo se escape con la misma facilidad—. Hace poco recordé que las estrellas, o tztizmitles, como las llamamos en Peumayen, son criaturas mágicas como los demás de nosotros —ignoro la mirada sorprendida que me lanza Ahau y la parte de que estaba pensando en Lamat cuando la idea llegó. Busco la página dedicada a ellas y se las enseño—. Una vez en la biblioteca roja encontré un diario, era de la dama blanca...

— ¿Te refieres a LA dama blanca? —Pregunta Muluc.

Yo asiento y por la expresión de Ahau, sé que hasta él ha oído hablar de ella. Fue la guerrera más poderosa que jamás ha existido, la única en la historia que ha poseído más de un sello y la que salvó a Peumayen, y al resto de los mundos, de uno de los mayores peligros a los que jamás se ha enfrentado.

—En él decía que buscaban a una amiga de la guerrera, Cauac, que se había perdido y estaba en la isla Haru Jauje. Para poder encontrarla, pedían ayuda a las estrellas. Sirio, la más brillante de todas, aparecía cada noche para indicarles a dónde debían dirigirse.

— ¿Quieres que les pidamos ayuda? —Muluc hace un gesto, apuntando hacia arriba.

—Sí —asiento emocionada—. Eso quiero. Tenemos que pedirle a Sirio que nos diga dónde está la isla y así podremos encontrarla. Tú puedes controlar un barco, nos mantenemos quietos durante el día y durante la noche nos acercamos a la isla. Según el libro —lo levanto—. La isla se mueve diez veces más lento que un barco promedio, con tu poder nos podemos mover mucho más rápido que un barco promedio...

—Nadie ha hablado con las estrellas en décadas —me interrumpe Muluc.

—Eso no significa que nadie pueda seguir haciéndolo —replico, bastante menos

emocionada que en un comienzo.

— ¿Qué te hace pensar que nos van a ayudar? —Sigue atacando.

— ¿Qué te hace pensar que no lo harán? —Contraataco.

—No nos deben nada.

—A la dama blanca tampoco, pero la ayudaron igual. Son criaturas como... como yo — digo con seguridad—. No somos salvajes —le lanzo una mirada a Ahau, pero este no parece captarla—. Podemos entender motivos y razones, somos seres racionales, sobre todo las estrellas que llevan más tiempo aquí que los mismos guerreros.

—Exacto, quizá ya aprendieron a no meterse en problemas.

—Pero quizá no —mi voz suena cada vez más como una súplica—. ¿Qué tienes en contra de intentarlo? ¿A qué le tienes tanto miedo?

— ¡A verte decepcionada! —Grita como respuesta—. ¡Ya lo he intentado! No pedí que me guiaran hacia algún lugar, sino que hacia una persona, pero jamás respondieron, se quedaron en su sitio y yo como un idiota.

—No soy como tú —replico con voz dura.

— ¿Qué significa eso?

—Que ellas me responderán, las necesitamos y lo saben. No hay motivos egoístas detrás de nosotros, no lo hago por mí o por ti, lo hacemos por ellos, por todos los guerreros de todos los tiempos. Lo hacemos por Peumayen y las estrellas lo saben. Sirio lo sabe. Él nos va a ayudar — afirmo esto último con una seguridad demoledora.

Muluc se queda en silencio.

— ¿Sabes cómo llamarlas? —Pregunta Ahau, quien recién se mete en la conversación.

Niego con la cabeza.

—No, pero en el Castillo Rojo hay un libro que habla del ritual para llamarlas. Lo leí una vez, hace ya varios años atrás, así que no recuerdo mucho. De todos modos, el libro sigue allá, podemos buscarlo y llamarlas. A menos que Muluc sepa cómo se hace.

—Conocía rumores, puede que lo haya hecho mal —levanta los hombros, pero sé que no lo cree—. Lo mejor será conseguir el libro. De todos modos tenemos que volver al castillo para decirles a los demás lo que hemos descubierto.

—Y necesitas curarte.

—Y él —hace un gesto hacia Ahau—. Tiene que aprender a pelear y usar sus poderes. No estoy en condiciones, así que tendrás que hacerlo tú —intento mantener mi expresión lo más neutra posible a medida que dice esas palabras, pero la idea me molesta. Lo único que quiero es poner distancia entre ambos y ahora Muluc me sale con esto. De todos modos, sé que tiene razón—. No sé quién te entrenó —dice en mi dirección—. Pero lo hizo bien.

Quizá quién me entrenó también pueda hacerlo con Ahau y de esa forma ahorrarme un poco

de sufrimiento.

Capítulo 23

Ahau me mira de forma fija, sé que se pregunta el motivo por el que estamos esperando, no obstante me niego a decírselo, prefiero que lo vea él mismo. Especialmente, considerando que es la primera criatura mágica que va a ver en su vida, después de mí, pero yo no cuento.

Bosteza sin disimulo y yo ruedo los ojos. Onza no se decide si dejar que lo vea o no, lleva varios minutos evaluando al guerrero. Siempre asumí que nos ayudaría sin consideración, no que se pondría a evaluar a quién daba su ayuda.

Apoyo la frente entre las manos, casi me he quedado dormida cuando escucho a Ahau gritar y caerse, el golpe suena amortiguado porque cae en el pasto. Sonrío con el rostro escondido y sin mirar digo:

—Hola Onza.

—Hola Cimi —dice con su voz ronca.

— ¿Habla? —Pregunta Ahau y puedo ver en el rostro del onza que no le ha gustado ni un poco aquella ridícula pregunta.

—No siempre, generalmente recita poesía y a veces canta —me burlo de él, disfrutando de su expresión e imaginando lo que dirán todas las personas del Reino del Huilli cuando se enteren de que las criaturas mágicas seguimos vivas, ocultas, esperando el momento para mostrarles nuestra existencia.

El guerrero me fulmina con la mirada. Todo esto ha dañado su orgullo.

—No era necesario...

—Sí que lo era —lo interrumpo—. Es una criatura más lista de lo que tú serás nunca, háblale de frente porque puede escucharte.

—Solo estoy muerto, no sordo —agrega Onza.

— ¿Estás muerto? —Ruedo los ojos, al parecer el Sol no es la estrella más brillante del firmamento. Sin embargo, el onza decide tomar la pregunta con seriedad.

—Mucho tiempo atrás fui el guerrero del Enlazador de Mundos, fui otro Cimi aunque también me llamaron de otras formas. Ahora, debido a las circunstancias en que nos encontramos he decidido venir a ayudar a esta Cimi. De cierta forma fue ella quién me llamó.

— ¿Cómo? —La pregunta va formulada hacia mí, así que respondo, no sin cierta reticencia.

—Poco después de obtener el sello decidí buscar a mis padres —en su mirada veo que no me ha entendido, así que agrego—. A mis padres muertos —aclaro—. Había leído en la biblioteca que las almas se quedaban una temporada en el quinto mundo y quise ir a verlos —me quedo en silencio sin poder evitar el torrente de imágenes que aparecen en mi cabeza en este momento—. No terminó bien. Onza apareció a mi lado y me cuidó hasta que fui capaz de volver a Peumayen.

— ¿Puedes ver a la gente muerta? —La expresión de Ahau es terriblemente seria. Me gustaría saber lo que está pensando en este momento.

—Sí —asiento—. Por lo general son presencias a las que no les presto mayor atención, ellas no me molestan ni yo a ellas, aunque a veces insisten en ser vistas. Onza me enseñó a controlarlas para evitar que me volviera loca.

— ¿Funcionó?

—A veces —admito—. El resto del tiempo... —me quedo en silencio.

Ambos me imitan.

Quiero quedarme así, no quiero hablar, no quiero entrenar... a veces simplemente quiero quedarme quieta y dejar que el viento me meza, como a las hojas de un árbol. Llevo años sin sentirme así de liviana, así de tranquila.

Incluso desde antes de recibir el sello he cargado con un gran peso en mi pecho, hay momentos en que incluso su propio peso me impide respirar y pensar con normalidad.

Ya no recuerdo lo que es vivir sin él.

Ya no recuerdo lo que es vivir.

Llevo años solo sobreviviendo.

Esto no es vida.

Un nudo en mi garganta me obliga a hablar.

— ¿Sabes pelear? —Pregunto en dirección a Ahau. Él levanta los hombros—. ¿Qué significa eso?

—Sé ocupar una espada —apunta a la que lleva atada al cinto—. Me he peleado a golpes, no he quedado tan mal... —ambos pensamos lo mismo—. Salvo aquella vez.

—Ponte de pie —ordeno.

Ahau me obedece de mala gana y se ubica frente a mí, le pido que se quite la espada y el cinto, para que quedemos lo más libres posible.

Adopto posición de defensa y espero que el guerrero también lo haga, pero se queda de pie frente a mí.

No lo considero dos veces. Lanzo un golpe directo a su rostro. Admito que lo necesitaba, que quería pegarle a alguien y Ahau es una excelente alternativa. Llevo mucho tratando de quitarme la sensación dolorosa que me produjo en el pecho las palabras que le dijo a Lamat.

El golpe que lanzo es tan fuerte que cae de espaldas. Por la forma en que respira se le nota que está furioso, mete un dedo en su boca y lo saca manchado con sangre.

—Bienvenido al mundo real —escupo. No puedo controlar el veneno que sale por mis labios. Después de haberle dado el golpe me doy cuenta de lo molesta y dolida que estoy con él.

Lo peor de todo, es que no es su culpa. Ahau no tiene por qué pagar por el hecho de que yo tenga sentimientos por él o que no sepa cómo lidiar con ellos.

Puede que no sea importante. Puede que simplemente me agrade, nada más.

Se vuelve a poner de pie, pero sigue sin adoptar una posición de pelea. La idea de que tenga miedo de pelear conmigo me asquea, somos guerreros en tiempos de guerra, es lo que hacemos. Miro sus ojos y descubro algo en su mirada, algo más oscuro que el miedo.

Precaución.

No teme herirme. Teme que yo lo hiera, le teme a la muerte. El gran peso con el que cargan todos los hombres y que para mí significa tan poco.

—Debes buscar la debilidad de tu oponente y aprovecharla —dice Onza a nuestro lado—. Lo más importante es saber cuál es el límite de tu rival.

— ¿Cuál es su límite? —Pregunta señalándome con la cabeza.

—Eso debes averiguarlo tú —replica el onza. Una sonrisa lobuna se expande por mi rostro, es un gesto totalmente inconsciente, pero que deja en evidencia mi gusto por la caza. Lo normal es que fuera renuente a pelear, pero no es así, me gusta, me gusta saber que tengo el control de lo que sucede.

Ahau me mira y adopta, finalmente, una posición de pelea. Lo imito.

Los primeros segundos los pasamos en silencio, ambos con la vista fija en el oponente. Siento su reticencia a pelear, su reticencia a lanzar el primer golpe.

Se lo hago fácil, lo lanzo yo.

Sus reflejos entran en acción y hace retroceder su cuerpo, aunque de todos modos mi puño impacta su brazo.

Volvemos a quedarnos en silencio.

Su mirada me recorre con una intensidad perturbadora. Busca mi punto débil. Sus ojos pasan más tiempo en mis piernas y es ahí donde lanza su ataque, salto para esquivarlo y, para demostrarle que no es mi punto débil, lanzo una patada a su estómago que lo manda a volar.

Se pone de pie, sin poder ocultar la mueca de dolor que le produce el movimiento.

Esta vez no espera y se lanza a por mí, lanza un golpe a mi abdomen, pero lo esquivo, dejando expuesto el costado derecho. Aprovecha para impactar su puño.

Me muevo a tiempo para que falle y con el codo lo golpeo en la nuca.

Su cuerpo se desploma en el pasto junto a mí. Escucho su gemido y como se retuerce de dolor. Mis instintos se ponen en alerta y me alejo a gran velocidad. No bajo la guardia, mi mirada se mantiene fija en él y mi cuerpo continúa en tensión.

Ahau aumenta la intensidad de sus gemidos y se retuerce con más fuerza.

—O te levantas o te pateo en el suelo —mi voz sale más cruel de lo que pretendía. Aunque estoy segura que finge, el golpe que le di no fue suave, por lo que el dolor que siente debe ser real.

— ¿Cuál es tu punto débil? —Pregunta poniéndose de pie con una mueca que ya no se

esfuerzo en ocultar—. ¿La mala actitud? —Intenta provocarme.

—Tuve una excelente actitud contigo y de todos modos nos traicionaste —las palabras salen a borbotones de mis labios.

— ¿Eso es? ¡¿Por eso la paliza?! —Pregunta ofendido—. ¡Sí! ¡Lo hice! —Exclama con las manos levantadas—. ¡Pero aquí estoy! ¡Ya les pedí perdón y los ayudé a escapar! ¿Qué más quieren? ¿Qué quieres? —La segunda pregunta sale con voz suave, casi como una súplica y aún después de que deja de hablar no puedo dejar de escucharla, una y otra y otra vez.

¿Qué quiero? ¿Qué merezco querer?

—Suficiente por hoy —nos interrumpe Onza, su interpone entre ambos con su gran cuerpo felino y su presencia es suficiente para eliminar la tensión que se había formado.

Suspiro cansada y me paso las manos por el rostro.

—Mi punto débil es el miedo al remordimiento de mis acciones —digo con voz monótona, mirando un punto en el horizonte.

— ¿Qué significa eso? —Pregunta con una mueca de asco que me quita la respiración.

—Mi poder es tal que puedo matarlos a todos sin siquiera pestañear. Lo único que me impide hacerlo es el miedo.

— ¿De qué? ¿A qué le puede temer alguien como tú? —Escupe la pregunta.

—A la soledad —susurro con voz ronca—. A pasar la eternidad sola en la oscuridad pagando por mis pecados.

Su mirada baja al piso y aprovecho ese momento para irme. Escapar de sus ojos, sea pena o asco o lo que haya en ellos, cualquiera de esos es más de lo que puedo soportar. Me alejo entre los árboles para ver cómo se encuentra Muluc, pero él está de pie apoyado en un árbol.

Escuchó todo lo que dije y sé que sabe exactamente a lo que me refería cuando lo hice.

Capítulo 24

Pateo todas las piedras que encuentro por el camino hasta llegar al lugar donde dejamos nuestras cosas. Si Muluc está lo suficientemente bien como para caminar tenemos que seguir moviéndonos. Nos traje lo más lejos que mis poderes me permitieron, pero no fue suficiente.

Los pasos descuidados de Muluc, debido a las heridas, me avisan que se acerca. Me siento en un árbol cercano a esperarlo.

—La criatura —dice, levantando la ceja curioso— se quedó con él.

No respondo la pregunta implícita en su rostro.

—¿Alguna vez podrías olvidar la forma en que nos conocimos? —Digo en su lugar.

Veo la sorpresa en su expresión.

—¿Por qué?

—Porque a veces me gusta creer que si no hubiese pasado nosotros podríamos haber sido amigos.

Ambos nos quedamos en silencio. Muluc siempre me hace daño con los gestos más simples, como su incapacidad de mirarme o decir mi nombre, o, en este caso, su silencio.

—No me arrepiento de haberte encontrado aquel día —dice con un suspiro.

—¿Así sabes quién soy realmente?

—Ni tú sabes quién eres realmente —responde de inmediato—. Ese... hecho, no te define.

—Ese hecho fue el asesinato de varios hombres a sangre fría —mi voz es tan seca como el tronco sobre el que estoy apoyada.

—Iban a matarte.

—No lo sabes.

—Tú sí, el sello tomó el control porque sabía que tú estabas en peligro, no lo hizo porque sí.

—Parecían sorprendidos de verme.

—Son los buscadores de los guerreros, quizá no te buscaban a ti, pero sí buscaban a otro como nosotros —la seguridad con que lo dice me hace sentir mejor, casi segura de que soy un producto de las circunstancias, no simplemente una asesina por placer. Pero, ¿acaso eso es mejor?

—Me pregunto a quién buscaban —susurro con un suspiro, considerando la maravillosa posibilidad de que con el ataque hubiese salvado al guerrero que ellos buscaban atrapar.

Mis bellas posibilidades son de ese tipo, rogar porque la masacre que hice salvara al menos una vida. Aunque sé que una vida no compensa las otras. Tampoco esas vidas compensan otras. Ni cien vidas son capaces de compensar las que arrebaté. La vida y la muerte no se rigen por compensaciones. De la vida no estoy muy segura, no es mi sello, pero sí lo es la muerte y tengo la certeza absoluta que esta no funciona con una balanza, es aleatoria, cruel, injusta,

sorpresiva, justa, predecible... la muerte es todo eso y mucho más.

Soy la muerte, pero no estoy muerta. En mí hay más vida que en la misma vida. Más amor que en todo el mundo. Y más poder del que debiera. Sin embargo, no tengo miedo, ni vergüenza de lo que soy. Soy la muerte que es mucho más que la vida. Soy definitiva y eterna, cubro todo el mundo, todos los mundos. Nado en el mar del tiempo y salgo igual de joven.

¿Eso está mal? ¿Es erróneo que después de todo no me arrepienta de lo que soy?

—Deben seguir avanzando —la voz del onza nos sobresalta y Muluc se pone de pie con una lentitud que tortura mis ojos—. Hay un pueblo más al norte, pueden abastecerse ahí y tomar el camino que lleva a la cordillera —sonrío, me gusta que sea él quién esté tomando las riendas en esta situación, me encuentro demasiado agotada como para intentarlo.

— ¿No creen que llamamos un poco la atención? —Pregunta Ahau, quien viene pocos metros detrás de Onza—. Los únicos extranjeros que viajan de pueblo en pueblo son los mercaderes y nosotros no tenemos algo para ofrecer.

—Por eso deben llegar mañana —vamos a preguntar, pero no nos deja—. Mañana es el día de los muertos.

Mi estómago cae hasta el suelo y mi expresión lo acompaña, porque todas las miradas se dirigen a mí. Quiero decirles lo que me asusta, pero ya me he hecho ver como un fenómeno demasiado. Ya les he dicho demasiado. No quiero que me vean así. No ahora que Muluc finalmente es capaz de mirarme y decir mi nombre.

Me muerdo el labio.

— ¿Qué pasa? —No es Muluc quien pregunta, si no que Ahau.

—Es el día de los muertos —digo como respuesta, esperando que el nombre de la festividad sea explicativa en sí misma, pero no es así.

—Es una celebración pagana —dice él con una mueca de fastidio—. Solo los... —se queda en silencio, y nosotros con él, aunque sabemos con exactitud cuál es la palabra que planeaba ocupar—. En el Reino del Huilli está prohibida su celebración —termina diciendo.

—Como la existencia de los guerreros y la magia, ¿no? —Se burla Muluc—. Si el onza quiere que vayamos probablemente es porque el pueblo la celebra —mi maestro asiente con una expresión solemne propia de un felino—. Si es así y si los recuerdos que tengo son ciertos, es la mejor forma de pasar inadvertidos.

— ¿Vendrás con nosotros? —Intento que mi voz no suene como un ruego.

—Me temo que no —sus dorados ojos se fijan en los míos y por un segundo, un bello y corto segundo, me llenan de calidez y de luz. Onza se preocupa por mí—. Estoy muerto, he abusado bastante de ello, ningún guerrero de la muerte puede abusar de ella.

Trago saliva y me doy la vuelta, para ocultar el semblante tembloroso de mi rostro y mis manos. Comienzo a caminar de un lado a otro, asustada de quedarme quieta. Siento cuando Onza

ya no está, lo siento en cada fibra de mi cuerpo. Yo era el portal que le permitía venir, por lo que una vez que se va tiene que pasar a través de mí. Generalmente, el proceso es incómodo, pero no con él. No estoy segura si se debe a que también fue un guerrero o un onza.

—Lo mejor será que nos pongamos en marcha —dice Muluc camino a recoger las bolsas. Me adelanto y cuelgo dos en mi espalda. Su mirada se ensombrece, pero lo ignoro. Él no sabe que he visto ojos mucho peores que esos y he logrado mantenerme en pie.

Dejo una de las bolsas, la más pesada, para que Ahau la lleve.

Nos ponemos a caminar, no tiene sentido que viajemos por las sombras si podemos caminar. Nunca se sabe cuándo tenga que ocupar mi sello. Además, todavía noto el cansancio del primer viaje. Cargar con dos personas es más de lo que pensé que sería.

Lo único que me gusta del reino del sur son los paisajes. Grandes extensiones de prados, bosques ancestrales tan verdes que se confunden entre sí, caudalosos ríos y montañas nevadas en invierno. El aire es tan fresco que penetra mis pulmones como dagas, pero no me molesta, me siento viva. Casi como con el frío costero, solo falta la sal.

Después de unas pocas horas, cerca del atardecer aparece el pueblo a unos kilómetros de distancia, lo vemos desde el cerro en el que estamos. Optamos por pasar la noche aquí y mañana emprender el viaje, es posible que lleguemos en la mañana o cerca del mediodía con el paso que llevamos.

— ¿Qué pasa en el día de los muertos? —Pregunta Ahau sentado frente al fuego.

Lo miro directamente, ya no lleva la ropa de príncipe, llena de adornos o colores fuertes como dorado, morado o rojo, ahora parece un plebeyo como el resto. Su ropa es gris y de tonos marrones, lo que solo provoca que su cabello se vea más oscuro que antes, como sus ojos. Sus grandes ojos.

—Es el día en el que Peumayen está más cerca de Chiguaihue y Apelahue —mi voz es tétrica, como los nombres de los mundos que acabo de mencionar. En los ojos de Muluc veo que sabe a lo que me refiero y quizá, si me ha prestado un poco de atención en estos años, sabe a lo que le temo. Por otro lado, la mirada de Ahau se mantiene impávida, no tiene la más mínima idea. Suspiro y vuelvo a mirarlo a la cara, con el fuego interponiéndose entre ambos—. Chiguaihue es el quinto mundo, es donde van a parar las almas de los indecisos y la de todos en un comienzo, hasta que se decide su ascensión o descenso. Cuando viajamos... cuando nos traje hasta aquí, lo que hice fue llevarnos a Chiguaihue y luego devolvernos. Eso nos permite viajar mucho más rápido porque es como si el mundo fuera una gran nube, no hay norte o sur, arriba o abajo.

— ¿Y Apelahue? —Pregunta con una mirada tensa.

— ¿El nombre no te lo dice? —Pregunto yo en lugar de responder, esperando que algo de nuestras raíces peumayinas quede en este príncipe humano, pero niega y yo me desinflató un poco —. Literalmente, significa lugar de agonizantes. Es el sexto mundo, ahí van los que descienden —

la intensidad de mi voz disminuye a medida que hablo—. No tienden a ser muchas almas las que pasan del sexto mundo, ya que, a pesar de su cercanía, de que es el día en el que se encuentra más cerca de nuestro mundo, sigue estando a una distancia considerable.

— ¿Eso es bueno?

Hago una mueca.

—Quizá, significa que las almas de Apelahue que pasen son las más fuertes. Las que siguen siendo fuertes estando en el mundo oscuro, porque se han apoderado de él.

El miedo que se reflejó en mí, cuando Onza nos informó que el día de los muertos es mañana, se ve en los rostros de los guerreros.

Capítulo 25

Mis cálculos fueron acertados. El sol se encuentra en su cenit cuando llegamos al pueblo, el que bulle de actividad por los preparativos para la festividad. Los techos y tejados se encuentran unidos mediante hilos y de estos cuelgan trozos de papeles de colores, morado y anaranjado, son los que predominan.

El olor a comida lo sentimos cuando todavía faltan unas decenas de metros. Intento distinguir alguno en especial, pero todos son distintos y se mezclan formando una fragancia empalagosa que se impregna en mi ropa y cabello.

— ¿Por qué celebran algo tan oscuro como esto? —Pregunta Ahau a mi lado con una mueca de desagrado que no es capaz de ocultar la sorpresa que le produce todo.

—Porque no lo es del todo —respondo sin dejar de caminar, pero lanzándole miradas de reojo—. Muchos muertos todavía se encuentran en Chiguaihue, sobre todo si son recientes. Este es el día en el que tienen la oportunidad para despedirse, o, si la muerte fue hace mucho, para recordar a los que ya se fueron.

—Suenan tétricos —replica, frunciendo la nariz frente a una nueva oleada de olores que nos ataca.

—Suenan bellos —digo en su lugar—. La oportunidad de poder despedirte de alguien a quien perdiste, el recordar con amor en vez de con pena. Son opciones que tienen las personas, opciones que los valientes toman.

—Quizá —comenta Muluc que va algo más rezagado—. Pero las calaveras no dejan de ser espeluznantes.

Me río, lo que ayuda a liberar la tensión que tengo en el cuerpo desde ayer. Ambos guerreros me miran, pero los ignoro. Amo la parte de las calaveras. Por todos lados hay dibujos, muñecos, comida o decoraciones con formas de calaveras blancas, con intrincados diseños en ellas. En mi opinión son preciosas, especialmente me gustan cuando se las pintan en el rostro, rodeando los ojos de negro y la punta de la nariz, mientras líneas de otros colores decoran el resto. No obstante, sobre todo me gustan por lo que significan. En Peumayen, o al menos en las zonas donde la influencia humana no nos ha borrado del todo, la relación con la muerte es diferente, mucho más cercana de alguna forma.

Estas calaveras tienen el propósito de recordarnos que lo único seguro en la vida es la muerte, por lo que no nos queda más remedio que aceptarla con los brazos abiertos.

Una idea preciosa y liberadora.

Por esto mismo, se ven muchos muñecos con calaveras vestidas con distinta ropa en todas partes, como simbolismo de que la muerte se encuentra en todos lados.

— ¿Por qué la comida? —Pregunta Ahau a mi lado, moviendo la cabeza de un lugar a otro.

—Es una ofrenda, como bienvenida a los muertos. Se les prepara su comida y bebida favorita, y si son niños se les ponen juguetes para entretenerlos.

—Una hija de Peumayen —comenta una anciana, saliendo de la casa por la que acabamos de pasar. Su rostro es sonriente—. Es bueno ver que no somos el único pueblo que recuerda las tradiciones.

—Estamos hechos de tradiciones —digo, lo que hace que ella sonría y me tome del brazo.

—Vengan, los invito a comer algo. Es algo aburrido quedarme aquí cocinando mientras mis hijos van a las celebraciones —nos dice mientras nos arrastra a la casa.

— ¿Por qué no va con ellos? —Pregunta Ahau.

—Porque ebo preparar su comida.

Los tres nos quedamos en silencio. Se refiere a una persona en especial, quizá su marido, hijo o quizá algún padre. Eso es lo que me gusta de esta celebración, el recuerdo de los muertos se hace con alegría, no con tristeza. Esa es la forma en que deben ser recordados.

—Creo que tengo aquí algo que les podría quedar —comenta la anciana buscando ropa entre baúles.

—Tenemos ropa —dice Muluc algo brusco—. Además, no nos quedaremos mucho tiempo —agrega para arreglarlo.

—Pero en la noche es cuando es más entretenido —la anciana parece realmente apenada de nuestra partida. Casi me hace cuestionar la posibilidad de quedarnos aquí por la noche, pero no. Puedo sobrevivir al día de los muertos mientras esté lejos, en las montañas. No en medio de un pueblo que atrae a tantas almas.

—Seguro —dice Ahau antes de que pueda detenerlo. Le lanzo una mirada furibunda, pero no se da por enterado.

Antes de que nos demos cuenta estamos probando la comida y postres que prepara la mujer, llamada Xcaret, o al menos eso hacen Ahau y Muluc, ya que yo estoy sentada mientras ella pinta todo mi rostro de blanco. Es una tortura quedarme quieta y con la boca cerrada, mientras, ellos se llenan de deliciosa comida.

No puedo evitar que mi mirada se desvíe continuamente hacia ambos, pero cada vez que lo hago la mirada de Ahau se encuentra con la mía. Cada una de las veces que lo miro, él me mira de vuelta. No sé si percibe que lo hago o ya estaba mirándome.

— ¡Ya está! —Exclama con una enorme sonrisa Xcaret—. Es una lástima haber tenido puros hijos, siempre quise hacer esto con una hija —le sonrío de vuelta, aunque mi labio tiembla levemente—. Mira lo hermosa que quedaste —me lleva frente a un espejo.

—Soy la muerte —susurro con voz ahogada.

Mi rostro es blanco, mientras que la zona que rodea los ojos tiene un color negro profundo, al igual que la punta de mi nariz. Rodeando el borde negro, Xcaret pintó pétalos rojos. Tengo

dientes dibujados en los labios, como si estos no existieran. La línea entre mis labios se extiende hasta la mitad de mis mejillas, donde se bifurca en intrincados diseños, que también hay en mi frente y barbilla. Todo mi rostro está cubierto de diseños muy similares a los boquis que rodean el copahue en mi cadera. Se siente como si mi sello, el Enlazador de Mundos, se hubiera expandido hasta cubrirme por completo.

El vestido que uso es negro con detalles en rojo y abierto hasta los hombros, donde los rodea con flores rojas. Siempre creí que la muerte vestía sencilla, pero no es así, viste de flores y de rojo.

Ata mi cabello en un moño alto y coloca flores de verdad en él, todas en los mismos tonos de mi maquillaje y vestido.

—Siempre me asustó que la muerte fuera algo demasiado bello, algo que me atrajera más que la misma vida —comenta Ahau en mi espalda.

Levanto la vista y me sorprendo al notar que está justo detrás de mí, su mano roza el vestido y sus ojos no se despegan del reflejo de los míos.

— ¿También quieren que los pinte? —Pregunta Xcaret emocionada, pero ambos no tardan en declinar tal oferta.

—Mamá —dice un extraño en la puerta. Debe tener la edad de Muluc o más. Su espalda es ancha, como un armario de dos cuerpos y su rostro moreno, con barba y un bigote de color negro. Todo es oscuro, salvo sus ojos que son de un verde vibrante.

—Cualli —lo saluda Xcaret con un cariñoso abrazo, lo que me hace suponer que es su hijo, o uno de ellos—. Ellos son Luc, Mica y Felipe —usa los nombres falsos que le dimos, no deja de parecerme extraño que Ahau decidiera dar el nombre de su primo, pero me lo guardo.

— ¿Felipe? ¿Del Reino del Huilli? —Pregunta Cualli acercándose peligrosamente a él.

— ¿No es esto también parte del reino? —Replica él, mientras que yo ruedo los ojos ante la situación. ¿No podría simplemente haber dado un nombre que no fuera tan amarillo? ¿No podría haberse quedado en silencio ante el comentario? ¿No podría simplemente no haber venido?

— ¿El reino? —Se burla Cualli—. El reino nos dejó de lado hace mucho y estamos mejor así. Al menos recordamos lo que es ser peumayino, seguimos siendo leal a nuestra sangre y a nuestros dioses —escupe con odio.

Quizá Ahau no aparenta ser de la raza amarilla, pero su actitud es como la de todos ellos. Por eso estoy segura que intentará replicar algo que solo terminará hundiéndolo más, así que decido intervenir.

—Lamento si nuestra presencia te molesta —me pongo entre ambos. El hombre parece recién prestarme atención—. Estábamos de paso por el pueblo y, generosamente, Xcaret accedió a darnos algo de comida y esta ropa —hago un gesto hacia el vestido.

—Es cierto, Cualli. No seas bruto —me sorprendo un poco al ver cómo le da un golpe en

la cabeza con fuerza, pero sin dejar de ser cariñoso—. Además, siempre quise vestir a alguien de Catrina. Si me dieras en el gusto y te casaras no tendría que secuestrar extraños para hacerlo.

Me río de su ocurrencia y, por fortuna, también lo hace Cualli.

—De todos modos vine a buscarte para que fuéramos a la celebración.

Xcaret mira por la ventana y se da cuenta de lo tarde que es, casi anochece. Rápidamente, comienza a guardar la comida, postres y bebidas. Muluc y Cualli la ayudan, no sin recibir un par de gritos si hacían algo mal.

Yo siento cómo mi cuerpo vuelve a tensarse. Mi estómago se retuerce y mi pecho se aprieta, volviendo mi respiración pesada. Cierro los puños en las faldas del vestido, mientras, mi mirada se pierde por la ventana, donde cada vez está más oscuro y las personas prenden cientos de velas para iluminar esta noche y mostrarle a los muertos el camino a casa.

Me temo que la presencia de la guerrera de la muerte atraiga más que solo los seres queridos de estas personas.

— ¿Pasa algo? —Pregunta Ahau a mi lado.

—Nada todavía —mi voz sale tensa cuando hablo, como si lo hiciera entre dientes.

—Te ves hermosa, por cierto —me río y volteo a verlo. Lo dice en serio, le sonrío y asiento, luego, vuelvo mi vista a la calle.

La noche de los muertos está por empezar.

Capítulo 26

“¿En el cementerio?” vuelve a susurrar Ahau mientras caminamos junto al resto de las personas. Desde que le explicaron que la celebración se llevaría a cabo en las tumbas de los muertos, ha actuado como un niño pequeño. Todavía sorprendido del lugar escogido. En mi caso, me parece casi lógico, a pesar de que estos, los muertos, no se encuentren ahí. Para mí que puedo sentirlos no existe diferencia alguna entre un cementerio o cualquier otra parte. Los cuerpos, lo único que queda, no conservan alma o fragmento alguno de la persona que lo tuvo. Entiendo el significado simbólico, pero en la práctica, cualquier lugar es tan bueno como el cementerio.

— ¿No te asusta? —Pregunta a mi lado.

—Los muertos pueden aparecer en cualquier lugar —digo a su lado, intentando que las personas no nos escuchen—. El lugar no hace la diferencia.

— ¿Qué la hace?

—Las personas que los esperan, que los llaman... que marcan el camino —susurro con la vista fijada en las velas que hay por todos lados.

Toda la gente del pueblo está arreglada, incluso Xcaret nos pidió un momento para vestirse. Veo a muchas otras chicas maquilladas de forma similar a la mía, todas con vestidos de colores y muchas flores.

Las flores que más predominan son las de color amarillo y son las que casi todos llevan a las tumbas. También, Xcaret lleva un ramo, junto con la comida que cargamos los demás.

¿Me sientes, guerrera?

El susurro es bajo, pero tan penetrante que me paraliza y el pastel que cargaba resbala de mis manos para impactar en el suelo. Los que me acompañan se detienen a mirarme sorprendidos.

Quiero decirles que estoy bien, pero me doy cuenta de que es mentira en el momento en que levanto la vista.

Los muertos llegaron.

Las personas no los ven, asumen que están aquí, creen fielmente en eso. Yo, a diferencia de ellos, los veo y los escucho. En su mayoría son las personas invitadas por la gente del pueblo, padres, hijos y hermanos; pero hay algunos que no lo son. Algunos que se mantienen al margen, no tienen a dónde ir porque nadie vivo los extraña, así que se quedan aquí.

La mano de Muluc toma con firmeza mi antebrazo, murmura algunas palabras hacia Xcaret y su familia, que suenan como murmullos inentendibles para mí, luego, nos aleja de la multitud.

Mi vista se mantiene fija en uno de los muertos. Es apenas una sombra borrosa, lo que significa que lleva demasiado tiempo en Apelahue, tanto que ha perdido su forma viva. Por eso mismo, no tiene ojos, pero yo siento como su atención está fija en mí.

— ¿Los ves? —La voz de Muluc llega desde un punto lejano—. Cimi, ¿los muertos están

aquí?

Un hombre regordete pasa por su lado y se ríe, cuando lo hace puedo ver el corte que atraviesa su cuello de un lado a otro. Soy la única que lo escucha reír. Muluc vuelve a insistir, por lo que me obligo a concentrarme en los vivos.

—Sí —susurro con voz ronca—. Están aquí.

— ¿Alguien peligroso? —Pregunta y me alegra saber que tiene al menos una idea de lo que me pasa. Asiento y me pongo a buscar con la vista a la forma oscura, pero no logro dar con ella. Eso solo empeora el cómo me siento.

—Unos pocos —digo en su lugar.

Me da una mirada que no logro mantener, luego me aleja de la multitud, hasta que quedamos cerca de unos árboles. Desde aquí el murmullo de las personas es solo eso, un murmullo, como el ruido del cauce de un río. No distingo voces, ni los olores de la comida. Solo siento a los muertos que atraviesan el mar del tiempo hasta Peumayen. Siento sus anhelos y sus sentimientos, los vástagos de sus sentimientos, en realidad. Con el paso del tiempo comienzan a perder todas esas características demasiado humanas.

— ¿Tienes frío? —Pregunta Ahau.

—No —murmuro distraída, pero ahí noto que mi aliento sale en forma de vaho—. Supongo que tengo un poco de frío.

Él me sonrío de esa forma que parece haber adoptado para mí. La mitad del tiempo me hace sentir bien, casi feliz, pero el resto me recuerda que soy nada para él, solo el camino hacia la verdad de su primo y hacia sus poderes. Nada más.

Antes de que sepa lo que va a hacer pone ambas manos en mis brazos desnudos. Al instante, con el simple contacto entre ambos, una ola de calor me recorre con una fuerza arrebatadora. Hasta mi rostro se calienta, no sé si por el calor o la vergüenza.

—Esperaba que funcionara —murmura con una mueca tímida, para nada concordante con lo que conozco de él.

—Lo hizo —digo, sacudiéndome su contacto—. Tenemos que... —un golpe fuerte llega a mi abdomen, provocando que me doble en dos y boquee para obtener un poco de aire en los pulmones.

— ¡Cimi! —Exclama Muluc, tomándome en sus enormes brazos.

Intento respirar, la falta de aire me asfixia y abro más la boca, ambos se acercan a mí, pero los alejo. Necesito aire... necesito... Otro golpe me lanza de espaldas a la tierra, mi mejilla da contra una roca y un dolor punzante se expande desde ella hasta mi ojo izquierdo.

Escupo sangre.

—Dime qué hacer —pide Muluc con una expresión frustrada en el rostro. Quiere ayudarme, siente que tiene que hacerlo. Soy la más joven entre los dos, la que lleva menos tiempo

siendo una guerrera y, de alguna forma, soy la más frágil. Lo que él no entiende es que hay batallas que solo el guerrero del Enlazador de Mundos puede luchar y, por desgracia, siempre es solo.

Agito mi cabeza para negar, incapaz de hablar.

—No te vamos a dejar aquí —agrega Ahau y veo en sus ojos una determinación temerosa que pende de un hilo.

—Vayan por nuestras cosas —me obligo a decir con una mueca—. Nos vamos —grüño cuando otro golpe me manda a volar directo hasta un árbol.

Impacto el tronco con la parte baja de mi espalda. El aire vuelve a salir de mis pulmones y abro la boca desesperada por obtener un poco. Mi vista se vuelve borrosa y pequeños puntitos de luces aparecen en los bordes. Ruedo boca abajo y me apoyo en los antebrazos.

Un gemido escapa de mis labios cuando logro respirar, la sangre de mi boca con la saliva me hacen toser y tener arcadas. Levanto la vista y me encuentro con Ahau solamente, sus grandes ojos fijos en los míos.

No él, no quiero que lo vea.

Es lo único que logro pedir.

Es una lástima, guerrera. Porque el espectáculo es precisamente para el Sol.

Responde la misma voz que me habló en un comienzo. Quiero preguntarle a qué se refiere, pero no tengo tiempo para hacer nada más cuando un brazo invisible rodea mi cuello y me levanta. Ahau lanza una exclamación ahogada y avanza hacia mí, pero mis pies ya no tocan el piso.

Dale mi mensaje.

Niego, con lágrimas corriendo por mis mejillas. La mano me aprieta con más fuerza, tanta que temo pueda romper mi cuello, luego vuelve a relajar el agarre y la voz repite las instrucciones.

—Tu padre... —toso—. Tu padre escapó de lo que tenía planeado para él... —me quedo en silencio, con mis ojos fijos en Ahau que me mira sorprendido. Gimo cuando la presión en mi garganta aumenta por mi negación a seguir—. Pero tú... tú no vas a hacerlo —termino y en ese mismo instante el agarre desaparece y caigo al suelo.

Por la mirada en los ojos de Ahau, sé que él no tiene idea de lo que acaba de pasar.

Ya somos dos.

Capítulo 27

— ¿Qué mierda acaba de pasar? —Gruñe Muluc cuando nos ve. Yo sentada en el suelo con las manos rozando mi cuello herido y Ahau hablando al aire, lanzando preguntas que no tienen respuesta. Suerte la mía.

El Sol se queda en silencio y le lanza una mirada molesta a Muluc, quien lo ignora y se acerca a mí, pero me pongo de pie y lo alejo, también molesta sin saber por qué.

— ¡Te dije que la cuidarás! —Le grita a Ahau.

—Puedo cuidarme sola —replico, pero mi voz sale ronca y rasposa, lo que me provoca un pequeño ataque de tos.

— ¿Qué pasó? —Gruñe, ahora molesto como nosotros dos.

—Uno de los muertos le mandó un mensaje a Ahau a través de mí —explico acariciando con suavidad mi cuello, duele cuando lo toco, pero el dolor me mantiene consciente y despierta.

¿Qué dijo?

¿Qué puede mandar mensajes a los vivos?

¿Qué?

¿Quién?

¿Dónde está?

Las voces de los muertos llegan con una nitidez asombrosa hacia mí. Un escalofrío recorre mi columna ida y vuelta y me deja pegada al suelo con la mirada fija en las sombras que se acercan con una velocidad asombrosa.

La sangre desaparece de mi rostro.

— ¿Ahora qué? —Pregunta Muluc todavía molesto.

—Vienen por mí —susurro y no soy capaz de evitar el miedo que tiñe mi voz.

Los muertos no tienden a molestarme, si son muy nuevos no son capaces de notar que soy diferente a cualquier criatura que hayan visto antes y si murieron mucho tiempo atrás, ya no tienen a quién mandar un mensaje. Algunas veces ocurre que simplemente desean molestar y hacer daño, pero no es lo más común.

Sin embargo, ahora todas esas almas que fueron atraídas por las festividades y el llamar de sus seres amados, se fijan en mí. Siento su ansiedad y sus anhelos, la idea de poder contactar con ellos les llama la atención y les atrae demasiado.

Antes de que me dé cuenta los muertos se pegan a mí, rogando porque les preste atención y les mande mensajes a sus seres queridos.

En el momento en que se acercan y me tocan, se dan cuenta de que soy diferente. Normalmente, frente a una criatura viva su tacto pasa de largo, no conmigo, los muertos pueden tocarme porque una parte de mí está en su mundo.

Yo soy el puente entre ambos lugares.

Lo que no saben es que su tacto quemaba y me hiere como navajas ardientes.

— ¡Mierda! ¡Cimi! —Exclama Muluc al notar como la sangre corre por mis mejillas y mis brazos, en cada lugar donde una de esas almas intentó tocarme—. Vete de aquí —dice, pero no puedo escucharlo, termino encorvada en la tierra, como una forma desesperada de evitar el contacto—. Usa tu sello. ¡Vete! —Grita cuando nota que no lo hago.

Lo intento, pero las voces de los muertos y sus dolorosos toques me lo impiden, comienzo a gritarles que se alejen y me dejen en paz, que no puedo ayudarlos, pero el mismo hecho de que lo haga les hace ver que, en realidad, sí que puedo hacerlo.

Pequeña

Susurra una voz cerca de mí, no abro los ojos, pero sé quién es. El onza ha vuelto a cruzar el camino, esta vez como un alma común, por lo que soy la única que puede verlo.

El resto de los muertos retroceden al ver a Onza, claramente, intimidados por la presencia de una criatura mágica. Sin embargo, en el momento en que se den cuenta de que es uno de ellos, que no puede herirlos, volverán al ataque, así que me obligo a concentrarme y viajar por las sombras.

Muluc se adelanta y me grita algo, pero no distingo con claridad lo que dice.

En esta forma incorpórea me siento mucho mejor, más liviana, lo que es una ridícula obviedad. Los muertos no pueden tocarme, pero sí verme. Ahora soy una de ellos. Rápidamente, me alejo. Tomo un camino que da al noreste y lo sigo con velocidad asombrosa, algunos de ellos intentan seguirme y lo hacen por unos cientos de metros, pero cuando me alejo demasiado, vuelven. Saben que pueden perderse y quedar errando por Peumayen si no tienen cuidado, no creo que sea algo que quieran.

Suspiro aliviada cuando noto que nadie viene detrás de mí pero por desgracia también noto que me estoy quedando dormida por el cansancio. Vuelvo con velocidad a mi forma humana, lo último que me puede faltar es quedar atrapada en el quinto mundo.

Vuelvo a Peumayen a trompicones, adormilada e incapaz de usar mis poderes como corresponde. La caída es tan brusca que me doy de bruces en la tierra, el golpe es tan fuerte que quedo inconsciente al instante.

Despierto cuando una humedad extraña se esparce por mi rostro, intento alejarme de lo que sea que provoque eso, pero el movimiento produce tanto dolor en mí que ignoro cualquier posibilidad de moverme en el futuro próximo.

La humedad cubre todo mi rostro y, aún dentro de mi estado adormecido, sé que es una lengua de algún animal. Debería preocuparme, aunque solo agradezco que sea una lengua y no colmillos.

Abro mis ojos con una lentitud tortuosa, el brillo del sol, que se encuentra en su cenit, me ciega, provocando que los vuelva a cerrar y lágrimas caigan por ellos. Levanto ambas manos para protegerme del sol, pero un fuerte dolor se expande por todo mi cuerpo. Más lágrimas anegan mis ojos, como consecuencia del dolor y el exceso de luz.

La criatura que me despertó ladra a mi lado, con lentitud volteo el rostro y noto que es un pequeño cachorro. Su pelaje es negro con marrón en la nariz y en las patas. Es tan pequeño que puedo tomarlo entre mis brazos, no es que realmente lo vaya a hacer, apenas me puedo mi propio cuerpo, el que volteo hacia el lado izquierdo, de forma de poder acariciarlo con la mano derecha.

Toco detrás de su oreja y este se retuerce en el suelo con felicidad.

Debe ser la única criatura en el mundo feliz de que lo toque. De hecho, todos los animales escapan de mi toque, no soportan siquiera estar en mi compañía, por eso no puedo entender el motivo por el que un perro tan pequeño y tierno permitiría de forma tan amable que lo tocara. Esto escapa de mi comprensión, pero dado que es la única criatura viva que parece feliz de que lo toque lo recibo con los brazos abiertos.

Literalmente.

Lo encierro en mi pecho, mientras, él me lame el rostro y yo aspiro su aroma a tierra. Necesito darle un nombre, no puedo solo llamarlo... perro o cachorro. No, tiene que ser algo más significativo, algo como...

Me siento para mirar su pequeño y tierno rostro. Sus grandes ojos de color negro brillan con pereza y de alguna forma con tristeza. Lo tomo con ambas manos para ponerlo frente a mi rostro. Él lame mi nariz y yo sonrío.

—Nosotros desesperados buscándote y tú jugando con un chucho —escupe Muluc al encontrarse conmigo, en su rostro se ve claramente la molestia, pero ni aun así puede ocultar el alivio que siente al ver que me encuentro bien.

—No le digas chucho —reclamo con una sonrisa—. ¿Cómo me encontraron?

Ahau rueda los ojos claramente enfadado, aunque no sé muy bien el motivo.

—Te dije que fueras al claro del bosque que se encuentra al este —gruñe Muluc dejando caer nuestros bolsos frente a mí con fuerza.

—No escuché con claridad, no estaba en mi mejor momento —respondo buscando algo para comer entre las bolsas.

El cachorro se acerca a comer algo, pero Muluc lo toma para alejarlo, bueno, al menos lo intenta. Su mano pasa a través del animal como si fuera aire, intento tocarlo yo y lo hago con naturalidad, como si realmente estuviera aquí.

—Am —murmuro—. Es un alma en pena, posiblemente llegó aquí por el día de los muertos, pero luego no supo cómo regresar —sonrío. Esta era la única forma en que alguien como yo podría tener una mascota—. Te llamarás Am. Am. Am. Am —digo con una sonrisa y él me

responde con un ladrido—. Le gusta.

—Yo prefiero chucho —responde con una mueca Muluc.

Le saco la lengua y me dedico a comer con Am entre mis brazos.

—No fue difícil dar con tu paradero —dice Ahau, hablando entre dientes y dejándose caer a mi lado—. Fuiste dejando un rastro de destrozos... los que se reflejan... en ti —agrega con una mueca.

Ignoro su comentario malintencionado, no necesito mirarme en un espejo para ver el desastre en el que estoy hecha. Basta con ver mis brazos llenos de hematomas y rasmillones para solo hacerme una idea de lo que parece mi rostro. Eso sin contar que el maquillaje que Xcaret me puso el día de ayer debe haberse corrido por completo.

Ahau y Muluc se acomodan a dormir, pues pasaron toda la noche y mañana caminando para encontrarme. Yo me lavo y cambio de ropa. A regañadientes me pongo la ropa que me mandó Lamat, ya no me van quedando muchas opciones y, afortunadamente, el vestido me queda bien.

Prendo fuego y preparo algo de comida para cuando despierten, mientras espero decido ponerme a ojear el libro que encontré en el Castillo Amarillo. He leído y releído la parte sobre los lugares un centenar de veces, por otro lado la parte de las criaturas tiendo a saltármelas.

Leo sobre todas las criaturas. Aquellas terroríficas como los wekufes, habitantes sin cuerpo como almas negras que toman posesión de los cuerpos y otras tan misteriosas como las tztzitmitles, o como los punahuenses las llaman, estrellas.

También están los ahuzotes, a ellos los recuerdo. Ya no quedan tantos como antaño, en su mayoría son leyendas que nos contaban en el reino de los Mares del Lafquen cuando éramos niños, para evitar que nos fuéramos a alejar.

Aunque una vez conocí a uno.

Unos niños me retaron a que no me atrevía a cruzar un arco que daba a la zona más alejada. Por supuesto que me atreví, no soy una cobarde, al menos no en ese entonces. Nadé hasta el atemorizante portal de roca y lo crucé, con el resto de mis amigos mirando cómo lo hacía. Recuerdo que llegué al otro lado con seguridad, confiada de que solo había historias de este lado, pero... no era así, a los pocos metros apareció un ahuzotl. Una enorme criatura como una nutria con una quinta pata en vez de cola y enormes dientes.

Escapé por los pelos y me llevé el regaño de mi vida.

—Debiste despertarnos —se queja Muluc al abrir los ojos.

— ¿Para qué? De todos modos llegaremos al Castillo Rojo mañana —replico mientras le sirvo un poco del estofado que preparé.

Ambos guerreros se lo devoran con avidez, lo mío jamás fue la cocina, no humana de todos modos y en el Castillo Rojo no había necesidad de hacerlo, pues alguien ya se encargaba de eso. Sin embargo, logro hacer algo bastante decente con las pocas verduras que encuentro.

— ¿No íbamos a usar a las estrellas para encontrar la Carcerem? —Gruñe Ahau.

—Sí, pero no tiene sentido hacerlo en las condiciones en que nos encontramos —respondo con una mueca—. Debemos descansar y curar nuestras heridas, desde ahí podemos llamar a las estrellas y luego... ir a donde sea —levanto los hombros.

Am ladra a mi lado y lame mis dedos. Le lanzo una sonrisa a mi pequeño perro fantasma, contenta de tener alguien a quién acariciar y que no me tema.

Capítulo 28

Ahau nos mira con desconfianza, primero fulmina a Muluc con la mirada porque él fue quien le dijo sobre la seguridad y luego a mí, por no defenderlo. No sé qué es lo que esperaba o por qué siquiera consideraba la posibilidad de que lo respaldara frente a Muluc, pero así parecía ser, pues se veía realmente herido porque apoyé al guerrero de la Luna.

—Así funcionan las cosas —ruedan los ojos.

—¿Por qué no simplemente admiten que no confían en mí? —Exclama ofendido.

—Está bien, no confiamos en ti —dice Muluc. Hago una mueca porque tampoco puedo contradecirlo de forma honesta, una parte de mí, una muy grande, sigue sin confiar plenamente en él.

Ahau me mira, fija sus grandes ojos en los míos y yo le mantengo la mirada. Últimamente, él parece mucho más propenso a mirarme, cada vez que mi vista se posa en el guerrero, parece que él ya estaba haciéndolo. No sé por qué lo hace, pero me molesta, no me siento del todo cómoda con sus enormes ojos oscuros en los míos.

Lleva todo lo que tengo controlar el temblor en mis manos por la intensidad de su mirada. El fuego que hay en ella me inunda y un calor sube hasta mi rostro, aunque no me sonrojo.

—Así es... —mi voz tiembla un poco a medida que hablo—. Será solo la primera vez, tendrás que ir con los ojos vendados, pero luego ya no.

—Porque nos iremos.

Levanto los hombros restándole importancia.

—No eres un guerrero rojo —escupe Muluc.

—¡Tampoco ella! —Ahau me apunta con un dedo.

—¡Oye! —Me quejo—. Estaba intentando ayudar.

—No lo estabas haciendo muy bien —replica.

—¡Pues quizá lo mejor es que esperes aquí! —Grito como respuesta, mientras, me pongo las bolsas en la espalda, dispuesta a dejarlo atrás.

—¡No! —Corre detrás de mí—. No es justo... pueden confiar... —su voz se vuelve un susurro.

Me volteo para encontrarme, nuevamente, con sus oscuros ojos suplicantes.

Suspiro.

—Supongo que... está bien —Muluc gruñe, pero no me contradice, creo que también considera que en estos tiempos no tiene sentido conservar ciertas tradiciones. Después de todo, él es el único guerrero rojo que hay libre, por tanto, técnicamente, es el único que puede usar el Castillo Rojo como hogar, sin embargo, eso no es así.

Nos ponemos a caminar.

La verdad, es el castillo quien escoge a los que entran. Las entradas generalmente son aleatorias, aparecen cuando se les necesita, siempre a un radio prudente de la localización original.

De hecho, así fue cómo llegó Muluc. Él no fue traído por su maestro, sino que llegó por error. Estaba siendo perseguido y al caer por una ladera, quedó inconsciente para luego despertar dentro del castillo.

No es como si me lo hubiera dicho. Lo escuché durante mi etapa voyerista cuando viajaba entre las sombras por el castillo y escuchaba las conversaciones privadas de los que ahí estaban. No estoy especialmente orgullosa de eso, pero tenía trece años, un corazón necesitado de cariño y poderes que iban más allá de mi comprensión.

—Gracias —en un comienzo no entiendo lo que me dice, así que Ahau lo repite—. Gracias por dejar... ya sabes.

—De nada —no mantengo mi mirada en él, no soporto su expresión agradecida. Puedo manejar al Ahau molesto y ofensivo, no al tierno y considerado.

—Sé que... —se detiene antes de hablar, como considerando sus siguientes palabras—. Que ya no confías en mí, pero solo al comienzo mis intenciones eran otras. Luego me di cuenta de que me habían mentido con los poderes, con mi primo... ¡Con todo! —Exclama con una mueca de desagrado—. Desde ese entonces que decidí realmente ayudarlos y... ser uno de ustedes.

—Bien —es lo único que digo.

Deja de caminar. Muluc que va unos metros más adelante no se da cuenta, eso o no le importa. Me detengo y lo considero unos segundos antes de darme vuelta. Sus ojos oscuros miran con intensidad los míos.

— ¿Te hice algo más? —pregunta conteniendo el tono ofendido—. ¿Hice algo más que te molestara, algo por lo que debería discúlpame?

—No —respondo de forma lacónica.

— ¿En serio? —Se burla—. Porque no lo parece. Me tratas como...

—Muluc te trata así y no veo que te quejes —reclamo, comenzando a irritarme.

—Porque así es su personalidad, pero con él hablo, se toma el tiempo para explicarme cosas.

Abro la boca sorprendida y desvío mi vista de Ahau a Muluc y viceversa. Eso no es cierto. Apenas hablan. Aunque soy la primera en dormirse y la última en levantarse, hay periodos de tiempo que pasan sin mí, como el trayecto que hicieron para ir a buscarme luego del día de los muertos o los entrenamientos mientras seguíamos en el Reino del Huilli.

Me siento un poco indignada y pasada a llevar. Obviamente, mantengo ese pensamiento para mí, pues no quiero que se note que estoy celosa de que su relación con Muluc vaya mil veces más rápido que la mía, donde apenas hace un par de días fue capaz de decir mi nombre por

primera vez.

—Estás molesta —dice con la vista fija en mí, vuelvo a enfocar la mirada en sus ojos—. Y celosa... —un calor sube por mi pecho y se instala en mis mejillas. Mi piel es tan blanca que me delataría con facilidad si no fuera porque, físicamente, soy incapaz de hacerlo—. Aunque me gustaría saber de cuál de nosotros estás celosa —la forma en que me mira mientras lo dice, como inclina el rostro y entrecierra los ojos, me pone nerviosa. La verdad es que me siento vulnerable frente a su mirada y no me gusta sentirme así.

Simplemente, no lo soporto.

— ¿Y eso qué importa? —Mi voz sale en apenas un susurro, revelando toda la vulnerabilidad que quiero ocultar.

—A mí me importa —responde Ahau con la voz también en un susurro, eliminando la distancia que hay entre ambos.

La ira se enciende en mí. ¡Lo escuché decirle a Lamat que yo era nada! ¡Que no significaba nada! ¡Él se lo dijo! Y ahora... ahora quiere hacerme creer que... ¡Quiere que me enamore de él!

Sus ojos se abren sorprendidos por la expresión de furia que pongo. Y quiero creerle, quiero confiar en él. No tiene ni idea de cuánto me gustaría creerle.

—No puedo hacerlo —susurro y me doy la vuelta.

— ¡Espera! —Corre unos pasos para alcanzarme—. ¿Qué cosa no puedes hacer?

—Creerte —digo sin mirarlo a la cara.

Ahau se queda quieto y en silencio, luego, después de lo que se sienten como años, acelera el paso y se pone a unos metros detrás de mí.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Muluc liderando el camino, luego yo y finalmente, Ahau. No sé si Muluc escuchó nuestra pelea, pero si lo hizo no dio muestras de ello. Nos esperó unos metros más adelante, sentado sobre una roca viéndose muy concentrado en la rama que tenía entre las manos.

Sin darme cuenta comenzamos el descenso por la quebrada, estoy tan acostumbrada a esto que no lo noto.

Ahau si lo hace y suspira al ver todo el trayecto que tenemos por delante.

—La única entrada siempre abierta es una cueva en el fondo de este barranco —explica Muluc aunque el guerrero no alcanza a formular la pregunta.

Al parecer sí que están estrechando sus lazos. ¿Por qué no conmigo? ¿Por qué no me incluyen en sus conversaciones? ¿Por qué mantienen esa actitud fría frente a mí, si realmente se están haciendo amigos?

Bufo de forma descarada.

— ¿Qué te pasa? —Pregunta Muluc a medida que desciende con cuidado por el camino.

Respondo con otro bufido.

— ¿Te volviste toro? —Se burla.

— ¿Qué tiene si es así? —Replico como una idiota.

—Creo que te prefiero hablando hasta por los codos que así —dice sin mirarme, yo me detengo un momento para replicar.

—Yo no hablo por los codos.

Ahau ríe al lado mío.

— ¡No lo hago! —Exclamo ofendida, el grito hace que pierda el equilibrio y caiga.

Escucho a ambos guerreros gritar mi nombre, pero no reacciono. No es como si fuera la primera vez que me pasa algo así.

Capítulo 29

Cierro los ojos y disfruto de este momento. Por supuesto que Muluc no sabe que he caído cientos de veces por los acantilados al no tener cuidado al caminar. Ciertamente, la primera vez fue aterrador, pero luego me di cuenta que bastaba con que me transportara a las sombras y podía volver a dónde me encontraba antes.

La segunda vez también me asustó y las primeras, al menos cinco veces, grité despavorida frente a la idea de que ahora sí que mis poderes no reaccionarían. Sin embargo, lo hicieron, funcionaron y me salvaron.

Luego de eso mi caminar se volvió más tranquilo, casi despreocupado frente al hecho de que no importaba la caída, podía salvarme de ella.

Un grito de Muluc me devuelve a la realidad y decido transportarme. Mi cuerpo se vuelve una voluta de humo negro y dejo de caer, en esta forma subo entre las sombras de las rocas hasta donde ambos guerreros me esperan.

Oh mierda. Pienso al ver la mirada de desesperación que ambos tienen en este momento. No tuve miedo al caer, pero creo estar profundamente asustada de ver la reacción de ambos al saber que estoy bien.

Muluc se va a enojar tanto que me lanzará de nuevo.

Si tuviera saliva y una garganta, tragaría.

Devuelvo mi cuerpo a Peumayen, entre los guerreros, justo donde estaba antes de caer. La mirada descompuesta de Muluc me asusta, sus ojos están tan abiertos y se ven tan oscuros que es como mirar por una ventana a la noche oscura.

En un segundo me encuentro entre sus brazos.

Su corazón late con tanta violencia que puedo sentirlo en mi cabeza. Me rodea con sus brazos y los mueve a lo largo de los míos y de mi espalda.

Esto es, infinitamente mejor que acariciar a Am.

El ladrido del animal me recuerda que no lo he visto en todo el día, como es un espíritu puede ir y venir a su antojo.

Vuelve a ladrar.

Creo que no le agrada que Muluc me toque, o Muluc en general.

—¿Estás bien? —Pregunta con preocupación y yo siento que la culpa me carcome por dentro, así que asiento en silencio.

—Estabas... —comienza a decir Ahau en mi espalda, volteo parcialmente—. Cuando caías... creo que te vi sonreír... —su expresión es una mezcla de alivio, preocupación y confusión.

—Ya... —me aclaro la garganta—. Ya me había pasado... —veo en los rostros de ambos

la sorpresa—. Algo así como una docena de veces —agrego de forma rápida. Siempre he sido de la teoría de que las confesiones se deben hacer como si nos quedaran solo cinco segundos de vida.

— ¿Ya te habías caído? —Es lo que pregunta Muluc, para mi sorpresa, no se ve molesto.

Asiento, pero como se queda en silencio, veo que espera una respuesta algo más completa por mi parte.

—La primera vez sí que me asusté... —comienzo a contar—. El sello tomó el control de mí y me devolvió a una zona segura, pero... lloré como una niña durante horas, estaba tan asustada... —sonrío.

— ¿Por qué nunca lo supe?

Y así de simple, con una pregunta corta, me hiere como al comienzo de esta aventura. Lo miro levantando una ceja, esperando que comprenda todo lo que pasa por mi cabeza en este momento, pero no es así. Me va a hacer decirlo en voz alta.

Suspiro y desvío la vista al fondo del acantilado, mientras, de forma distraída acaricio a Am.

— ¿Por qué lo haría? —Mi voz es apenas audible—. No creí que te interesara, jamás volviste... nunca... nunca volviste a dirigirte a mí, no después de cuando me llevaste al castillo y me dejaste a cargo de Manik —la vergüenza a medida que hablo crece de forma exponencial.

Todos nos quedamos en silencio.

Este se vuelve tan opresivo que termino levantando la vista para mirar a Muluc a la cara. Su expresión es tan dolorosa que me hace considerar si dije algo que podría haberlo herido, lo que sería realmente gracioso y cruel, sobre todo cruel. Infinitamente cruel.

Y sin decir nada más, se pone a caminar, tomo una respiración profunda y lo imito. Ahau lo hace pocos segundos después.

Ya es de noche cuando llegamos al fondo del acantilado. Veo como Muluc hace muecas por el dolor, se acomoda en una roca y se pone a revisar sus heridas. Las ganas de ofrecerme son muy fuertes, aunque no puedo hacerlo después de lo que le dije.

— ¿Cómo entramos?

Muluc apunta al muro de roca que tenemos en frente, Ahau sigue su mirada y se concentra en él. Lo veo pensar y repasar todo el lugar. Hasta que la ve. La puerta tallada en la misma roca de forma tan sutil que solo aquellos que la buscan pueden encontrarla.

— ¿Cómo la abrimos?

—No lo hacemos, esperamos que lo haga sola—Ahau va a replicar, pero no lo deja—. Es la única entrada conocida, aunque eso no significa que cualquiera que la conozca pueda entrar. De todos modos, al final es el castillo quien decide.

— ¿No puedes transportarte dentro? —Pregunta posando sus ojos en los míos.

Niego—. No, no se puede usar magia para entrar al Castillo Rojo.

—Pero sí al amarillo —murmura distraído, con la vista fija en la puerta.

—Es diferente —digo—. En un comienzo quizá todos los castillos fueron iguales, aunque eso quedó atrás. El Castillo Amarillo ha sido el más afectado por los humanos, tanto así que ha perdido cualquier cualidad que hubiera tenido.

— ¿Cualidad?

—Los castillos aman y odian —Am ladra a mi lado, para confirmar la idea—. Incluso pueden molestarse y no dejarte entrar. Han sido así desde el comienzo de su existencia, incluso el amarillo, no obstante, después de generaciones y generaciones de personas que solo lo trataron como un castillo, hasta él debe haber comenzado a creerlo.

— ¿Cómo sabes tanto?

—Lo he... leído en los libros de la biblioteca —confieso avergonzada.

— ¿Alguna vez has vivido algo de lo que has leído? —La pregunta de Ahau me toma por sorpresa, y sé que sabe la respuesta incluso antes de que yo la diga.

—No... hasta ahora —admito—. Sí, salía del castillo y muchas cosas Onza me las explicó...

— ¿Nadie más?

Inclino mi cabeza para mirarlo, de reojo noto que Muluc está dormido, el esfuerzo debe haberlo dejado agotado. Devuelvo mi atención al Sol, entrecierro los ojos. A veces se vuelve doloroso mirarlo, su poder crecer a cada segundo, no por nada es el líder de todos los guerreros.

—Soy la muerte —va a decir algo, sin embargo, no lo dejo—. Nadie me quiere de su lado, a lo largo de la historia hemos sido ermitaños, si fuimos buenos, o sociópatas, en el caso contrario. Entiendo que no confíen en mí, especialmente Muluc.

— ¿Por qué?

Ahí me doy cuenta que hablé más de lo debido. Miro a Ahau con miedo, sabe que soy el Enlazador de Mundos, pero no hasta donde he llevado mi poder. No quiero que sepa que soy una asesina.

— ¿Qué pasa? —Su voz se vuelve un susurro, algo que hace mucho en el último tiempo.

Me va a odiar.

La idea de ver en sus ojos miedo o asco hacia mí, me aterra.

La puerta del castillo brilla, marcando el borde que era apenas visible y diseños que antes no notamos. Los cinco sellos rojos brillan en la parte más alta. De reojo miro a Ahau y veo la sorpresa en su mirada, suspiro aliviada.

Me acerco a Muluc, quien duerme profundamente. Considero acercarme y tocar su hombro para despertarlo, pero me detengo en el último momento. Su primera reacción será asustarse, incluso atacarme como aquella vez en su cuarto. Algo en el aura que me rodea lo pone en alerta, su instinto le dice que se mantenga alejado de mí, como a los animales.

—Despiértalo —ordeno con voz monocorde, tragando una molestia en mi garganta—. Iré por Manik, él curará las heridas de Muluc.

Antes de que me responda tomo la bolsa con la que cargué a lo largo del viaje y me adentro en la conocida oscuridad del Castillo Rojo. Ahau dice algo a mis espaldas, se escucha como un grito o un ruego, pero lo ignoro.

No es la primera vez que entro en la oscuridad, las otras veces lo hice sin estar apenas preparada. Ahora sé lo que se esconde en ella, me siento casi a gusto en la oscuridad, cuando dejo de ser, cuando mi existencia se desvanece en susurros perdidos, en sueños olvidados.

Hay algo liberador en perderse. La rendición es deliciosa, es atrayente, me llama como la luz a un insecto.

Capítulo 30

Parecería que la puerta se cerró después de que entré, pero sé que no es así, incluso cuando soy absorbida por la oscuridad. Cierro los ojos y camino, me es mucho más fácil de esta manera.

Inhalo con fuerza y el olor característico del castillo me invade. Huele a humedad, a tierra y a viejo.

Una brisa me recorre, es cálida y tiene un aroma a pan recién hecho. Mi estómago ruge. Abro los ojos ya sabiendo lo que voy a encontrar.

Me encuentro en medio del hall principal. El suelo tiene un mosaico con los cinco sellos rojos y la luz del sol entra por los vitrales, imposibles de ver desde afuera, llenando todo de colores rosados, verdes y azules. Doy un paso decidida a encontrar a Manik, aunque este aparece de inmediato.

Su mirada se posa en mí solo unos segundos, luego pasa de largo hacia donde se ve la puerta abierta, es sorprendente que haga eso, considerando que es ciego. Ahau está despertando a Muluc y mira hacia aquí, pero sé que solo ve oscuridad.

—Muluc... —comienzo a decir.

—Lo sé —me interrumpe y sale del castillo, dejándome con la palabra en la boca.

Lo veo irse, con su cabello corto comenzando a crecer, cuando me fui lo llevaba tan corto que no se notaba el color rojizo, muy similar al mío. Sé que lo oculta, el parecido entre ambos. Cabello rojo, piel blanca, baja estatura y ojos verdes. Somos de la misma especie y por algún motivo eso le avergüenza.

Quiero ir con él y asegurarme que cure a Muluc, aunque es ridículo. Jamás se abre cuando estoy con ellos. Lo mejor que puedo hacer es ir a mi cuarto y dejar que Muluc haga las presentaciones correspondientes. Algo duele en mi pecho. Me fundo con las sombras y viajo a mi cuarto. No se puede usar magia para entrar al castillo, pero sí una vez que ya estás dentro. No tengo intención de ponerme a caminar entre los intrincados pasillos, que a veces juraría que cambian de posición.

Entro al cuarto en el que he vivido durante cinco largos años, un quejido escapa de mis labios y me lanzo a la cama. No lloro, no hago una pataleta, solo me quedo en silencio y respiro de forma profunda, llenando mis pulmones y vaciándolos. Acomodo la almohada bajo mi cabeza y sin darme cuenta me quedo dormida sobre la ropa.

Un cosquilleo me despierta y por un segundo, un segundo de pura y llana estupidez, considero que es Am acariciándome con su nariz pequeña y húmeda.

Luego me ilumino. Am no puede entrar al castillo como tampoco puede hacerlo Onza.

Abro los ojos y me encuentro con un par de oscuros y enormes ojos frente a los míos. De

alguna forma la oscuridad de sus ojos me es tan familiar como la del castillo.

— ¿Qué haces aquí? —Pregunto con voz ronca, al mismo tiempo que me siento en la cama. Ahau se hace a un lado, ya que estaba sobre mí. Quedamos ambos sentados uno junto al otro. Me recuerda aquella mañana en el Castillo Amarillo.

—Teníamos una conversación pendiente —mi estómago cae en picada. Rogué porque lo hubiera olvidado, pero ya debería saber que mis ruegos van a una olla sin fondo—. Sé que te acuerdas. Le pregunté a Muluc...

Abro mis ojos sorprendida, sintiendo como toda la sangre de mi cuerpo migra a mis pies. Un frío me recorre la columna, arriba a abajo y de vuelta. Mi respiración se hace pesada y me dedico a buscar en sus ojos algo que me diga lo que piensa.

—No me lo dijo —frunzo el ceño—. En serio —agrega y mi corazón vuelve a latir—. Quiero saberlo.

—No —digo poniéndome de pie, pero Ahau me toma del brazo y hace que caiga sobre mi trasero en el colchón—. No me hagas decírtelo —pido cubriendo mi rostro.

—No entiendo qué puede ser tan malo como...

— ¡Maté a soldados! ¡Los maté a sangre fría! —Grito con desesperación. La verdad sale de mis labios con una fluidez que me sorprende. Desde ese momento el resto sale como si no fuera mi secreto más oscuro. Ahau me escucha en silencio, sin reaccionar frente a todo lo que describo, incluso cuando digo sobre mi sed de sangre. Sobre el deseo de matar que me domina a veces.

—No fue... —se interrumpe ante la mirada que le lanzo—. Cimi... —suspira—. No es... no cambia...

—Tu incapacidad para generar una idea coherente es bastante explicativa por sí sola.

—No es cierto, no lo digas de esa forma —replica.

—Soy una asesina.

—También los guerreros amarillos que cazaron a los otros. También los soldados que te hubiesen matado si tú no lo hacías primero.

— ¿A eso hemos sido degradados? —Pregunto con furia—. ¿A una lucha por quién mata antes que el otro? ¿Debo sentirme bien por ser la asesina y no la asesinada? ¿Acaso no lo entiendes? —La desesperación se cuele en mi voz y suelto todos los pensamientos que estuve almacenando por años—. Esto nunca va acabar. Cuando liberemos a los guerreros se querrán vengar de los amarillos y volveremos a estar como ahora, salvo que al revés y quizá unos años después ocurra que los amarillos se den cuenta de lo que pasó y quieran revertirlo. Esa es la historia de los guerreros —me pongo de pie y camino, dándole la espalda—. ¡Ese es nuestro legado! Todas las guerras en Peumayen ocurren por nosotros. Somos los responsables de todos los males que afectan a este mundo.

Mi voz pierde intensidad a medida que hablo hasta terminar en algo similar a un gemido,

cubro mi boca con ambas manos para contenerlo, pero soy consciente que Ahau lo escuchó. La idea de que quizá me abrace aparece en mi mente. ¿Qué debo hacer si lo hace? ¿Debería quedarme quieta? ¿Corresponderlo?

No obstante, Ahau permanece en silencio. Volteo y una bola de decepción se asienta en mi estómago, sigue sentado en la cama y ni siquiera mira en mi dirección.

—Eres fuerte —es lo único que dice y aunque no es una pregunta la tomo como tal.

—Sí, mucho.

—Debes pelear, puedes inclinar la balanza de forma notoria —no me mira cuando habla, su vista queda fija en el suelo. En ese momento veo al príncipe y futuro heredero del Reino del Huilli, aquel que fue entrenado para hacerse cargo de problemas de este tipo.

—Por supuesto que querrán que pelee. Después de todo, puedo matar a todos nuestros oponentes con solo desearlo —Ahau levanta la vista ante el tono de asco que hay en mi voz. No es tan cierto como lo que acabo de decir, ya que para hacer algo así necesitaría de más energía de la que es capaz de almacenar este cuerpo. Sin embargo, en teoría, podría hacerlo.

— ¿No quieres? —Hay sorpresa en su expresión, como si jamás se le cruzara la idea de alguien podría no querer usar sus poderes.

— ¿Quemarías a todos los que se te opongan solo porque puedes? —Contraataco—. ¿Quemarías todo un bosque porque te tapa la vista? El que tengamos estos poderes no significa que debemos usarlos. Hay una gran diferencia entre ser capaz de controlar tu sello y ser un verdadero guerrero. El segundo sabe cuándo hacer uso de sus poderes y siempre preferirá la vía pacífica para lograr los medios.

—La vía pacífica es una forma de alargar la espera de la batalla —dice.

— ¿Qué sabes tú de batallas? —Escupo y me arrepiento de inmediato, por la forma en que su expresión cambia—. Lo... lo lamento —parte de mi garganta quema al decir estas palabras.

—Olvidalo —se pone de pie y camina hacia la puerta.

Mi cuerpo reacciona antes y lo tomo del brazo, como él hizo conmigo momentos antes. Su expresión es de puro asombro, como si no me creyera capaz de hacer algo así. La verdad es que tampoco yo me lo creo, mi cerebro trata todavía de buscar una explicación frente a mi reacción, pero mi boca se adelanta.

—No podemos olvidar —si pudiera me sonrojaría en este momento—. Eso es lo que nos trajo a este momento. Olvidamos cómo debían ser los guerreros. Las personas olvidaron las razas azul, roja y blanca, además de la existencia de las criaturas mágicas. Los humanos olvidaron que son invitados en este mundo, no sus dueños. Todos olvidamos que pertenecemos a Peumayen, no al revés —hago una pausa mientras ordeno las ideas—. Olvidar es lo peor que podemos hacer.

Mi vida ha estado llena de momentos sorprendidos, buenos y malos, en su mayoría malos, en realidad, no recuerdo sorpresa alguna que haya sido buena.

Hasta ahora.

Hasta este momento en que Ahau pone su mano en mi nuca y me atrae hacia él.

Sus labios son suaves y calientes, aunque todo en Ahau tiene esa temperatura. Su mano en mi nuca parece quemar a través de mi cabello, la cercanía de su cuerpo calienta el mío y su aliento es como si viniera del centro de la tierra.

Mi asombro es tal que por un momento no reacciono del todo. No es mi primer beso, antes de quedar huérfana tuve algo con unos conocidos, pero durante estos últimos cinco años este es el primer contacto humano que tengo a esta profundidad.

Su lengua roza mis labios y por puro instinto abro la boca.

¡Dioses!

Con los demás niños jamás llegamos a este punto. Mi lengua corre a su encuentro y ambas chocan, cuando lo hacen, la otra mano de Ahau me toma de la cintura y me acerca a él, pegando mi cuerpo al suyo.

Estoy a punto de explotar. Siento como ardo en estos momentos, si alguien me dijera que me encuentro en medio de una hoguera no lo dudaría. Mi piel vibra ansiosa, el sello en mi cuerpo también.

Una vez leí que los boquis, las pequeñas enredaderas que rodean los sellos, se mueven cuando el guerrero se encuentra en un estado de excitación. Me pregunto si se estarán moviendo.

Ahau profundiza más el contacto y un gemido escapa de mi boca para perderse en la suya. Sus brazos se ponen tensos y retrocede de golpe con una expresión de susto. El miedo me invade en ese momento, considerando todas las cosas que podría haber hecho mal como para que se alejara.

Se mira las manos y dentro de mi nebulosa mente noto algo, un vapor sale de su piel. Voy a hacer un comentario, levanto mi mano para apuntarlo y me doy cuenta de que también sale vapor de mi piel.

Estamos ardiendo, literalmente.

—Tu sello se salió de control —digo, aunque sé que él está consciente de ello.

—Nunca me había pasado —murmura.

En un comienzo no entiendo, tiene el sello hace muy poco y es la primera vez que nos besamos, luego, la comprensión llega como un balde con agua helada, muy helada. Habla de Lamat, a ella si la ha besado y de esta forma, quizá más. Es posible que mucho más por la forma en que me besó ahora.

Solo soy el reemplazo de Lamat.

Me obligo a mantener una expresión neutral, no quiero que sepa que apenas se vaya me pondré a llorar como un bebé. No quiero que sepa el daño que me ha hecho con esas palabras.

—Soy fuerte... —mi voz se quiebra levemente, me aclaro la garganta y sigo—. Se supone

que los veinte somos iguales, pero algunos son más iguales que otros. El sello del Enlazador de Mundos es un sello que te marca, cambió mi... cuerpo —mantengo ese pensamiento alejado de mí, es lo único en lo que me falta pensar como para ponerme a llorar. Pestañeo más rápido al notar que mis ojos se humedecen. Incluso Ahau lo nota, pero se mantiene en silencio—. Es posible que sea por el choque de dos sellos demasiado fuertes... además no eres capaz de controlar del todo tu poder, eso sumado a mi sello... se sale de control —explico con rapidez, aunque insegura de las palabras que digo. Lo único que quiero es que se vaya.

Un golpe en la puerta nos sobresalta, pocos segundos después aparece Muluc en la entrada. Es la primera vez en cinco años que viene a mi cuarto y es en el peor momento durante esos cinco años.

— ¿Qué haces aquí? —Pregunta, entrando por completo al cuarto.

—Teníamos que hablar —replica Ahau.

— ¿De qué?

—No te incumbe.

—Por supuesto que sí.

— ¿Por qué? No es nada de ti.

Miro de uno a otro mientras el intercambio de palabras se produce, me siento especialmente ofendida por la forma en que hablan de mí como si no estuviera, pero en gran parte lo que siento es alivio porque Ahau se está centrando en otra persona que no soy yo. Además, por la forma en que una sonrisa aparece en los ojos de los guerreros, sé que mucho de lo que dicen es en broma.

—Olvídalo —Muluc rueda los ojos—. Manik quiere que hablemos entre todos. Hay bastante que discutir.

Asiento, luego Ahau sale de mi cuarto unos metros detrás de Muluc. Me tomo estos momentos para respirar, después, los sigo en silencio.

Capítulo 31

Camino detrás de ambos guerreros sintiéndome como la mierda. Una bola sube y baja por mi garganta, dándome ganas tanto de vomitar como de llorar al mismo tiempo. Llevo tanto obligándome a estar alejada de Ahau, evitar sus miradas y sus intentos de acercarse a mí porque sabía... ¡Eso es lo peor! ¡Siempre supe que a quién quería era a Lamat! Y aun así dejé que me besara, y si no hubiésemos estado a segundos de la combustión espontánea, no nos hubiésemos detenido.

Anhelaba tanto un contacto humano, cualquier tipo me hubiera bastado. Un abrazo, que me tomara la mano... un beso era más de lo que siquiera me había permitido soñar y esperar de su parte. Mucho más.

Un gemido escapa de mi boca, levanto la mirada y me fijo en la espalda de Ahau que está justo frente a mí. No sé si todo el tiempo ha estado tenso o se puso así ahora. Quizá se debe estar arrepintiéndome.

Mi estómago se revuelve de forma descontrolada.

Quiero vomitar.

Por suerte la puerta que lleva a la habitación que Manik ha tomado como despacho aparece frente a mí, un suspiro de alivio sale de mis labios.

Estoy hecha un desastre.

Manik se pone de pie cuando nos ve entrar, apunta hacia unos pequeños sillones donde nos acomodamos. En ellos ya se encuentra Men, la guerrera del Águila, con el poder de las ilusiones. Es alta y delgada, sus cabellos son de color miel y sus ojos de un castaño claro. Siempre me ha dado la sensación de que es como un árbol alto y firme, con sus raíces muy profundas, pero sin hojas. Es un enorme árbol seco.

Manik hace las presentaciones respectivas, tanto Muluc y Ahau se sientan en un sillón grande donde ya se encontraba Men, mientras que, Manik se sienta en el sitial que está al frente. Considero sentarme entre ambos guerreros, aunque me arrepiento y termino quedándome de pie, como una idiota.

Ahau levanta la vista y la posa en mí, yo desvío los ojos y miro el suelo.

Ya dije, como una idiota.

—Muluc tiene la intención de llamar a las tztitmitles para pedirles que nos den la localización de la isla Haru Jauje —me sobresalto un poco y cierro los puños.

—Fue idea de Cimi —dice él, no obstante, Manik lo ignora y sigue hablando como si nada. Miro a Muluc, pero este no lo hace. Ya no tiene heridas, su piel ha recuperado su color y se mueve con la misma naturalidad de antes.

Sin darme cuenta sonrío un poco, pero mi mejilla duele porque todavía tengo la herida que

me hice al caer de cara a la tierra. No es la única herida que tengo, tampoco.

Mi sonrisa muere en ese momento. Manik jamás me ha curado usando sus poderes, nunca se lo he pedido ni él me lo ha ofrecido. Ni siquiera cuando volví, después de pasar dos semanas perdida en el quinto mundo, llena de heridas y hematomas.

—No creo que sea la mejor idea, sin embargo, al parecer no tenemos muchas otras opciones. Lo mejor será intentarlo hoy al anochecer, jamás he llevado a cabo el procedimiento, pero creo que puedo hacerlo a la perfección.

El resto de la conversación es sobre el procedimiento a seguir una vez que sepamos la localización de la Carcerem. En mi mente seríamos todos, nosotros cinco, quienes iríamos a rescatar a los guerreros. No obstante, Manik tenía otro plan en mente. Dijo que alguien debía quedarse en el castillo y preparar todo para los recién llegados. Todos guardamos silencio, hasta que lo interrumpo.

—Me parece más importante que los saquemos de aquel lugar a que les tengamos una cama cómoda donde puedan descansar aquella noche.

—Eso lo dices porque toda tu vida has dormido en una cama cómoda —la forma en que lo dice, como si fuera una niña pequeña a la que menosprecia porque no tiene idea alguna de cómo funciona el mundo de los guerreros, me ofende.

—Llevan años encerrados en una prisión, en mi opinión lo que quieren es dormir al aire libre. Además —digo antes de que me interrumpa— tardaremos días en llegar de la costa al Castillo Rojo, no tiene sentido lo que quieres hacer.

Manik se pone de pie, desafiante y me enfrenta, enderezo el cuerpo y cierro las manos en puños, controlando el leve temblor que aparece en ellas. Aunque sea ciego y no pueda verme, siempre me he sentido incómoda mirándolo a sus blancos ojos, como si, después de todo, aun pudiera verme.

— ¿Tú qué sabes sobre lo que alguien encerrado puede querer?

—Llevo cinco años encerrada aquí, en este castillo húmedo y oscuro —digo entre dientes—. Y he pasado semanas perdida en la niebla del quinto mundo. Llevo toda mi vida encerrada en muros, en mundos... ¡En mí misma!

No sé de dónde salieron esas palabras ni qué pasó por mi cabeza cuando las dije, grité, pero no me arrepiento. La ira es un sentimiento que durante el último tiempo ha crecido en mí de forma exponencial. Antes era un puñado de miedo y vergüenza, ahora, gran parte de eso ha florecido a ira pura y ciega.

No soporto este mundo. No soporto a los guerreros ni a las personas. No merecemos lo que tenemos, no tenemos lo que merecemos. No nos respetamos. No confiamos. No amamos.

Veo que Manik va a responder y una parte de mí, está segura de que sus siguientes palabras serán dolorosas, así que me doy media vuelta y salgo de este lugar. La puerta se azota cuando me

voy.

Corro.

Corro entre estos intrincados pasillo que más de una vez han sido los responsables de acabar en un lugar que no era al que planeaba ir, pero de alguna forma, esta vez, al menos esta vez, me llevan a la biblioteca. Abro las puertas dobles con ambas manos y estas se golpean con los muros, para luego rebotar y volver a cerrarse.

Me quedo sola entre páginas y páginas de historia, información, mensajes, poemas y cantos. Me quedo entre las palabras de personas muertas y me siento feliz. Como guerrera de los muertos sus palabras siempre llegan a mí, puedo ignorarlas gran parte del tiempo, pero a veces se sale de control. En los libros, yo tengo el control. Yo decido quién habla y quién calla.

Un sollozo sale de mis labios, luego un gemido, para terminar explotando en un llanto descontrolado. Aparece en mi pecho el deseo de destruir todo, de ponerme a lanzar los libros de un lado a otro, de destruir las estanterías y cada ejemplar que hay en este lugar. Amo estos libros con toda mi alma, me han acompañado durante años, pero ahora que sé lo que es el contacto con seres vivos me siento estafada.

Hay cosas que los libros no pueden reemplazar.

Ninguna descripción, por buena y naturalista que sea podrá equiparar el beso que Ahau me dio, ni como mi cuerpo temblaba o su calor me envolvía, haciéndome creer que en cualquier momento me convertiría en una supernova y explotaría, acabando con todo.

Siempre he creído que así terminaría, pero si fuera por un beso, una parte de mí cree que no es un mal final, después de todo.

Hay finales peores, mucho peores. Casi todos los Cimís que han existido han tenido un final terrible. Mi maestro, el muy bastardo que se lanzó de un acantilado para que yo obtuviera el sello es un buen ejemplo. Onza no me ha dado los detalles, pero según él, murió en medio de una explosión, con su pelaje quemado y su piel roja e inflamada. En estos libros hay finales de Enlazadores de Mundos que han terminado locos, por lo que tuvieron que asesinarlos, algunos a quemarropa, sin miramiento alguno, pues el poder de estos era demasiado. Hay muchos suicidios entre nosotros, muchos asesinatos y algunos que el poder los ha consumido de tal forma que se los terminó llevando en cuerpo y alma al quinto mundo.

¿Qué tan idiota de mi parte será pedir vivir una vida larga y en paz?

¿Qué tan ridícula soy por luchar por eso?

No peleo por acabar con los amarillos, no peleo para devolver a los guerreros a su antigua gloria, ni a las criaturas mágicas. Peleo porque quiero vivir en paz, quiero un Peumayen donde pueda ser lo que soy, con aletas o piernas, con un sello en mi cadera y que nadie sienta el deseo, el impulso irracional de matarme por el simple hecho de ser lo que soy.

—Cimi —la voz de Muluc me sobresalta, pues no me esperaba encontrarlo. Su expresión

me busca en la penumbra de la biblioteca y me encuentra en el medio de la alfombra, de espaldas. No puede ver mi rostro, pero sabe que he llorado—. ¿Quieres...?

—No sé qué quiero —digo interrumpiéndolo.

—Eso no es cierto.

—No, no lo es —acepto, no me levanto de esta posición a la que llegué sin saber cómo y Muluc lo entiende, se acerca y se sienta a unos pocos centímetros—. Quiero saber por qué me odiabas tanto. Quiero saber qué les he hecho cómo para que me traten de esta forma. Quiero... quiero que alguien me quiera, quiero ser abrazada... lo quiero de una forma tan desesperada que debo ser el ser más patético que exista en el mundo, pero quiero que me amen. Quiero recordar lo que se siente saber que una persona está dispuesta a todo por ti, incluso a dar su vida —la imagen de mis padres aparece en mi mente con una nitidez que hace mucho no tenía—. Quiero saber que voy a vivir, que no seré otro más de los muchos guerreros de la muerte que han perecido porque se les ha obligado a usar su poder más allá de lo que deberían. Quiero paz, no quiero tener que seguir usando mis poderes para herir a las personas. Quiero que alguien me diga por qué no tuve el poder de dar vida, en vez de quitarla o por qué tengo el poder de ver a los muertos, mas no de ver los sentimientos. Por qué me transformo en sombras y no en luz. Quiero que me expliquen qué tan malo hice en esta vida para que alguien decidiera darme toda esta responsabilidad.

Me quedo en silencio y Muluc también, por un momento creo que considera la posibilidad de abrazarme, pero se arrepiente y me alegra. Un abrazo por compasión es incluso peor que ningún abrazo y él lo sabe. Paso ambas manos por mi rostro, eliminando las lágrimas que ahora parezco incapaz de dejar de derramar y, en ese momento lo siento, siento la presencia de alguien detrás de la puerta que Muluc dejó abierta.

Ahau escuchó toda mi perorata de lo que quiero y sigue escondido. En el mundo ideal al que siempre me iba cuando la realidad me superaba, él hubiese entrado y me hubiese besado otra vez, esta vez sin decir algo estúpido al final. Y lo hubiese dejado, hubiese dejado que me besara hasta que ardiéramos en llamas y nos lleváramos el mundo con nosotros. Porque no le debemos nada y él nos debe todo.

Sigue escondido y ese conocimiento arde en mi pecho, mi corazón se contrae y mi cuerpo siente más frío del que he sentido desde que soy la muerte. Porque siempre he tenido frío, toda mi vida se resume en tener frío... hasta él, con Ahau fue la primera vez que tuve calor en los últimos cinco años. Al obtener el sello creí que había perdido toda calidez, que el sol ya jamás podría calentarme, pero lo hizo y eso fue lo peor, porque no está dispuesto a volver a hacerlo.

—Sé que estás escuchando —mi voz suena ronca y se quiebra al final, aunque ya no me importa. No tiene sentido, después de todo—. Sé que escuchaste lo que dije.

Lo que se siente como horas después, decide salir de su escondite y entrar a la biblioteca. Sus ojos me encuentran de inmediato, incluso al estar en el suelo y la habitación en penumbra.

—No puedo darte lo que quieres —dice, y un nuevo gemido escapa de mis labios, me pongo a llorar y escondo el rostro entre mis rodillas y manos.

—Lo sé —digo entre hipidos—. Lo sé.

Capítulo 32

Hace un frío de mierda. Anocheció un par de horas atrás y nos encontramos en la cima más alta y cercana que hay a la entrada del castillo. El viento que corre se mete hasta mis huesos y me congela. Mis labios tiemblan, junto con todo el resto de mi cuerpo, a punto de convertirse en hielo. Honestamente, ya ni siquiera estoy segura de tener dedos o nariz, es posible que se hayan caído y se encuentren a mis pies.

—Ya sabes... yo puedo —murmura Ahau a mi lado, pero me mantengo con la vista al frente, donde Manik y Muluc mantienen una conversación—. No me odies —susurra.

—Si es lo que quieres —respondo con una tranquilidad que siento solo porque el resto de mi cuerpo está entumecido, él nota el sarcasmo en mi voz y se encoge.

—No creo que lo logre —la voz de Men a mi lado me sorprende. Volteo a verla y noto en su expresión un rastro de desconfianza.

—¿Por qué lo dices? —Pregunto, acercándome a ella.

—Las estrellas —no me pasa desapercibido que usa el nombre humano— escogen a quiénes hablarles. Escogen a los amantes de la noche, a las criaturas oscuras, a los desesperados y a los héroes que aprueban. No todos son de su agrado, y si no lo eres... lo mejor es que no respondan —levanta los hombros.

Me quedo en silencio. Siempre pensé en Men como una fiel seguidora de Manik y de todas sus ideas dementes y sin sentido. Si él me ignoraba, ella lo hacía. Si me regañaba por reír, las pocas veces que lo hice, ella me miraba con mirada reprobatoria, como si lo apoyara. No me es fácil aceptar el hecho de que de la nada parezca dudar de él.

—No confías en mí —dice con una sonrisa en su rostro.

—No —respondo sin dudar—. Jamás me diste alguna señal de que podía hacerlo.

Asiente con una expresión entre divertida y avergonzada.

—Supongo que así es.

Se queda en silencio y con la vista al frente, la imito.

—Así que no crees que Manik sea del gusto de las tzitzitmitles —no es una pregunta, solo formalizo en palabras lo que dijo momentos antes.

—Lleva toda su vida escondiéndose en el Castillo Rojo, donde las estrellas no pueden verlo. Ellas no lo conocen y no creo que sea de su agrado lo poco que han visto de él.

Quiero preguntarle a qué se refiere, qué es lo que sabe sobre el pasado de Manik que puede ser tan malo como para que las tzitzitmitles no lo tengan en consideración, pero no alcanzo a hacerlo, pues en ese momento Muluc se acerca a nosotros sin decir palabra alguna.

Aguantamos la respiración.

Manik levanta la vista al cielo, como si pidiera un deseo, pero su cuerpo está recto y su

mandíbula en alto incluso cuando la baja. No puedo definir con claridad lo que me parece extraño, pero hay algo en la forma en que está que no me parece adecuada. Debería ser una posición humilde, sin embargo, el guerrero parece estar reclamando algo en vez de estar pidiéndolo.

Esperamos durante varios minutos en que nada pasa. Muluc a mi lado se relaja un poco, sé que dijo que su experiencia con las criaturas del cielo jamás había llegado a pasar, pero ahora me temo que haya sido todo una mentira.

Seguimos en silencio, aunque todos ya sabemos que no vendrán.

Manik camina furioso en mi dirección, con una precisión casi imposible para una persona ciega.

— ¡Te dije que me parecía una idea estúpida! —Grita en mi dirección, sin siquiera verme gira su rostro hacia mí. Es aterrador.

En vez de gritarle o salir corriendo, como hice en la mañana, hago algo completamente diferente. Camino hacia donde él momentos antes se encontraba e intento llamar a las tzitzimitles por mí misma, escucho a Manik bufar y decir algo de que si no lo escucharon a él, menos lo harán conmigo, pero lo ignoro.

Inclino mi rostro y susurro las palabras secretas, palabras en nuestro idioma original, antes que llegara el hombre con sus palabras y sonidos.

—Eymün peimün —mi voz es suave, tanto que apenas puedo escucharla en esta silenciosa noche. Mantengo mi rostro inclinado y mi cuerpo relajado, rogando internamente porque me concedan este favor.

En mi mente han pasado horas, pero sé que solo han sido unos momentos, hasta que un grito ahogado llega a mí. Desvío la vista y noto que proviene de Men, quien está con la vista fija en el cielo. La imito y mi sorpresa es enorme al darme cuenta de que las estrellas comienzan a caer.

Todos esos puntitos brillantes se mueven, dejando una estela detrás. Como si el cielo se cayera, y de cierta forma, creo que lo hace.

La noche se vuelve más clara a medida que las tzitzimitles se acercan, tanto que se siente como si fuese el sol quien se acercara a gran velocidad. Cierro los ojos y cubro mi rostro con ambas manos, esperando el impacto, esperando por ese momento que llevo más tiempo deseando de lo que me gustaría admitir.

Nada pasa.

Abro los ojos y frente a mí se encuentra la tzitzimitl más brillante de nuestro cielo, he leído sobre ella en el pequeño diario de la dama blanca.

—Sirio —murmuro y la criatura asiente en mi dirección. Es alta y delgada, más que delgada, es un esqueleto cubierto solo por una capa de piel grisácea y con hematomas azules y verdes. Su cabello es largo y plateado, le llega hasta el suelo y varios metros por detrás.

Sus ojos... sus ojos no están, solo son cavidades oculares vacías, oscuras y profundas, como una noche sin estrellas.

Levanto la mirada y así es, exactamente, como está la noche.

—Me has llamado —dice, tardo en darme cuenta que su boca no se mueve, solo un poco casi imperceptible, pero su voz llega a mí con nitidez, como si viajara con el aire.

—Sí —admito, tontamente—. Necesito tu ayuda.

Su rostro adopta una mueca divertida, lo que me parece escalofriante. Se queda en silencio, animándome a continuar.

—Necesito que nos ayudes a encontrar la isla Haru Jauje —digo, antes de que la poca valentía que siento se evapore—. Tú puedes ayudarnos, ¿cierto?

Asiente, moviendo de forma lenta su cabeza, pero no habla. De alguna forma extraña siento como si posara sus inexistentes ojos en mí y me mirara de la forma más profunda que alguna vez alguien haya hecho. No solo ve mi cuerpo, si no que mi mente, mi alma, mi pasado y, quizá, solo quizá, mi futuro.

—Enlazadora de mundos —dice y su voz aunque clara y nítida, se siente tan ajena a este mundo que la creo capaz de generar terremotos—. Recuerdo los días en que los guerreros luchaban juntos por el bien de Peumayen, por desgracia recuerdo con más claridad los días en que estos peleaban entre ellos por el poder. ¿Me puedes asegurar que eso no va a volver a pasar si te ayudo a liberarlos?

—No —la respuesta escapa de mis labios antes de que me dé cuenta y sé que creo en lo que acabo de decir con una certeza dolorosa—. No puedo asegurarte eso —admito.

—Dame una razón por la que deba ayudar.

Me quedo en silencio. Desvío la vista hacia los demás, Manik mira en mi dirección con odio en sus blancos ojos, pero luego Sirio también lo mira y el miedo se cuela en su mirada, de alguna forma debe percibir la mirada de la estrella. Veo a Men, quien nos observa con curiosidad y miedo, más curiosidad. Ahau me mira a mí, no a Sirio o las otras tzitzitmitles que lo acompañan, como si yo fuera realmente lo sorprendente que hay en este lugar y no estas criaturas.

Muluc no está.

—Porque tenemos que intentarlo —murmuro, aun mirando a Ahau. Hago una pausa y devuelvo la vista a Sirio, él también lo hace—. ¿No sería peor que jamás tuviéramos la oportunidad de probar que podemos ser mejores? No puedo... no puedo asegurar que lo lograremos, no puedo hablar por todos los guerreros, ni siquiera por los que conozco, pero... tenemos que intentarlo. Al menos te aseguro que yo lo haré, intentaré mantener Peumayen en paz. Cuidaré de las personas...

— ¿A cualquier costo? —Dice, y algo en la forma en que lo hace me asusta. ¿Cuál es el precio que tengo que pagar por las palabras que estoy a punto de formular?

Un temblor me recorre y me pregunto si podría simplemente decirle que no, pero la respuesta me llega de inmediato. No, no puedo. Sirio quiere que me comprometa. Quiere asegurarse que al menos un guerrero, el de la muerte, le prometa que luchará por el bien de los demás, incluso por sobre su vida, como creo que es.

—Sí —mi barbilla tiembla en el momento en que lo digo. Mantengo mi frente en alto y mis ojos fijos en los suyos ausentes, mientras, algo dentro de mí se quiebra y cae.

Capítulo 33

Ordeno mis cosas en silencio, aseguro la mochila que me dieron con mi ropa dentro, *El Libro de los Sellos y Sobre criaturas y lugares peumayinos*. Ya me los he leído, pero me siento mejor llevándolos conmigo. Hace unos momentos fui a la cocina por las provisiones que llevaría, las meto en la parte superior. Reviso mi cuarto, buscando algo más que deba llevar, sin embargo, no encuentro nada. Mi vida no está dentro de este lugar, ni en objetos, ni siquiera en las páginas de mis libros.

No tengo idea de dónde se encuentra.

— ¿Lista? —Dice Muluc, golpeando mi puerta.

Asiento distraída. Al final, Sirio accedió a ayudarnos, lo que no sé es si lo había decidido desde antes o lo hizo cuando acepté todas las consecuencias. Tampoco es que quiera pensar especialmente en eso, todavía siento un malestar en mi estómago cuando lo recuerdo.

El plan es simple, Sirio, al ser la tztiztmitl más brillante de la noche, por ende, la más fácil de encontrar, se ubicará en el cielo siempre en la dirección a la que debemos ir para llegar a la Carcerem. Por tierra nos llevará a la costa más cercana a la ubicación actual y por agua, evitará que andemos a la deriva.

El único problema es que estamos obligados a viajar de noche. A Muluc y Ahau, sobre todo Ahau, les molesta la idea de viajar de noche. En lo personal, me agrada. En la oscuridad soy más libre, me es mucho más fácil fundirme en las sombras en caso que tengamos que hacer una huida. Soy más fuerte lejos de los rayos del sol, ambos soles, para ser honesta.

— ¿Quieres hablar?

Me río, una risa seca y falsa que provoca en él una mueca.

—No puedes decirlo en serio —murmuro sin mirarlo—. ¿Viste lo bien que salió la última vez? Creo que estabas ahí.

—Cimi... ya te pedí perdón por... todo.

Golpeo el bolso en la cama, botando un par de cosas que tenía en ella y lo miro con una expresión profunda de furia.

—Ese es el problema —digo entre dientes, conteniendo el grito que quiere salir de mí—. No sirve, no cambia esos años de... soledad, de dolor... ¿Acaso no lo entiendes? Ya no puedo... —las palabras se enredan en mis labios—. Ya no soy normal... cualquier rastro de normalidad que tuviera lo perdí tiempo atrás. Ni siquiera sé lo que soy... en el tipo de criatura en el que me he convertido, nadie estuvo ahí para mí... ¡Tengo el poder de la muerte! —Grito, ya sin poder controlarme—. Tenía doce años cuando me lo dieron, ¿crees que tenía alguna idea de lo que hacía? ¿Tienes idea siquiera de cuántos animales maté tratando de aprender a controlar mis poderes?

Me detengo antes de ir más allá de lo planeado. Cierro mi boca y muerdo mis labios. Mi pecho sube y baja, y soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—Tuviste a ese onza —susurra, no lo escucho la primera vez por lo que tengo que pedirle que lo repita.

—Sí, Onza estuvo conmigo. No desde el principio, pero evitó... evitó que cometiera muchos errores. Él fue el único contacto que tuve durante esos años, al menos parte de ellos. La única criatura que podía tocar y que intentaba consolarme... estaba muerta —suena mucho peor al decirlo en voz alta.

—Ahora puedes considerarme como tu amigo.

No respondo, me quedo quieta con la vista en la túnica que sostengo entre las manos. Creo que debió haber estado estirada en algún momento, mientras que ahora es una bola arrugada entre mis palmas. La dejo ir con un suspiro y termino de cerrar mi bolso.

—Lo sé —respondo, y de verdad lo hago. Sé que ahora entre nosotros las cosas serán distintas. Sé que ahora se preocupa por mí, quizá antes también lo hacía, solo que tenía demasiado miedo de demostrarlo. Está bien, supongo. Podría estar mucho peor a como estoy ahora.

Lo que no digo es que tengo miedo, tengo miedo de volver a sentir a la seguridad de tener a alguien a mi lado y que desaparezca antes de saber qué está pasando. No podría soportarlo. No podría sobrevivir a perder alguien que me importe otra vez. Y no lo digo solo por el dolor que me produciría, sino por las consecuencias que generaría. Me asusta lo que puedo hacer si el sello toma control sobre mí.

Sin decir más palabras salimos al hall, donde Ahau y Men nos esperan. Ambos se ven incómodos, ya que parecen no tener temas que compartir. El alivio se refleja en el rostro de Ahau cuando nos ve llegar, mientras que Men solo sonrío en mi dirección.

Después de todo decidimos dejar a Manik en el castillo, idea de Sirio, aunque más que idea fue una condición para ayudarnos. No hubo complicaciones, pues todos estábamos de acuerdo. Es cierto que el poder de la curación podría ser mucho más que útil, pero preferimos correr el riesgo que cargar con la personalidad tensa y desagradable del guerrero.

Está atardeciendo cuando salimos del castillo. El aire fresco hace que me estremezca, por lo que cierro la chaqueta entorno a mi cuerpo para conservar el calor, el poco que le queda a mi cuerpo, de todos modos.

En cuanto anochece vemos a Sirio brillando, brilla en el oeste, como suponíamos que haría ya que si estamos en la cordillera tenemos que llegar a la costa. Nos ponemos a caminar de inmediato. Tenemos la fortuna, es probable que no por casualidad, de que la noche es clara.

El trayecto es, notablemente, lento porque todavía seguimos dentro de la Cordillera de los Pueles, así que nos topamos con varios cambios bruscos de pendiente y laderas empinadas, que tenemos que subir y bajar. Me canso después de unos minutos, miro de reojo y noto que los demás

también se encuentran cansados. El rostro de Muluc está sonrojado, lo puedo notar incluso con su morena piel.

Estoy cansada, pero no sudando o acalorada, desde que soy el Enlazador de Mundos no me acaloro, como tampoco me sonrojo. Además, tampoco percibo bien el calor. Puedo estar bajo el sol en pleno verano y sentir el mismo frío que siento todo el tiempo.

Excepto con Ahau, se burla mi mente, lo que provoca que me descuide un momento y tropiece. El golpe que me doy en el hombro es justamente el hombro en el que me herí el día de los muertos. Cierro los ojos y me muerdo el labio con fuerza, conteniendo el quejido que quiere escapar por mi boca.

— ¿Estás bien? —Pregunta Ahau.

—Acaba de caer —dice Muluc—. Además... —murmura cuando Men se acerca a mí y descubre mi hombro para verlo—. Está herido.

—Estaba así de antes —cierro la boca de golpe cuando Men toca una zona, especialmente delicada.

—El día de los muertos —lo recuerda. Las únicas heridas que se veían eran en mi rostro, por lo que supongo que Muluc asumió que mis heridas no eran graves. Lo que no sabía era lo que no era capaz de ver, que me había golpeado un hombro con fuerza.

—Deberíamos tomarnos un descanso —dice Men, rebuscando en su bolso—. Te pondré este ungüento, huele muy mal, pero aliviará el dolor.

—Fuiste una estúpida al no decírselo a Manik—me recrimina Muluc.

Ruedo los ojos, pero no respondo. Siento su mirada posada en mí, sin embargo, me niego a mirarlo de vuelta. No se mueve, ni yo. No habla, yo tampoco.

Suspiro.

—Manik jamás ha usado su poder para curar alguna de mis heridas —todo el movimiento en el campamento improvisado se detiene, todos ponen su atención en mí—. Hace años le pregunté el motivo... dijo que... no tiene sentido curar algo que ya está... muerto —la última palabra sale en apenas un susurro suave.

Veo cómo el cuerpo de Muluc se tensa y sé que quiere decirme algo, no obstante, lo interrumpo antes de que siquiera lo considere.

—Supongo que no te atreverás a preguntarme el motivo por el que jamás te lo dije —sé que soné como una perra venenosa y vengativa—. Lo siento —agrego en el último momento.

—No —dice él—. Yo lo siento.

Cierro los ojos y algo dentro de mí se ablanda, no puedo hablar, así que solo asiento en silencio. Es muy difícil dejar ir todo el rencor que tengo dentro, porque sin él, solo queda dolor y tristeza. Necesito estar molesta para no estar triste.

Capítulo 34

El aire tiene un potente aroma a marisco y pescados echados a perder, la brisa marina llega a mi cuerpo y lo revive de una forma, como nada más puede hacerlo. Cierro los ojos y casi puedo recordar lo que sentía en los pocos viajes que hacía con mis padres al continente, cuando nos permitíamos salir de nuestra aislada ciudad. Aunque a mí siempre me dejaban en el mar, nunca me transformé hasta que me vi obligada.

—El puerto de Inalaf—la voz de Muluc es tranquila cuando lo dice, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo.

El viaje fue largo y casi tedioso por lo monótono. Salir de la cordillera nos tomó cerca de cuatro eternos días, luego de eso, el trayecto se hizo mucho más rápido pues solo teníamos que seguir el terreno llano. En solo unos días llegamos al río y de ahí llegar a la Lafquenhuichanmapu, la cordillera que se encuentra al este de la costa, fue cosa de otros cinco días. Afortunadamente, cruzarla fue muy simple, ya que es mucho menos ancha y alta que la Cordillera de los Puelles. Nos tomó muy poco, considerando lo que tardamos en llegar a ella. Y así de simple, casi sin darnos cuenta comenzaron a aparecer casas entre las laderas de los cerros. Al principio un par, luego unas decenas, para finalmente cubrirlo por completo, con cientos de casas de todos los colores posibles.

El puerto de Inalaf es la ciudad portuaria más grande de Peumayen, aquí se concentra la mayor parte de la actividad, si no es que casi toda. Una vez leí que cuando los castillos todavía estaban en funcionamiento, a este puerto era donde llegaban los habitantes de los Mares del Lafquen para comercializar su mercancía.

Claro, eso fue años atrás. Antes de que la raza amarilla nos traicionara.

—Este lugar es enorme—murmura Ahau con los ojos abiertos por la sorpresa.

—No es ni la mitad de grande de como era antes—responde Muluc con un gruñido. Aquello me llama la atención, pues él no estaba en ese entonces. Supongo que su maestro sí, o el maestro de su maestro.

Nos ponemos a descender el cerro y el olor a mariscos se vuelve más fuerte con cada paso que damos. Un extraño peso se asienta en mi estómago, me encantaría creer que es hambre o náuseas por el olor, pero sé que estoy nerviosa. Llevo años sin volver al mar, sin meterme en sus aguas saladas. Llevo años sin estar en mi verdadera forma y la idea de volver a hacerlo me aterra.

No puedo volver, jamás podré volver.

Al llegar a la costanera notamos que el pueblo está bullendo de actividad, todo el mundo grita, camina rápido y empuja. Unos, llevando su mercancía, otros ofreciéndola, unos cuantos regateando mejores precios. El olor es fuerte y veo cómo la piel de Ahau toma un color pálido.

—Son solo mariscos y pescados—él no parece oírme, está con la vista fija en un puesto

con varios calamares pequeños—. Y calamares... también deben haber crustáceos...

—Cimi... no sigas —su voz suena enferma y aunque me siento tentada de burlarme de él, me contengo.

Muluc que va unos metros más adelante de nosotros nos grita que sigamos avanzando, así que lo hacemos. Es mediodía, pero para la noche necesitamos abastecernos con provisiones y conseguir una embarcación lo suficientemente grande como para salvar a los guerreros prisioneros.

Este momento, recién llegados a una nueva ciudad y buscando alojamiento, me recuerda demasiado al día en que llegamos al Reino del Huilli. No fue hace tanto, pero todo era diferente en ese entonces.

Miro de reojo a Ahau, jamás pensé que terminaría trabajando codo a codo con el guerrero del Sol, pues siendo el líder de la raza amarilla, siempre supuse que sería la mente detrás del ataque, solo que al parecer no era así. O al menos, no era algo que se pasara de guerrero a guerrero, podría haber sido la acción de uno de ellos de forma individual.

Aunque no estoy segura, es demasiado como para que lo hubiera hecho un solo guerrero, tendría que ser uno muy fuerte...

—Ustedes compren comida —Muluc se detiene y nos entrega a Ahau y a mí una bolsa con dinero—. Nosotros buscaremos una embarcación.

Quiero decirle que lo mejor es mantenernos unidos, pero se va antes de que tenga tiempo de hacerlo. Suspiro y guardo la bolsa entre mi ropa. Ahau, a mi lado, sigue con la vista perdida por donde el guerrero se fue, dejándonos solos, por primera vez en días.

—Supongo que no tienes apetito —murmuro, él hace una mueca y se pone a caminar a mi lado.

Recorremos las tiendas más cercanas a la costa. Puede ser que si nos adentráramos en los cerros encontraríamos precios mejores, aunque por algún motivo infantil y sin sentido, no me quiero alejar de la costa. La sensación de la brisa marina es algo que creí perdido para mí.

Quiero mantenerla conmigo el máximo de tiempo posible.

Compramos cosas básicas como pan, fruta, carne seca, mermeladas, vino y leche. Metemos todo en nuestros bolsos y nos ponemos a caminar sin rumbo. El idiota de Muluc se fue sin que quedáramos de acuerdo en un punto de encuentro, así que supongo que cualquiera servirá. De todos modos, la playa me llama y termino caminando hacia ella.

La arena se abre bajo mis pies y antes de que lo piense dos veces, me quito las botas y entierro los dedos. Un gemido escapa de mis labios. Cierro los ojos frente al sol que comienza a ocultarse en el horizonte y dejo que me bañe con su luz anaranjada.

—No eres humana —son las primeras palabras que cruzo con Ahau que no tienen directa relación con lo que estamos haciendo. Me quedo quieta un momento antes de abrir los ojos y

mirarlo.

Luego, niego con suavidad.

Él asiente y mira al mar, su mirada se pierde entre las olas y en los últimos rayos de sol que comienzan a morir. Pronto saldrá Sirio.

—Eres una... criatura marina —parece considerarlo antes de decir cualquier cosa. Sé que ha leído el libro *Sobre criaturas y lugares peumayinos*, pues me lo ha pedido prestado varias veces durante el viaje. Solo que jamás consideré que estuviera haciendo alguna investigación seria, no sobre mí, al menos.

Asiento.

—Sería fantástico si dijeras algo —murmura, claramente incómodo por mi silencio y mi vista fija en su perfil.

— ¿Qué quieres que diga? —Es lo único que se cruza por mi mente. No sé qué espera de mí, ¿qué me abra con él? ¿Que confíe cuando me dijo que no correspondía mis sentimientos y cuando lo escuché decirle a Lamat que yo era nada?

No puedo, simplemente, no puedo.

—No lo sé —dice—. Lo que quieras, lo que cruza por tu cabeza, lo que quieres... lo que eres...

— ¿Amas a Lamat? —Decir estas palabras en voz alta hace que considere la posibilidad de enterrar mi cabeza bajo la arena. Ahau se sorprende al comienzo, luego, desvía la vista incómodo y se queda en silencio—. ¿Ella te ama?

Más silencio.

—Eso creo —dice, después de unos momentos.

—Eso debe ser... grandioso —susurro, mi voz casi es inaudible por el ruido de las olas rompiéndose entre las rocas.

— ¿Qué cosa? —Pregunta, un poco sorprendido.

—Amar y ser correspondido, llegar a casarse y formar familia... esas cosas que las personas dan por hecho que sucederán en algún momento de su vida.

—También podrás hacerlo —la compasión en su voz me enfurece, no quiero su compasión. No quiero nada de él, nada de lo que puede darme, al menos.

—No, no podré —las palabras salen duras y venenosas de mis labios, pero no puedo contenerlas. Me pongo las botas y tomo los bolsos, poniéndome en camino a cualquier lugar. Él me sigue y parece que quiere decir algo, pero lo interrumpo—. Literalmente, la parte de la familia, no podré tenerla —digo sin mirarlo, agradecida por la penumbra del ocaso.

— ¿De qué hablas? —Pregunta entre respiraciones por el esfuerzo de seguirme el paso, sin que diga nada, toma uno de los bolsos y lo pone en su espalda.

—La muerte no puede engendrar vida, es un principio básico. Hasta los humanos lo

entienden —intento que no se note el dolor en mi voz, intento no quebrarme mientras hablo. Intento que no vea el sufrimiento que me produce.

Cuando obtuve el sello, perdí mi capacidad para procrear.

Jamás podré tener hijos.

Capítulo 35

El mar es vasto y oscuro, casi tranquilo estando tan dentro de él y solo perturbado por el movimiento incesante de nuestro bote que corta las olas con precisión. Porque tenemos un rumbo, tenemos un punto al que seguir y estando tan cerca no podemos evitar correr con todas nuestras fuerzas, o navegar, como es el caso.

—No entiendo cómo fue que lo conseguiste —gruñe Ahau, sentado en la parte del fondo con Muluc.

El bote es más grande de lo que esperábamos, no sé cómo el dinero que teníamos nos sirvió para pagar el alquiler por un par de días. Funciona a remos, pero tiene unas grandes velas blancas.

No las usamos.

Muluc, el guerrero de la Luna, controla el agua y con una mano en la parte posterior del bote es capaz de moverlo con presteza sobre el mar.

—Soy un gran negociador —se explica.

—Le coqueteó a la hija del dueño —nos aclara Men con una sonrisa.

Me pongo a reír. Se siente bien, se siente natural, se siente fantástico cuando los demás también lo hacen. Existen tantas cosas por las que llorar en mi vida que reír por algo tan simple, se siente como un logro.

Necesito más logros de este estilo.

El viento nos pega con fuerza. Mi rostro se siente congelado por las gotas de agua marina que me llegan. Incluso gesticular comienza a dolerme, me obligo a hacer unas muecas para ver si puedo recuperar algo de movilidad.

En un momento el bote se mueve con brusquedad y me salta un chorro de agua. Seco mi rostro, aunque es demasiado tarde. Todo mi cuerpo vibra con tanta fuerza que me duele. Ahogo un grito al caer con el costado al suelo del bote. Men y Ahau corren a verme y Muluc disminuye la velocidad del bote.

—No pares —digo—. ¡No pares! —Grito, pero un dolor en mi estómago hace que me retuerza en el suelo.

—¿Qué le sucede? —Pregunta Ahau con un matiz de desesperación en su voz que hace que el dolor sea infinitamente peor.

—No... no... no lo sé —escucho que murmura Muluc, confuso.

Intento contener todo el dolor y evitar moverme, para que los demás no se preocupen, sin embargo, no funciona. Después de todo, no es algo malo, simplemente pasa que mi cuerpo está recordando cuál es su forma original, aquella con la que nació y con la que vivió toda su infancia.

Necesito... volver... a mi cuerpo...

Un golpe en el bote provoca que Ahau caiga sobre mí, aplastándome.

— ¿Ahora qué? —Gruñe.

—Algo nos golpeó... por abajo —responde Muluc.

Abro los ojos de golpe, mi piel vibra de anticipación, pues sé con exactitud cuál es la criatura que nos está atacando y esa idea me pone la piel de gallina, ya que el solo pensamiento me asusta de excesivamente. Tengo recuerdos terribles.

—Es un... —intento decir, pero Ahau me acomoda entre sus brazos para que deje de golpearme con los objetos dentro del bote—. Tengo que...

Otro golpe nos inclina con tanta fuerza que terminamos ambos en el piso y yo rodeada completamente por él. Mi piel vibra con intensidad y mis manos tiemblan.

El agua entra a raudales por la borda, estamos empapados y Ahau, a mi lado, comienza a escupir agua salada. Limpia sus ojos con ambas manos, intentando ver algo, no obstante, es imposible. La noche es muy oscura, con suerte vemos brillar a Sirio más al noreste, todo lo demás es borroso. Incluso nosotros mismos.

Pongo ambas palmas en el suelo del bote e intento levantarme.

— ¿Qué haces? —Ahau pone ambas manos en mis hombros—. Puedes caerte.

Mi piel se vuelve más suave, casi impermeable, los vellos de mis brazos desaparecen y mis dedos comienzan a unirse.

Otro golpe del bote nos manda directo al mar.

El primer impacto con el agua es frío y elimina el aire de mis pulmones, luego, ambos se llenan con agua salada. Mi piel parece quemar y mis huesos se derriten. No recuerdo que fuera así de doloroso, puede que solo sea por el tiempo que ha pasado.

Un grito muere ahogado bajo el agua cuando mi transformación es total.

La oscuridad bajo ella es profunda, pero en mi piel, mi nueva piel, mejor dicho mi vieja piel, puedo sentir lo que está más cerca. El cuerpo de Ahau se está hundiendo, casi saliendo del radio en el que puedo protegerlo.

Nado con velocidad hacia su dirección, me preocupa la cantidad de agua que ha tragado, así que me apuro lo más que puedo y lo sujeto de la ropa para llevarlo a la superficie. Por desgracia el bote está flotando al revés, de todos modos lo llevo a él e intento que se sujete. Lo hace a duras penas, pero logra mantenerse a flote.

Miro en todas direcciones buscando a los demás, mas no logro encontrarlos. Luego, antes de que pueda notarlo Muluc aparece junto a mí con nuestras cosas dentro de una gran esfera de agua.

— ¿Ahau? —Dice con dificultad.

Hago una señal en la dirección donde lo dejé y él asiente.

— ¿Puedes ir por Men?

Asiento y me sumerjo, esperando sentir la presencia de la guerrera. Normalmente, me sería casi imposible encontrar a una persona en el mar si está muy lejos, pero dado que es una guerrera su aura es mucho más fuerte, lo que me permite encontrarla a varios metros.

Por desgracia, también encuentro al ahuiizotl. La criatura se la está llevando a la zona más profunda del océano, para comerse sus cabellos y uñas, ya que es lo único que come. Me apresuro, mis aletas arden por el esfuerzo, después de años sin usarlas estoy cruzando el límite, pero necesito ir más rápido.

A los pocos minutos logro llegar a su lado. No tengo tiempo para pensar, por lo que mi primer instinto es lanzarme en picada contra el ahuiizotl. El golpe es tan fuerte que suelta el cabello de Men y ella se hunde, me apresuro en sujetarla de la ropa y con las fuerzas que me quedan nado a toda velocidad hacia la superficie.

Me encuentro agotada cuando logro llegar. Con pesar me doy cuenta que el bote está muy lejos de donde me encuentro, de todos modos, nado hasta él y con ayuda de Ahau que se encuentra mejor, logramos subirla al bote, a la parte inferior de él, ya que sigue dado vuelta.

—La tengo —asegura Ahau cuando logra tomarla de ambos brazos y sujetarla.

En esta forma no puedo sonreír, pero hago algo muy similar con mis ojos. Ahau se me queda mirando y parece que va a hacer algún comentario, aunque antes de que tenga la oportunidad de hacerlo siento un fuerte dolor en mi aleta trasera y me hundo.

Siento los dientes del ahuiizotl clavándose en mi carne y rasgándola a medida que tira de mí hacia el fondo, me retuerzo moviéndome en todas direcciones para que me suelte, aunque no lo hace. La desesperación comienza a hacerse patente, ya que no tengo cómo liberarme de la criatura, no de esta forma...

Estoy bajo el agua, pero es la única opción que me queda. Obligo a mi cuerpo a volver a su forma humana, mis huesos arden y mi piel parece derretirse sobre ellos. La pierna izquierda me duele, pues es la que la criatura está mordiendo. Aunque no puedo respirar y el dolor es insufrible, intento concentrarme en el sello en mi cadera.

Aún con los ojos cerrados, siento la luz que provoca mi copahue.

El corazón del ahuiizotl late con rapidez y yo puedo sentirlo, puedo sentir su vida, su esencia y todo lo que es. Y lo apago.

El agarre en mi pierna desaparece, al mismo tiempo que mi consciencia comienza a flaquear. Me transformo, otra vez y con lentitud nado de vuelta a la superficie. Cada vez que nuevo mi aleta duele mucho, pero por suerte logro llegar.

—Ahí estás —dice Muluc al verme llegar.

Ahau levanta el rostro y me mira, yo sigo moviendo mi cola que arde con cada balanceo. Sangre mana de mi herida y sé que puede verla.

Miro a Muluc, se ve cansado de estar usando su poder continuamente para mantener el

bote a flote. Así que decido irme a la parte de atrás y empujarlo con él, es muy grande, pero entre ambos podemos moverlo. Mi herida duele mucho, todos nos encontramos en mal estado, por lo tanto no puedo rendirme.

Miro al cielo y, con alivio, noto que Sirio está justo al frente, por fortuna, llevamos el bote en la dirección correcta.

Parecen pasar horas hasta que finalmente amanece. El mar se pone más bravo y agita el bote con fuerza, pierdo el control cuando una ola nos separa.

Luego, todo se va a negro.

Capítulo 36

Una ola me despierta cuando llega a mis piernas, haciéndome cosquillas. Cierro los ojos con fuerza, pues el sol me da de lleno en el rostro. Gimo, intentando moverme, pero la arena raspa mi piel y me quedo quieta.

Todo mi cuerpo me duele, siento como si estuviera deshaciéndome a pedazos. Me duele cada músculo, hueso y centímetro de piel. Me muevo hacia un lado, esperando alejarme del mar, sin embargo, mi tobillo duele con tal intensidad que grito y una lágrima cae por mi rostro.

Abro los ojos y me limpio la arena del rostro, aun cuando me duele mucho al raspar mi piel. Me siento y tomo una respiración para observar mi pierna.

—Esto es perfecto —murmuro con tristeza al ver la enorme herida que tengo, hay carne desgarrada y la que está alrededor está inflamada y de un color rojizo. No hay remedio, necesito medicina de forma urgente, ya que parece infectado.

— ¡Cimi! —Escucho el grito a lo lejos, primero pienso que es Muluc, pero cuando el dueño de la voz se acerca, noto que no es así—. ¡Cimi! ¡Eres tú! —Exclama Ahau al verme tirada en la arena, corre los metros que nos separan, aunque se detiene de forma brusca a unos metros y desvía la mirada—. Estamos por el otro lado de la playa, Muluc está exhausto, porque logró mantener las cosas a salvo... Tenemos que ir —agrega después de unos segundos.

—No puedo caminar —acepto con pesar.

Ahau suspira y camina hacia mí, aún en su piel tostada por el sol, puedo notar el rubor que cubre sus mejillas. A pesar de que está avergonzado, su mirada recorre todo mi cuerpo con intensidad, en estos momentos agradezco el no poder sonrojarme.

—Mi tobillo —murmuro, esperando que se enfoque.

Aclara su garganta y lo hace, se acerca a mis pies, pero al llegar una mueca aparece en su rostro. Hasta él es capaz de saber lo grave que es mi herida.

—Tú eras esa criatura, ¿cierto? —Estando en mi forma normal, Ahau vio mi herida, debe haber atado los cabos.

Asiento, incapaz de hablar. Su mirada viaja a mi rostro, luego baja por mi cuello y más abajo, para finalmente, volver a mirar mi rostro. Se mira la ropa y parece pensarlo unos segundos, luego se quita la chaqueta y la pone en mis hombros, con cuidado me ayuda a ponérmela. Está dura y todavía algo húmeda, pero logra controlar el frío que el viento marino me provoca, aunque puede ser que el calor que siento se deba por completo a Ahau y la forma en que me mira.

—Sube a mi espalda —dice, dándose vuelta y poniendo su espalda cerca de mí. Con cuidado me inclino, intentando no apoyar mi tobillo, de todos modos, duele mucho. Me sujeto de sus hombros y él se pone tenso, luego, cruzo mis brazos por su cuello, pegándome a él—. ¿Lista?

—Sí —susurro junto a su cuello, toma mis piernas desde los muslos y las sujeta en sus

costados. Da un pequeño saltito para acomodarme mejor sobre su espalda, gimo cuando, sin querer, golpeo mi tobillo con su pierna—. Lo lamento.

—Está bien—incluso mi voz suena terrible. Aclaro mi garganta y vuelvo a intentarlo—. Gracias.

—Descuida—gruñe como respuesta.

—Estoy algo sorprendida—digo, después de unos momentos, porque el silencio entre ambos se ha vuelto algo tenso.

—¿De qué? ¿De que haya ido a buscarte?

—No, supuse que alguien lo haría—miento, jamás pensé que alguien iría a buscarme. Por eso estaba tan desanimada, pensaba que tendría que hacer todo el viaje de vuelta por mi cuenta—. De que te puedas mi peso—aclaro.

Ahau frunce el ceño y me sujeta con más fuerza contra su cuerpo, lo que solo provoca que se vuelva más incómodo, ya que sigo desnuda y todo mi torso está en contacto con su espalda. Él se tensa.

—Sé que no me veo fuerte—murmura.

No pensé que se lo tomara tan a pecho, solo era un broma. Apoyo mi barbilla en su hombro y miro su perfil. Es cierto, Ahau no es tan grande o ancho de espaldas como lo es Muluc. Sigue siendo más alto que yo, pero casi todo el mundo lo es, así que no es mucho. El cuerpo del guerrero es más bien esbelto. Junto un poco más mis piernas, sujetando su cuerpo firme.

—¿Has seguido practicando?—Pregunto—. Te he visto alejarte con Muluc.

—Sí, me ha estado ayudando a controlar mis poderes.

—Pero su sello es del agua.

—Me ayuda a...—parece dudar un momento—. Controla los desastres que causo.

Asiento en silencio y suelto mis manos, dejándolas caer en su pecho con soltura.

—Sé que a veces puede parecer casi imposible y que lo único que puedes hacer es causar estragos, pero...—apoyo mi mejilla en su hombro para mirarlo a la cara—. Hay gente que causa desastres más grandes con sus poderes.

—¿Mataste a esa criatura?

Un frío me recorre la columna, los vellos de mi piel se levantan en punta. Ahau mira de reojo mis brazos que están cerca de su rostro.

—Sí—respondo con voz seca—. ¿Cuánto falta?

—Están al otro lado de esa gran roca que está más adelante—me fijo que su nariz está sudando y una gota resbala por ella, su frente también está cubierta de ellas. El sol está brillando con fuerza sobre nuestras cabezas, ya debe ser cerca de mediodía.

—¿Se han encontrado con alguien más?

—No, pero nos hemos mantenido lo más escondidos posible.

Suspiro y mi respiración llega directamente al cuello de Ahau. Un leve temblor lo recorre y la gota por su nariz baja hasta la punta, con mi dedo índice la quito.

Mi corazón deja de latir cuando él se detiene.

Quiero disculparme, las palabras están en la punta de mi lengua, sin embargo, no soy capaz de pronunciarlas. No estoy segura del motivo.

Ahau cierra los ojos un momento, luego, se pone en marcha otra vez. Los metros que nos separan los hacemos en silencio. Muluc se pone en pie cuando estamos cerca, su expresión pasa del alivio al enfado al vernos.

— ¿Qué se supone que estaban haciendo ustedes dos? —En un comienzo no entiendo la pregunta, pero al comprender que estoy desnuda sobre él, lo entiendo. El rostro de Ahau está de un color rojo muy fuerte, puedo sentir su calor emanando y llegando al mío, curiosamente, no dice lo que creí que diría.

—Eso no es de tu incumbencia, ¿no?

Abro mis ojos, sorprendida, y niego de forma imperceptible. Levanto mi pierna derecha, esperando que su atención se centre en ella, aunque al hacerlo, una punzada de dolor me ataca y gimo.

— ¡Por las serpientes! —Exclama—. Eso no se ve bien.

— ¿Tú crees? Y yo que pensé que era un rasguño —digo entre dientes.

—Vamos listilla, tenemos que curarte —se acerca y me saca de la espalda de Ahau. Cuando la brilla marina llega a mi cuerpo desnudo me congelo y comienzo a temblar. Muluc me levanta con una facilidad sorprendente, casi como si no pesara nada, quizá para él es así.

Aunque mantiene su expresión seria, noto que se sonroja al verme. Cierro la chaqueta sobre mi pecho, esperando cubrirme un poco.

—No tenemos lo suficiente para curar esa herida —murmura Men, acercándose a mi tobillo, donde Muluc me dejó sentada. Por suerte, también me lleva una túnica para ponerme encima—. Necesitas atención urgente.

Hago un morrito, ya que no es ni de cerca lo que quería escuchar.

— ¿No estás algo mayor para poner esas expresiones? —Dice Ahau sentándose a mi lado, con una fuente con trozos de pan y de frutas—. Muluc logró evitar que se arruinara la comida —dice, entregándome el plato—. Su prioridad debería haber sido evitar que salieras herida, no salvar la comida —hay un toque de molestia en su voz.

—Créeme, no te hubiese gustado para nada verla con hambre —dice Muluc ordenando nuestras cosas—. Está mucho más tranquila con la herida en el tobillo que cómo estaría si se hubiese arruinado la comida.

— ¡No es cierto! —Me quejo con una mueca, pero eso lo hace reír, el resto de los guerreros se les une, hasta yo termino haciéndolo después de un rato—. ¡Auch! —Exclamo al

moverme sin cuidado y causar que mi tobillo duela.

— ¿Qué haremos? —Pregunta Ahau dejando de reír y poniendo una mano en mi pierna, lo miro, con una lágrima cayendo por mi mejilla y trato de sonreírle, para que sepa que no estoy tan mal.

—Men y yo nos iremos a explorar la isla, no creo que la Carcerem sea lo único que haya, no tiene sentido que la isla sobreviva sin más edificios —propone Muluc.

—Yo puedo ir —dice Ahau de inmediato—. Soy fuerte, he mejorado mucho y puedo pelear en caso de que...

—Lo sé —lo interrumpe Muluc con un gesto simple—. Por eso quiero que te quedes con ella, tienes que protegerla.

—Eso es ridículo —digo de inmediato—. Puedo usar mis poderes aun estando herida —replico con una mueca molesta.

—Tú eres la ridícula —me recrimina Ahau, poniéndose de pie—. Vete —le dice a Muluc—. Yo cuida de Cimi.

Una vibración recorre mi cuerpo de arriba a abajo cuando lo dice. Intento recordar la última vez que alguien debió decir esas palabras hacia mí, mas no lo logro. Asumo que debió haber sido algunos de mis padres, pero no los recuerdo. Incluso sus rostros se vuelven borrosos con el paso del tiempo, ya sus voces son imposibles de recordar, la sola idea de perder sus rostros, me asusta mucho.

Después de haberlos perdidos, el recuerdo es lo único que me queda.

Capítulo 37

El día pasa con una lentitud dolorosa, pasamos horas sentados en silencio mirando el mar y cómo este cambia de color siguiendo al cielo. El murmullo constante de las olas rompiendo comienza a desaparecer, hasta convertirse en ruido de fondo que ya no tiene efecto alguno en mí.

Mi cuerpo todavía vibra ante la idea de entrar al mar a nadar, de adoptar mi forma original de delfín rosado y surcar las aguas como ningún bote jamás podrá hacerlo, ni siquiera uno comandando por la Luna.

Sin embargo, ese deseo se ve opacado por mi mente humana. Antes, cuando no conocía mi forma humana, mis pensamientos resultaban mucho más simples. No significaba que antes fuera idiota y tampoco tiene relación con la edad, es algo mucho más complejo que lo que los humanos tienen. Está relacionado con el hecho de ser posibles recipientes de grandes poderes, pero no poseedores de ellos.

Los grandes guerreros que han pasado a la historia en los libros han sido humanos. No significa que solo un cuerpo humano sea capaz de soportar el poder de un sello muy fuerte, pero sí que estos al tener el poder son mucho más poderosos que otra criatura.

Los humanos tienen grandes potenciales, solo necesitan la magia suficiente para que se les enseñe a usarlos.

Como boto, nombre de mi especie, mis pensamientos iban desde mis padres, mis amigos, la comida y los juegos. Sé que mis padres tenían preocupaciones algo más complejas, como el hecho de que los humanos cada vez se acercaban más a los Mares del Lafquen y que pronto descubrirían que las criaturas mágicas no estaban tan extintas como querían creer. A mí también me preocupaba, ellos compartían su preocupación conmigo, su única hija. Aunque era diferente.

Recuerdo que la primera vez que cambié de forma fue luego de que me expulsaran del pueblo, una vez que mis padres ya habían muerto. Se me ocurrió que la única opción posible era salir a la superficie y construir una nueva vida desde cero.

La costa se acercaba con velocidad y eso sólo me hacía aletear más rápido, desesperada por volver a ver ese mundo exterior que tan pocas veces vi, pues era tabú en nuestro pueblo mencionar a los humanos, incluso con el peligro inminente de un ataque por su parte.

Ese fue uno de los principales motivos por el que fueron asesinados.

Llegué a la playa antes del anochecer, pero sabía lo suficiente como para entender que lo mejor era esperar en el agua hasta que se hiciera de noche. La espera se hizo eterna, pero tuve la oportunidad de ver a los humanos. Estudiar sus gestos y posturas, ver la forma en que movían las manos al hablar y sorprenderme de la ropa que usaban.

Una vez llegada la noche nadé hasta donde el agua me lo permitió, luego, comencé a arrastrarme por la arena, intentando salir. Mis padres me habían dicho que era más fácil si estaba

todo mi cuerpo fuera del agua.

Mi desesperación crecía a medida que no lo lograba, sino que solo me enterraba en la arena por culpa del movimiento de mis aletas. Mi respiración se hizo más rápida y comencé a asustarme. No recuerdo con exactitud lo que hice aquella vez, si grité o si ocupé alguna de las técnicas que papá me enseñaba para estar en calma. Solo sé que mi piel parecía estar en llamas y mis huesos crujían, como si se deshicieran y cambiaran de forma. El dolor fue agonizante, pero lo peor fue lo que vino después. Una vez que fui completamente humana, ideas aterradoras pasaron por mi cabeza. La muerte de mis padres se me hizo mucho más cruel y antinatural. Mi soledad tomó una importancia que antes no parecía tener. Los planes que había hecho para cuando llegara comenzaron a desmoronarse porque jamás sería tan fuerte como para lograrlo, porque estaba sola, era una criatura en un mundo de humanos, era pobre en un mundo donde mandaba el dinero y era mujer en un mundo gobernado por hombres. Así era el mundo de los humanos, así es, todavía.

La profundidad de mis pensamientos era desalentadora, salvo que nada comparada con los sentimientos que me agobiaban. No sabía que los humanos fueran capaces de sentir tal cantidad de emociones contradictorias al mismo tiempo. Tenía miedo, pero también estaba furiosa. Estaba triste, aunque una parte de mí emocionada.

Siendo un boto, no era capaz de mantener todos esos pensamientos al mismo tiempo. Por lo que resultaba mucho menos agotador.

Mi cabeza dolía y mi pecho ardía por una pena que antes no era tan intensa, mientras que mi cuerpo se encontraba cansado. Saqué fuerza de mi lado mágico, para ponerme de pie. Caí las primeras cuatro veces, luego pude andar varios pasos antes de volver a caer. Era un avance, pues cada vez lograba avanzar mayores distancias. Mientras daba mis primeros pasos como humana lo que predominaba en mis pensamientos era mi lado boto, el que me decía que siguiera moviéndome. Ese con un instinto de supervivencia animal, era más sensaciones que pensamientos.

— ¿... ser uno?

Agito la cabeza, recién notando que Ahau estaba hablándome. Giro la cabeza, notando un dolor en el cuello por llevar mucho tiempo en la misma posición.

—Disculpa.

— ¿Qué se siente ser uno? —Se queda en silencio, pero al no entenderle, agrega—. Un delfín.

—La palabra correcta es boto. No solo somos delfines de un color rosado, sino que además podemos transformarnos en humanos.

—Pude verlo.

Asiento en silencio, con la vista en el horizonte.

—Es más simple, instintivo, menos racional. Nos mueven los instintos animales, la supervivencia, el hambre, el cansancio... no tenemos problemas humanos como... —me quedo en

silencio, sin querer terminar la idea—. No hay reyes, no hay jerarquías como la nobleza. Solo algunos que son los encargados de cuidar del resto. No más que eso.

—Suenan bien, no creo que me hubiese gustado... no sé que soy si no soy el príncipe.

—Solo tú —respondo—. Y eso es más poderoso que cualquier título y cualquier sello que pudieras reci...

La idea muere en mis labios cuando los de Ahau los aplastan. El beso ahoga mi grito de sorpresa y mi cuerpo anula cualquier idea de alejarlo. No soy idiota, sé que me voy a arrepentir de esto, pero mientras está ocurriendo es imposible que me sienta mal, porque se siente mejor que cualquier momento durante estos últimos cinco años.

Sus labios blandos y calientes, queman los míos y me roban el aliento, mi respiración se vuelve irregular y mi corazón salta dentro del pecho.

—Cimi —gruñe Ahau sobre mi cuello cuando deja de besarme, deposita pequeños besos y mordiscos mientras baja por mi piel. Su aliento me quema y deja una hilera de fuego sobre mi cuerpo—. Cimi. Cimi. Cimi —repite una y otra vez, como si fuera un mantra, una oración. Mi nombre en sus labios es una plegaria.

Sus besos llegan a mis pechos y mi espalda se arquea, buscando su contacto con desesperación. Sus manos recorren mis caderas, mis piernas, mis muslos...

—No me esperaba esto —la voz de Muluc llega desde lo lejos, como si viniera de mi cabeza. Para Ahau no es así, se aleja de un salto de mí y pasa ambas manos por su rostro, intentando despabilar.

—Yo sí, totalmente —se burla Men a su lado, con una sonrisa cubriendo su delgado rostro—. La tensión se podía cortar con una rama. Me preguntaba cuándo...

—No seas idiota —gruñe Ahau, poniéndose de pie y alejándose de nosotros en dirección a las rocas.

Todo el calor que bañaba mi cuerpo desaparece en el acto. Tengo frío, más frío del que siempre siento, del que he sentido todos estos años. Porque ahora sé lo que es tener calor.

Capítulo 38

—Encontramos la Carcerem —comienza a explicar Muluc. Decidimos escondernos más al interior de la isla, ya que en la playa estábamos demasiado expuestos—. No es que fuera difícil, basta salir de este bosque para encontrarla. Es un edificio imponente en el centro. Como pensábamos, hay otros lugares que la abastecen, un pueblo pequeño y, además, existen grupos de nómades que rondan por las playas.

— ¿Nómades? —Pregunta sorprendido Ahau—. Pensé que ya no quedaban de esos pueblos.

—La isla Haru Jauje es un caso aparte —aclara Men—. Se separó del continente por una pelea entre CaiCai-Vilu y TrenTren-Vilu, siendo este último el que golpeó el trozo de tierra con su cola, separándolo del resto. Por este motivo, este lugar parece haberse quedado en otro tiempo, mucho más temprano.

—Hasta que llegó la Carcerem —la mirada de Muluc mientras habla es de pura furia contenida—. Todos en Peumayen consideraban esta isla como un lugar aparte, casi intocable. También sabíamos de los habitantes que viven bajo reglas antiguas, antes del hombre de Punahue, pero por la construcción de la Carcerem los obligaron a evolucionar... o vivir alejados de su propio hogar. Los que se adaptaron trabajan como esclavos para mantener este lugar y los que no, pasan hambre y frío, porque los amarillos se comen sus animales y destruyen sus cosechas.

—Es la típica historia de la llegada del hombre a un lugar nuevo —susurro.

Ya está anocheciendo, el frío comienza a aumentar y mi tobillo duele mucho más que antes, lo que más me preocupa es que lo siento caliente. Yo jamás tengo calor, no sin ayuda, por lo menos, así que el hecho de que mi pierna esté ardiendo es una señal muy mala.

—Tenemos que conseguir ayuda —levanto la vista y me encuentro con Muluc mirando mi tobillo con expresión triste.

— ¿No podemos solo ir? —Pregunta Ahau.

—Estamos en una isla —comienzo a decir, intentando controlar la molestia que comienza a subir por mi garganta. Estoy tan furiosa con él que podría patearlo si eso no terminara causándome más daño a mí—. Se conocen entre todos, algo que los humanos saben hacer muy bien es mantener registros de los que no son como ellos. Se deben conocer entre ellos y a los lugareños. Es prácticamente imposible llegar a la isla, no hay forma de que nos excusemos.

Todos guardan silencio, es claro que Muluc y Men ya habían pasado por esto. Ya se habían dado cuenta de que no pueden ayudarme. Por suerte, no necesito viajar como un humano, no solo soy una criatura marina, sino que también el Enlazador de Mundos. Puedo viajar entre las sombras para llegar a un lugar donde me puedan ayudar. El único problema es acertarle. No puedo arriesgarme a caer directamente en las manos de los soldados... Quizá esa no sea una idea tan

mala, después de todo. No pueden vencerme, a menos que me esposen con curinilahue.

Les digo mi plan. Por supuesto, las quejas y oposiciones llegan por torrentes, sobre todo por parte de Muluc y Ahau. Los escucho, pero sigo planeándolo en mi cabeza. Es la mejor solución, ellos lo saben, yo lo sé. Además, es solo un plan de reserva, un plan en caso de que...

— ¡Por Quetzalcóatl! ¡Cimi! —Exclama Muluc furioso—. ¿Cómo piensas siquiera salir de las esposas?

—Me transformaré en boto, puedo pasar fuera del agua unos momentos —se quedan en silencio—. Si todo sale mal... —tomo una respiración—. Acabo con ellos —digo con rotundidad. La mirada en el guerrero se ensombrece, pero sabe que no es un farol. He aprendido a aceptar las consecuencias del uso de mis poderes. Eso no significa que no me aterre, porque lo hace y mucho, sin embargo, si no puedo hacer algo al respecto, no tiene sentido que sufra por ello. He pagado mucho por ser Cimi, he pagado con mi vida y con mi cuerpo, mi consciencia es lo poco que me queda, aunque si con eso logro... si finalmente los guerreros salen... quiero creer que vale la pena.

—No —la palabra sale ronca y seca. Todos nos sorprendemos y volteamos a mirar a Ahau, quién solo me mira a mí—. No seas ridícula. ¡Tú misma dijiste que ya no querías pelear! ¡Querías una vida normal! —La expresión dolorosa en su rostro hace que me encoja, pero no desvío la mirada—. Si haces eso... tú...

—Aprende algo sobre los guerreros —me pongo de pie apoyando todo mi peso en la pierna derecha—. En el momento en que el copahue marca tu cuerpo, pierdes todo derecho sobre él. Eres una herramienta para lograr la paz. Debes estar dispuesto a darlo todo, tu cuerpo, tu mente, tu corazón y tu alma.

—Eso no está bien —su voz es bajita, apenas yo puedo escucharla.

—Por guerreros egoístas como tú, como los humanos de los que descendes es que estamos como estamos. Por guerreros que antepusieron su bienestar y deseos por sobre el bien común.

La mirada de furia de sus ojos hace que un frío aparezca en mi pecho, contrario al calor que siento. Su cuerpo emana calor y energía como si fuera... bueno, el Sol. El aire se hace denso y caliente, me cuesta tomar respiraciones profundas mientras estamos tan cerca, pero no retrocedo. No cedo ante su petición, su orden. Por el contrario, convoco a las sombras. Es de noche, aunque una noche clara por la luna y las estrellas, pero todo a mi alrededor se vuelve negro y frío. Cuando respiro mi aliento sale como vaho, mi piel hormiguea por el contraste de temperatura.

Los susurros comienzan suaves, como si vinieran del viento, luego, se hacen más fuertes. Estoy acostumbrada a ellos, los demás guerreros no. Escucho sus exclamaciones de sorpresa y la petición por parte de Muluc de que me detenga.

—No quiero que mueras —dice entre dientes Ahau.

Abro mis ojos, sorprendida, esperando no sentir ese revoltijo en mi estómago, ni que mi corazón se salte varios latidos.

Lo odio.

Aún a medida que repito las palabras una y otra vez en mi cabeza, sé que no es cierto y eso solo provoca que quiera golpear mi cabeza contra un árbol.

Suspiro y libero a todas las sombras, las devuelvo al quinto mundo.

—Es mi decisión —respondo con voz segura, intentando alejar cualquier rastro del beso que vuelve cada vez que miro a Ahau—. No puedes...

—Entonces voy contigo.

— ¡No! ¡¿Es que no lo entiendes?! —Exclamo desesperada, levantando ambos brazos, lo que me hace perder el equilibrio y apoyo el pie izquierdo.

Lanzo un grito de dolor, mientras, mi cuerpo se precipita al suelo.

Los brazos de Ahau me sujetan antes de que impacte la arena con el rostro. Su calor todavía es muy potente, por lo que todo mi cuerpo se siente cálido, dejando atrás el frío de las sombras. Molesta con él, conmigo, con todos, lo empujo y caigo sobre mi trasero.

—Te haré saber cómo vaya todo —digo, mirando a Muluc. Este tarda un momento en darse cuenta, pero yo ya estoy en las sombras. Me quedo un momento para ver sus reacciones. Ahau profiere un grito ronco y pateo un tronco, maldiciendo.

Muluc se acerca a él y lo golpea, directo en la mejilla izquierda, botándolo al suelo. Mi primer instinto es volver y decirle que pare, mas no lo hago, me quedo en las sombras, observándolos en silencio, Men se mantiene alejada de los problemas, como suele hacer.

— ¿Qué mierda te pasa? —Pregunta Ahau limpiando la sangre que le sale por el labio y poniéndose de pie.

— ¿Qué mierda te pasa a ti? —Muluc se acerca amenazante, pero se detiene a unos centímetros—. ¿Qué hay entre ustedes?

—Eso no te incumbe —responde Ahau, de inmediato.

— ¡Por supuesto que sí! Después de todo por lo que ha pasado Cimi... que llegues tú y la rechaces de esa forma... —si tuviera un rostro normal en este momento estaría rojo por la vergüenza. Ahora soy yo quien quiere pegarle a Muluc—. Si te gusta... ¿por qué no simplemente se lo demuestras? —Lanzo un grito, pero como estoy en las sombras, nadie puede oírme. Con suerte no habré molestado a ningún alma que ande por ahí. No esperaba que dijera eso, no esperaba que le pidiera...

—No es tan fácil —susurra con la vista fija en sus manos que tienen un rastro de sangre.

— ¿Por qué? ¿Porque no es humana?

Mi corazón se detiene, esperando la respuesta que dirá. Intento, inútilmente, convencerme de que no me importa, que no espero que reaccione molesto porque Muluc haya preguntado algo

tan tonto. Sin embargo, el tiempo pasa y Ahau permanece en silencio y ese gesto, esa ausencia de palabras significa mucho más que cualquier otra que pudiese decir.

Le avergüenza lo que soy. No solo no soy humana, sino que además soy la guerrera de la muerte. Él es el Sol, el líder de los guerreros y el príncipe heredero de los humanos.

Agradezco la ausencia de cuerpo porque así no puedo llorar. Viajo por las sombras hasta llegar al pueblo que mencionó Muluc. Con mi mente todavía nublada, busco algo que se asemeje al hogar de un médico o sanador. Doy varias vueltas hasta que una tos seca llama mi atención. Me acerco a la casa y noto que hay un niño pequeño sentado sobre una camilla y una mujer escucha en su espalda.

Me quedo cerca, no tanto por las luces que se cuelan por las ventanas, pero lo suficiente como para saber cuándo la mujer se encuentre sola. Por su cabello negro y liso, y por la piel morena, deduzco que es una nativa que decidió adaptarse a las circunstancias. Una parte de mí quiere molestarse con ella por no ser fiel a lo que era, a sus raíces, sin embargo, aquí estoy. Una criatura marina siendo el guerrero de la muerte.

¿Lo peor de todo? El castillo al que pertenezco, se ubica en el norte, en un desierto.

Soy la más hipócrita de todos, más que Ahau, más que esta mujer que dejó sus raíces atrás por supervivencia. Yo abandoné las mías porque tenía miedo y quería olvidar todo.

El pequeño sale acompañado de otra mujer. En ese momento noto que sus ropas son improvisadas, les quedan grandes y holgadas. De la manga de la madre veo pintura blanca cubriendo su piel morena.

Están disfrazados. Pertenecen a las tribus nómades.

Entro a la consulta y espero a que la mujer deje de despedirlos.

Cuando vuelvo a mi forma humana, apoyo mi peso en la pierna derecha y mi espalda en el muro, esperando verme mucho mejor de cómo me siento. Estoy comenzando a marearme.

— ¿Quién eres? —Susurra, sorprendida al verme entre las sombras.

—Una extranjera que necesita ayuda —respondo, acercándome a la luz de las velas dejándola ver mi rostro. Ella me ve cojear y su instinto sale de inmediato, fijándose en mi tobillo —. Mi llegada a la isla fue algo complicada.

—Ya veo —retrocede unos pasos y se acerca a la puerta.

Por favor, no lo hagas. No lo hagas. No todavía.

Mi corazón deja de latir cuando grita un nombre, cierro mis puños, lista para noquearla. Según mi plan, primero deben curarme para luego ser capturada. Comienzo a llamar a las sombras.

Capítulo 39

La pena y el dolor crecen en mi pecho. Sé que le aseguré a Ahau que estaba dispuesta a pagar por el precio, pero dudo al ver a la mujer.

—Por... —comienzo a decir, mi voz sale tan suave que ella no me escucha, en su lugar suena la voz de la persona a la que llamé, respondiéndole de vuelta.

—Tráeme paños limpios y agua caliente.

Un suspiro tembloroso escapa de mis labios y siento una lágrima caer por mi mejilla, la limpio antes de que la mujer la vea. El alivio es tan potente que me duele físicamente.

—Lo mejor es que dejes de forzar la pierna y la mantengas en alto —dice sin mirarme, esperando a la persona por el pasillo—. Recuéstate en la camilla. Me llamo Tawn, por cierto.

—Es en tu idioma nativo —murmuro entre dientes por el esfuerzo que recostarme me produce. De todos modos, un alivio me recorre cuando logro subir la pierna y dejarla quieta.

—Así es —es lo único que dice como respuesta, pues la persona llegó. Me estiro un poco para ver quién es, para mi sorpresa es un chiquillo de no más de doce años—. Gracias, Telkn —acaricia su cabello, mientras, el niño deja la fuente con agua caliente en una mesa y los paños a su lado. De reojo me mira, pero desvía la vista rápidamente. Cuando se va, Tawn cierra la puerta y acerca una vela a mi pierna para ver mejor—. Un ahuiizotl.

—Sí.

—Me sorprende que hayas escapado viva, pero... —se queda en silencio, mientras, moja un paño y se pone a limpiar la herida.

—¿No vas a preguntar?

—Me asusta tu respuesta.

—¿No te asusta más la duda? —Contraataco. Quiero decir algo más, no obstante, el dolor se hace más fuerte cuando se pone a limpiar con alcohol.

—He aprendido a vivir con ella —responde cuando se aleja un momento, la miro entre las lágrimas, su rostro es de profundo dolor y me siento tan mal por ella que el dolor es más fuerte que el de mi pierna—. No es tan grave, con un poco de ungüento, sanará en cosa de días.

—¿Existe algo que lo sane en cosa de minutos? —Pregunto con una sonrisa ladeada, ella me mira y frunce el ceño.

Se aleja unos pasos y saca una botella de color verde, parece hecha de arcilla. Es pequeña, aunque la mantiene entre sus manos como si fuera su mayor esperanza.

—Supongo que lo mejor es que me cuentes todo —aun cuando intenta decirlo con la mayor confianza, su voz tiembla y se rompe al final. Veo su cuerpo temblar y siento su corazón latir con una velocidad dolorosa.

Decido ahorrarle la espera y le cuento todo con rapidez, siendo lo más concisa que puedo.

Parece no creerme, pero me levanto la túnica y dejo mi sello a la vista. Sus ojos se abren por la sorpresa y creo escucharla murmurar *viechen*, un viejo nombre que los primeros habitantes le daban al Enlazador de Mundos.

— ¿Qué haces aquí?

—Vengo por los prisioneros de la Carcerem —respondo. Ella se mantiene alejada, con el frasco entre las manos, sus nudillos se ponen blancos por la presión—. Son los guerreros blancos, azules y rojos.

— ¿Y nosotros? —Su voz vuelve a ser dura, dejando poco a poco de lado ese timbre tembloroso producto del miedo.

— ¿Qué quieren? —Sé que es una pregunta demasiado ambiciosa, no es como si pudiera concederle lo que me pidiera, pero al menos puedo intentarlo u ofrecerle algo más.

—Los queremos fuera —suena segura y decidida, sus ojos negros brillan cuando dice las palabras—. Queremos la isla Haru Jauje de vuelta.

Asiento.

—Eso podemos hacerlo —aseguro.

Aunque nuestro plan inicial era llevarnos a los guerreros de la forma más rápida y silenciosa posible, no veo el daño de que destruyamos de una vez por todas la Carcerem y les devolvamos la isla a sus habitantes. Así nos aseguramos de que jamás vuelvan a meter guerreros dentro.

Tawn se acerca, abre la botella y la entrega.

—Bebe.

Arrugo la nariz, pues huele terrible. Mi estómago se revuelve un poco, ya que llevo horas sin comer, pero tomo la botella y me bebo el contenido con sorbos largos. No siento el sabor en un comienzo, aunque luego sí y estoy segura que así sabe la orina de ahuiotl. Cuando me lo termino me pongo a toser, sin embargo, Tawn me prohíbe vomitar, por lo que me obligo a respirar.

Más lágrimas caen por mis mejillas, producto del terrible sabor.

En ese momento mi pierna izquierda arde y mi piel parece derretirse. Me asusta la idea de transformarme en un bato en este momento, pues el sentimiento es muy parecido. No obstante, la sensación se localiza solo en mi pierna izquierda y con el paso de los segundos se vuelve como un dolor sordo. Poco a poco abro los ojos y, sorprendida, noto que mi tobillo está como nuevo, no queda rastro de la herida, solo una cicatriz rosada muy pálida que la veo solo por la sombra que la vela produce.

Me siento y con cuidado apoyo el peso en la pierna. No siento nada. Sonríe y doy pequeños saltitos, todavía con precaución, pero es claro que estoy bien.

—Espero que tengas un plan o que no estés sola —asiento y desaparezo por las sombras. Esta vez el viaje es rápido, la noche está acabando y no es seguro viajar de día. Llego al pequeño

campamento y me encuentro con que todos están despiertos.

—Tomen todo —se quedan en silencio, mirándome con una expresión aturdida—. ¡Ahora!
—Grito. Los tres guerreros ordenan las cosas y las toman. Sujeto la mano de Muluc y la de Men, esta hace lo mismo con Ahau, quien desesperado busca mi mirada, pero me niego a dársela.

Les pido que cierren los ojos y cuando lo hacen, nos transporto a todos por las sombras que quedan hasta el hogar de Tawn.

Cuando llegamos parece que va a gritar, así que ahogo el grito cubriendo su boca.

—Lo lamento —susurro, pues el cuarto no es grande y nosotros usamos mucho espacio. Muluc bota un par de instrumentos con su bolsa. Se disculpa y comienza a ordenar.

Tawn sale de su sorpresa y se acerca a ayudarlo en silencio, veo que él se disculpa, pero ella rechaza las disculpas con un gesto.

—Todos somos guerreros —digo, en caso de que no haya sido obvio. Ella asiente y aleja cualquier objeto rompible de nosotros. Decido hacer unas rápidas presentaciones—. Muluc, Luna. Men, Águila y Ahau, Sol.

El último hace que ella abra la boca y retroceda un par de pasos, pero nos explicamos con rapidez. Sé que no confía del todo en nosotros, menos ahora que sabe que un guerrero amarillo nos acompaña, pero no tenemos más opciones.

—Telkn —sale del cuarto y llama al chico—. Trae algo de comida para nuestros invitados —por la forma en que el chico bosteza, parece que estaba dormido. De todos modos, lo veo asentir de forma rápida—. Trabaja para mi desde que quedó huérfano —se explica aunque jamás llegamos a formular la pregunta—. Hay muchos huérfanos en este lugar.

— ¿Eres una de ellos? —Pregunto y Muluc parece querer patearme por lo poco delicada, pero Tawn se lo toma bien y asiente. Así que trabaja aquí porque es huérfana, quizá también partió como una asistente de médico. Observo su rostro y no es tan mayor como lo creí en un comienzo, solo que una expresión de pena envejece su mirada. De todos modos, parece un poco mayor que Muluc.

—La Carcerem —comienza a decir ella, esperando eliminar el silencio que se formó—. Está hecha totalmente de curinilahue —abro mi boca y la cierro. Como la vi de noche, asumí que su color negro era por la oscuridad, jamás consideré que fuera así por estar hecha del metal que anula nuestros poderes. Si es así, nos debilitaremos con solo acercarnos. Ni hablar cuando logremos entrar—. No lo sabían —murmura apenada. Claramente, esperaba un plan bien formado por parte nuestra.

Años de planeación para terminar a solo unos kilómetros y sin forma alguna de entrar.

Tawn se acerca a la ventana y la abre, el amanecer ha llegado, pero todavía conserva algo de la oscuridad de la noche. En el cielo brilla la luna, una luna creciente que parece más una sonrisa perversa que cualquier otra cosa.

Una idea ridícula y suicida, aparece en mi cabeza, me quedo en silencio pensándolo mejor, pero creo que puede funcionar. Si no nos matan antes.

— ¿Qué hay de los selknam? —Pregunto.

Tanto Muluc como Men me miran asustados, Tawn en un comienzo también lo hace así, aunque luego su expresión comienza a ir mutando, hasta llegar a una que me hace sentir no tan idiota por proponerlo.

Capítulo 40

—No puedo creer que estemos considerando despertarlos —susurra Muluc a mi lado. Nos encontramos en una choza de madera y piel de animales, no es lo suficientemente grande como para que estemos de pie, por lo que nos encontramos sentados en más trozos de piel. Me remuevo incómoda frente a la mirada perdida de los ancianos, de todos modos respondo en otro susurro:

—No veo que tengamos muchas más opciones.

Tawn nos trajo a un lugar donde los ancianos de los lugareños se encuentran. Primero debió tranquilizarlos, para aclararles que no pensábamos herirlos, que queríamos ayudar. Eso llevó gran parte de la mañana, pues todos nos apuntaban con lanzas artesanales y murmuraban palabras en su idioma original. Escuché varios *viechen* lanzados en mi dirección. De hecho, así es como se refieren a mí.

— ¿Se dan cuenta de lo que nos piden? —Pregunta un anciano tan arrugado que temo un viento muy fuerte lo deshaga, como si estuviera hecho de cenizas o polvo. Como fue mi idea, tomo la palabra.

—Sí, queremos despertar a los selknam para que nos ayuden a deshacernos de los amarillos. Lo sabemos.

— ¿Sabes lo que esas criaturas le hicieron a nuestro pueblo durante generaciones?

—Los mataron para llenar la luna con su sangre —Muluc a mi lado me da un codazo tan fuerte que casi me quita el aliento. Al parecer no esperaban una respuesta por mi parte—. Pero también sé cómo los detuvieron —todos me miran sorprendidos—. Leí el diario de la dama blanca, ella fue de las personas que estuvieron cuando desaparecieron los selknam. Los vencieron con ayuda de Muluc —y de Cauac, la guerrera de la Tormenta, quien espero se encuentre en una de las celdas—. El agua acaba con ellos.

— ¿Por qué nos obedecerían? —Pregunta una mujer anciana, me sorprende un poco que se encuentre con el torso desnudo y solo unas líneas de pintura blanca en su pecho, pero lo ignoro. Aunque a mi lado, Ahau parece más que incómodo.

—Tienen una deuda con nuestro pueblo —explica Tawn—. Temukel los detuvo y los castigó por el daño que nos hicieron durante años, pero siguen estando en deuda. Les pediremos que nos devuelvan el favor.

— ¿Por qué lo harían?

—Porque yo les puedo asegurar un periodo en el quinto mundo en vez del sexto —todos se quedan en silencio frente a mis palabras—. Controlo a los muertos y los tiempos de cada uno. No suelo intervenir, pero si nos ayudan, dejarán de estar como almas perdidas en Peumayen y les puedo asegurar que irán al quinto mundo para obtener la oportunidad de ganar una nueva vida.

Un fuerte murmullo se expande por la pequeña choza. Por desgracia, es en su idioma

antiguo, por lo que no entendemos lo que dicen. Tawn nos traduce algunas frases sueltas, pero ni así nos hacemos una idea completa de lo que pasa.

—La llegada de los huillinches fue mucho peor que la existencia de los selknam — comienza a decir el anciano que habló en un comienzo—. A ellos los entendíamos, tenían sed de sangre y eso es lo que eran. A los hombres del continente no los entendemos. No hay instintos en lo que hacen, solo malos deseos y pensamientos crueles.

Todos guardamos silencio, mi respiración se hace lenta y pesada a la espera de una respuesta.

—Si saben cómo despertarlos... cuentan con nuestra bendición.

Sonrío. Un alivio me recorre, sin embargo, luego me doy cuenta de que soy yo quién los va a despertar y que soy la que negociará con ellos. Mi sonrisa muere en ese instante.

—Iré contigo —dice Tawn a mi lado, lo que me hace sentir algo mejor.

—Yo también —susurra Muluc, me pregunto por qué no se ofreció antes, pero le agradezco que lo haga.

—Supongo que también iré —murmura Men, aburrída a nuestro lado.

Ahau se queda en silencio, aunque por la forma en que me mira sé que consideró desde el principio acompañarme. Asiento en su dirección y me preparo para lo que tengo que hacer esta noche.

Pasamos el resto del día haciendo los planes. Viendo cómo vamos a sacar a las personas del pueblo, para evitar la mayor cantidad de pérdidas y cómo vamos a entrar a la Carcerem. Me mantengo algo alejada, después de todo, no soy de pelear como parte de un equipo. La muerte vence por sí sola.

Así que me dedico a buscar la esencia de los selknam, unas criaturas de barro que durante las noches de luna creciente roja atacaban a los habitantes de la isla con la intención de derramar su sangre sobre la tierra para volver a llenar la luna con ella. Fueron acabados por la guerrera de la Tormenta años atrás, y Temukel, el dios gobernante de esta tierra, les prometió que no volverían a atacarlos. De hecho, los castigó a vagar por la isla sin ser capaces de morir realmente, por tanto jamás podrán avanzar entre los mundos.

Camino distraída por los terrenos de las tribus nómades, hasta que llego a un roquerío algo alejado. La arena se mezcla con tierra en esta zona y parece barro, mis huellas dejan marcas a medida que avanzo.

Están aquí. Los siento.

Me quedo de pie mirando una cueva entre las rocas, sabiendo que allí dentro encontraré los espíritus de los selknam. Solo espero que se encuentren con humor de negociar.

— ¿Lista?

La voz de Muluc me sorprende, pues no sabía que estaba atardeciendo. Volteo para responderle y me encuentro con Ahau, Men y Tawn junto a él. Les sonrío y asiento. En silencio nos ponemos a caminar en dirección a la cueva.

El aire es frío y húmedo, mi piel forma gotas de agua y la ropa se humedece rápidamente. Caminamos intentando ser silenciosos, pero no podemos evitar pisar las pozas de agua salada o lo fuerte que nuestra respiración sale.

¿Qué quieressss?

Murmura alguien frente a mí, sus palabras son complicadas, como si fueran murmuradas por una boca que se cae a pedazos.

Me detengo y los demás me imitan. Salvo que ellos no pueden escucharlos, ni verlos. Solo sirven como apoyo moral para lo que tengo que hacer.

—Vengo a hacer un trato.

¿Por qué haríamossss algo assssi?

—Porque les vengo a ofrecer algo que Temukel les negó años atrás.

Más murmullos aparecen. Las voces son gangosas, como brea o como si fueran murmuradas bajo el agua. Los vellos de mi nuca se ponen en punta por el sonido.

¿Quién eressss para ofrecer algo assssi?

Levanto mi ropa y deajo ver el sello, al mismo tiempo que respondo:

—Soy el Enlazador de Mundos, les puedo asegurar su paso al quinto mundo.

Donde sssseremossss juzzzzgadossss.

—Si nos ayudan eso sumará a su favor, eso más años de castigo pueden lograr mucho — respondo con confianza.

¿Puedessss assssegararlo?

—No, pero una posibilidad es mucho más que lo que tienen ahora.

Los murmullos aumentan y sé la respuesta incluso antes de que la digan.

¿Qué quieressss que hagamossss?

Las figuras se hacen visibles, incluso para los ojos de los demás, pues les concedo el paso al mundo de los vivos una vez más. Sus cuerpos son grandes y desproporcionales. Emanan un fuerte olor a tierra y sangre, aun después de todos estos años. Sus cabezas tienen formas extrañas como cuernos o con grandes protuberancias. Líneas blancas recorren sus cuerpos desnudos, igual que con los habitantes de la isla.

Según sé, antes los habitantes se vestían así como una prueba para asustar a los niños en su paso a la adultez, pero algo salió mal. Un grupo de adultos disfrazados cayó en un pozo lleno de barro y comenzaron a ahogarse, mientras lo hacían pidieron ayuda, pero ningún dios quiso ayudarlos, pues la vida funcionaba así. Molestos, invocaron a los dioses oscuros y les pidieron ayuda. Y estos se la dieron, aunque tuvieron que pagar un alto precio. Dejaron su humanidad atrás

y sus cuerpos se volvieron como el barro que los rodeaba.

La oscuridad les ordenó mantener la luna roja llena de sangre durante toda su existencia y eso hicieron.

Esta noche los selknam se levantarán una última vez.

Capítulo 41

Odio los tambores, los odio profundamente. El sonido retumba en mi pecho y en mi cabeza, siento que jamás podré dejar de escucharlos, el sonido me seguirá por el resto de mi vida. Los tambores son tocados por los selknam, que se encuentran amenazadores a nuestro lado. Los lugareños se ven nerviosos, temerosos de lo que puede pasar por estar trabajando junto a las criaturas que los masacraron durante años. No es que pueda culparlos, tampoco. Yo estaría enferma.

Aunque así es como se ve Tawn a mi lado. Parece que se encuentra a punto de vomitar lo poco que comió. Su piel tiene un tono pálido y unas ojeras enormes rodean sus ojos oscuros. Me acerco a ella, pero antes de que pueda hacerlo, Muluc lo hace y le susurra algo. Veo que sus ojos se abren por la sorpresa y luego sonrío.

Vaya, esto sí que no lo esperaba.

Los selknam comienzan a golpear sus armas contra las rocas y el suelo, aumentando el estruendo que ya comenzaban sus tambores. La gente del pueblo, de la raza amarilla, huye despavorida cuando nos ven acercarnos. Algunos escapan a la prisión, que es justamente lo que queremos. Tienen que saber que vamos por ellos y salir de ese lugar, para evitar que nos acerquemos más. Posiblemente, piensen que solo es un ataque rebelde de los lugareños, jamás van a considerar que en realidad hay guerreros entre sus filas.

Contamos con ello, en realidad.

Avanzamos causando desmanes y destrozos, pero no hiriendo. Al menos, no a estas personas, nuestro objetivo son los soldados de la Carcerem, no las personas que viven aquí. Esto fue una de las cosas más difíciles de lograr, tuve que amenazarles, diciéndoles que a aquellos que mataran a un inocente se les eliminaría del trato.

El sonido es ensordecedor, lleno de tambores, gritos, gruñidos y destrozos. Avanzamos con presteza, ya que tenemos que llegar a la Carcerem antes del amanecer, que es cuando los selknam desaparecen.

Nos ponemos a correr en dirección a la prisión. En un comienzo mi energía es infinita, la adrenalina corre por mi cuerpo, haciendo mi corazón latir a mil por hora, pero a medida que nos acercamos, el curinilahue comienza a hacer efecto y mi paso se ralentiza, al igual que el de los otros guerreros. De todos modos, nos obligamos a seguir avanzando, aunque ya no en la cabeza del grupo, pues apenas nos la podemos con la caminata.

Por suerte, los soldados, que asumo solo es una pequeña parte de ellos, salen a nuestro encuentro. El primer impacto es con los selknam, luego de este la confianza con la que estos salieron, con sonrisas altaneras y muecas de desprecio, desaparece, ya que se dan cuenta de que no son personas. Los selknam al ser heridos pueden volver a armarse, tal cual como una figura de arcilla. Son invencibles para un grupo de humanos. De todos modos, estos insisten en la lucha

hasta el final.

Con otro pequeño grupo de selknam, los lugareños y los guerreros, nos colamos en el castillo. Mi respiración es tan pesada que siento que cargo con un caballo en mi espalda. En un momento debo parar y apoyar ambas manos en mis rodillas para obtener algo de aire. La mano de Muluc aparece en mi espalda y me da unas palmaditas, pero por la forma en que su pecho se mueve sé que está igual que yo. Me rehúso a mirar a Ahau para ver cómo se encuentra.

El plan inicial era que Men usara sus poderes del Águila para crear la ilusión de que éramos soldados y pasar de esta forma entre sus filas sin pelear, sin embargo, la guerrera apenas puede mantenerse en pie. Sabemos que tendremos que tomar el plan b cuando la vemos ponerse a vomitar por el esfuerzo.

Tanto Muluc, Ahau como yo sacamos unas armas, en mi caso una daga algo más larga que una normal. Los soldados se nos tiran encima, pero logramos repeler a varios con la ayuda de los selknam que parecen dichosos de volver a matar. Mi estómago se revuelve cada vez que veo como uno asesina a un soldado, no son prolijos, todo lo contrario, es una carnicería, los matan como si fueran hojas de árboles que son hechas trizas. La sangre salta y mancha todo el suelo. El olor metálico de la sangre me mareo, tengo que continuamente obligarme a seguir avanzando pues si me pongo a vomitar no me detendré.

Desafortunadamente, la prisión es enorme. Cientos de pasillos y túneles, no son tantos guerreros como para un lugar tan grande, así que deben estar desperdigados por toda la prisión. Encontrarlos será como dar con una aguja en un pajar.

Me acerco a un soldado y lo tomo del cuello, él sonríe, pues soy como veinte centímetros más pequeña que él.

— ¿Cómo vas a matarme, preciosa?

—Primero me dirás dónde están.

— ¿Quiénes? ¿Un montón de asesinos?

—No, dónde están los guerreros.

Abre los ojos por la sorpresa y me mira por primera vez. Debió haberlo notado en un comienzo, aunque es ahora cuando le hace sentido. Sabe que no soy una lugareña y tampoco del Reino del Huilli, pues me conocería si así fuera. Concentro mi energía y la uso para llamar a las sombras, a los espíritus abandonados por los alrededores.

La temperatura disminuye de forma considerable, como también las fuerzas que me quedan, aunque mantengo mi rostro imperturbable.

El soldado es humano, pero puede sentir que hay algo extraño, quizá hasta puede escuchar los susurros de los muertos. Mi mano sobre su cuello está tan fría que su piel se pone de gallina y mis ojos, generalmente claros, se oscurecen.

Sonríó.

—Tienes hasta que cuente diez o buscaré a otro soldado que quiera cooperar —lo amenazo.

—De todos modos nos matarán si te ayudamos —el miedo en sus ojos debería hacerme sentir un monstruo, salvo que no es así, me siento bien, me siento como yo misma.

—No te voy a matar, te lanzaré vivo al mundo de los muertos y dejaré que ellos absorban tu vida poco a poco —la amenaza sabe a veneno en mi boca, porque por desgracia jamás digo faroles. Mis amenazas se cumplen.

El soldado tiembla bajo mi toque y comienza a revolverse inquieto, pero los muertos me ayudan a sujetarlo y mantenerlo en su lugar. Ansiosos porque no coopere y se los entregue, como unos viles carroñeros.

—Puedes lograr escapar —digo—. Iremos al sur después de rescatarlos, si te mantienes alejado, puedes hacerlo —las palabras salen mucho más suaves de lo que esperaba, de todos modos lo que digo es cierto, no tiene por qué morir. Pronto el Reino del Huilli va a caer y cambiará todo el régimen de Peumayen, sería astuto de su parte unirse al bando ganador.

— ¿Cómo sé que serán mejores que ellos? —Me sorprende el hecho de que a pesar del miedo en su temblorosa voz, sus palabras son duras, como su mirada. Sus ojos azules, por lo que puedo ver, miran los míos con una súplica que me asusta. Quiere que le prometa que seremos mejores que los otros guerreros.

Y no puedo hacer eso. Quiero mentirle y decirle que así es, que seremos mejores y que se aproxima un Peumayen mucho más justo y equitativo, pero las palabras no salen de mi boca, peor aún, la sola idea de pensarlas hace que tenga un sabor amargo.

—Lo intentaremos —susurro casi sin fuerzas—. Quiero creer que podemos lograrlo.

He sonado débil, no solo eso, también ingenua, tan ingenua que paso al punto de una idiota. Miro al soldado, esperando encontrar alguna burla o muestra de ira por la respuesta que he dado, pero su mirada está vacía. Se remueve, pero no suelto mi agarre. Para mi sorpresa me entrega un papel.

Lo mantengo sujeto, aunque con las sombras, mientras que con mis manos temblorosas lo abro.

—Es la ubicación... de sus celdas... y esto... —me tiende una extraña pieza de metal, la tomo y la observo en mi mano, creo que debe ser una especie de llave.

Un dolor aparece en mi garganta. La victoria se siente tan cerca que me siento asustada. Quiero darle las gracias, pero en el momento en que elimino mi control sobre él, sale corriendo.

Observo alrededor y noto que estoy sola en este rincón, no sé dónde habrán ido los demás, no importa porque sé a dónde debo ir. Abro el papel y trato de ubicarme, me demoro, pero una vez que lo hago, todo tiene sentido, el diseño casi laberíntico de la prisión y la ubicación de las celdas. He visto este diseño cientos de veces en libros y telares. No me detengo a pensar, busco la

celda que está más cerca de mi posición y corro hacia ella, no me creo capaz de usar mis poderes para viajar entre las sombras en este momento.

Llego a la primera celda, con dedos entumecidos meto la llave y empujo la gran puerta de metal, el contacto quema mi piel, como si fuera hielo. Emite un ruido seco mientras la empujo y me obligo a seguir hasta que el espacio es suficiente como para pasar. Dentro está oscuro, oscuro como una noche sin estrellas.

—Caban —el nombre del guerrero de la Tierra sale débil entre mis labios, así que me obligo a levantar el volumen—. ¡Caban! ¡Soy...! —No alcanzo a terminar de hablar, ya que alguien se lanza sobre mí y caigo al suelo con un fuerte golpe en mi cadera.

El dolor hace que mis ojos lagrimeen y me quita el aliento, veo como una figura borrosa pasa por mi lado.

Intento hablar, sin embargo, no puedo.

Hago lo primero que se me ocurre, me levanto la túnica y dejo mi sello a la vista, ocupo la energía que me queda en que brille, esperando que el guerrero pueda verlo y sepa distinguir que no soy una guerrera amarilla.

La figura se detiene, pues la luz de mi copahue es la única en este pasillo. Su mirada se posa en mí, pero no puedo distinguir su rostro. Con lentitud se acerca y yo pestañeo repetidas veces para aclarar mi visión. Trago saliva y trato de hablar.

—Hemos venido... por ustedes —mi voz sale entrecortada y algo ronca.

— ¿Quiénes?

—Los guerreros —respondo.

—Los guerreros fueron quienes me metieron en esta celda.

—No somos esos guerreros.

—No hay de otro tipo de guerreros —el tono acre en su voz me hace ver lo oscuro que debió haber sido su estancia en esta prisión, creyendo que todos los que eran como él estaban prisioneros, sin esperanza alguna de encontrar una forma de salir, salvo por la muerte. Curiosamente, es la muerte quien viene a liberarlo.

—Sí los hay... —toso, mientras, me endezco usando el muro de metal como apoyo—. Ambos somos de ese tipo de guerreros.

— ¿Cómo...? —Su expresión de sorpresa me paraliza, no se permite tener esperanza y entiendo ese sentimiento con una perfección casi dolorosa.

—Algunos logran escapar, no somos muchos —pongo mi mano en su brazo, su primer instinto es retroceder, pero luego me deja tocarlo.

Todo explota en ese momento. Mi cuerpo vibra con energía y me siento más poderosa de lo que me he sentido jamás. Veo en su rostro que también lo siente. Nuestros sellos brillan y parecemos una estrella en esta oscuridad de metal. Puedo verlo con claridad y me sorprende al

notar que es de la raza amarilla; cabello rubio, piel blanca y ojos de un verde intenso como el bosque.

Suelto mi agarre de su brazo y él da un paso en mi dirección, buscando un poco más de lo que sea que nos pasó. Su mirada se ve hambrienta de muchas cosas, de contacto, de luz, de calor, de poder... de otra criatura a la que tocar.

Intento hablar, pero no puedo formar ideas coherentes.

Él desvía la mirada a la luna y ahoga un grito, sigo su línea de visión y abro la boca. La luna creciente está roja y se llena a cada segundo que pasa.

Debe ser una masacre allá afuera.

—Debemos sacar al resto —levanto la llave—. ¿Puedes hacerlo? —Pregunto, considerando que quizá prefiera quedarse.

—Sí, podría hasta crear un terremoto con... —se queda en silencio y su mirada se posa en la mía.

—Vamos —digo antes de que se vuelva demasiado incómodo.

Capítulo 42

El sol sale antes de que nos demos cuenta, aunque tampoco es tan grave. Gran parte de los soldados están muertos, otros heridos que fueron tomados como prisioneros y otros que se rindieron, como el soldado con el que hablé.

Quiero ignorar la cantidad de muerte, pero me es muy difícil pues cada una de ellas pasa por mí como si fuera un portal. De cierta forma lo soy, las almas pasan por el portal más cercano y en este caso, ese soy yo. Fue una masacre, la tierra todavía está manchada con sangre y no creo que vaya a desaparecer pronto.

Al alba, cuando todavía se podía ver la luna, los selknam se acercaron a mí, yo estaba todavía tratando de recuperar el aliento por la carrera que hice para sacar a los guerreros. Uno de ellos se adelantó y me pidió que pagara mi deuda. Eso hice, les dije que tenían el camino libre al quinto mundo. Fue doloroso cuando esas almas condenadas pasaron a través de mí, sentí su dolor y su culpa, creo que lloré y gemí de dolor, sin embargo, nadie se atrevió a acercarse pues había un aura oscura entorno mío.

Sacar a los guerreros fue relativamente sencillo, pero muy lento. A los que podían les pedíamos que nos acompañarán y a los que no, los dejábamos en alguna zona para ir por ellos después.

Antes de que me diera cuenta teníamos a los diez guerreros juntos. Porque el décimo primero, Ix el Mago, no estaba. Ese sello perteneció sola una vez a un mortal, luego, desapareció de Peumayen, probablemente, volvió al mar del tiempo.

La mirada de Caban me sigue a todos lados donde voy, la intensidad con la que lo hace me recuerda a Ahau, al que no he visto desde que entramos a la prisión. Muluc me dijo que se había puesto a buscar a su primo, por desgracia, no había rastros de él.

Mi boca se abre por la sorpresa.

No puede ser.

Corro hacia la tienda donde están curando las heridas de los guerreros prisioneros y busco con la mirada a Caban, pero él ya está mirándome, como si supiera que yo había entrado. Camino decidida hacia él, aunque me siento levemente intimidada.

— ¿Quién eras antes de ser Caban? —Pregunto, sentándome a su lado.

Mantiene su expresión neutra y responde con un tono aburrido.

— ¿Eso qué importa ya?

—Tu primo te está buscando —abre los ojos, sus enormes ojos verdes parecidos a los de Ahau pero de otro color. Sus pestañas son igual de largas, aunque de un tono rubio más oscuro—. Ahau está con nosotros.

— ¿Dónde? —La palabra se pierde en su boca. Le hago una seña para que me siga y juntos

nos vamos a buscar al guerrero.

Pregunto por él y me dicen que sigue dentro. Suspiro y entramos a la prisión, un escalofrío recorre a Caban cuando lo hacemos, supongo que no debe ser muy agradable entrar a un lugar en el que estuvo prisionero por años.

No logramos encontrarlo al principio, por lo que optamos por dividirnos. Camino obligándome a mantener el ritmo y no dejar que el metal me deje seca. Una llama más adelante llama mi atención, corro a ella y noto que es Ahau con una antorcha en su mano, no tiene sentido desperdiciar energía en usar sus poderes dentro de este lugar.

— ¡Cimi! —Grita cuando me ve y corre a mi encuentro. Me sorprende cuando me estrecha entre sus brazos—. Estaba preocupado... no creí que te pasara algo, pero de todos modos —habla veloz—. He revisado todo este lugar, creo que Cib me mintió.

No alcanzo a hablar, pues la voz de Caban nos interrumpe.

—Hola primo —Ahau se separa de mí, pero me mantiene sujeta de la mano. El calor me recorre desde ella, como si estuviera derritiéndome por su contacto.

— ¿Felipe? —Su tono es de duda.

—Supongo que no me veo igual a como me recordabas —Caban sonrío triste y me mira, luego baja la vista a nuestras manos unidas y siento el deseo de soltar a Ahau, aunque se ve tan inestable que me asusta—. Además, ese ya no es mi nombre.

Oh no. Aquí viene.

—Soy Caban, el guerrero de la Tierra.

Esta vez, es Ahau quien me suelta y se acerca a su primo. Pone ambas manos en sus hombros, dejando caer la antorcha, y le pide que lo repita, así lo hace Caban. Luego, todos nos quedamos en silencio.

—Fue el primero al que sacamos —explico solo por decir algo—. Debí suponer que era tu primo, ya que es el único de la raza amarilla en la Carcerem.

Ambos me miran un momento y decido dejarlos solos, pero mientras me alejo Ahau me sujeta del brazo. Sus ojos oscuros me miran suplicantes.

—No te vayas —pide.

Miro a Caban y este nos observa con una ceja levantada, desvío la mirada hacia Ahau.

—Está bien, pero salgamos de aquí.

Me siguen en silencio mientras los guío a la salida de la Carcerem. El trayecto se hace lento y pesado porque seguimos sin hablar, además hay una tensión entre ambos primos que me parece poco natural, considerando que Ahau insistió en encontrarlo, de hecho, ese fue el motivo por el que se involucró con nosotros.

El sol me ciega al salir, dentro es tan oscuro y frío que el exterior me parece demasiado brillante y sofocante, no tengo calor, pero sí siento el aire diferente. Me dirijo a una zona con

árboles que está a poca distancia del pueblo. Me apoyo en un tronco y los miro, esperando a ver quién da el primer paso.

— ¿Qué pasó hace cinco años? —Levanto una ceja curiosa ante la pregunta de Ahau, pero me mantengo en silencio. Yo recibí mi sello hace cinco años.

—Se me encomendó mi primera misión como el discípulo del Sol, el anterior Ahau me pidió que lo acompañara en un viaje.

—Dijeron que era un viaje de caza.

—Lo era —mi estómago se contrae, la verdadera historia comienza a encajar en mi cabeza.

Ahau parece no entenderlo, así que le aclaro.

—Una caza de guerreros —mi voz es seca cuando hablo y raspa mi garganta cuando lo hago. Ahau me mira, luego en su rostro se nota el cambio una vez que entiendo lo que digo.

— ¿Por qué? —Caban hace una mueca desagradable al escucharlo, claramente molesto por la ingenuidad por parte del guerrero. Decido intervenir antes de que esta situación se ponga aún más incómoda.

—Los guerreros mueren, aun estando en la prisión el sello pasa a otra criatura de Peumayen. Supongo... —dudo porque no tengo certeza de lo que digo— que los guerreros al morir no escogían discípulo, por lo que el sello era heredado a una persona aleatoria. Los soldados amarillos debían salir a buscar al heredero cada vez que uno de los guerreros prisioneros moría.

Caban se queda en silencio con la vista fija en mí. La sensación en mi copahue es estresante, el sello vibra con fuerza cuando me mira de esa forma. Quiero desviar la vista, aunque me resulta imposible dejar de ver sus ojos verdes. Estoy segura que esto no es normal.

— ¿Cómo lo sabes? —Pregunta Caban.

—Porque... —tomo una respiración y observo de reojo a Ahau—. Yo recibí el sello por casualidad cuando un anciano que recibió el poder de Cimi estaba siendo perseguido por soldados.

— ¿Qué pasó?

—Cuidé de él durante una noche y a la siguiente... se suicidó. Él me dio sello en ese momento.

— ¿Cuándo?

Me comienzan a aburrir las preguntas lacónicas de Caban, pero respondo esta porque sé la importancia que tiene para ambos.

—Hace cinco años —sus ojos se abren por la sorpresa.

—Yo... —aclaro su voz antes de hablar, al parecer sorprendido de descubrir cuál es mi

sello—. El anterior Ahau me dijo que iríamos en busca del guerrero más peligroso —Ahau va a hablar, pero no se lo permite—. En ese entonces me habían contado sobre la Carcerem y su versión distorsionada de los hechos —le es imposible ocultar el asco en sus palabras—. No podía decirte nada —se explica ante la mirada de Ahau— y de todos modos se suponía que jamás te enterarías de la existencia de ellos.

— ¿La cacería era por el Enlazador de Mundos?

—Sí, eso es lo que dijo.

—Pero no lo encontraron.

—Nos dividimos. Al llegar a un pueblo las personas nos comentaron que habían visto actitudes sospechosas en un hombre que había pasado poco antes. Pensamos que podría haber sido una criatura mágica, así que decidimos ir a por él y dejar al resto de los soldados buscando al guerrero... no se suponía que intentarían atraparlo, solo debían seguirle el rastro y nosotros haríamos el resto.

Un frío congela mi columna y me paraliza. Todo podría haber sido muy distinto, terriblemente distinto, si él me hubiese encontrado. Yo lo hubiese matado y Ahau aceptaría la muerte de su primo desde un comienzo, quizá hubiese visto su cuerpo, por lo que jamás se habría unido a nosotros.

—Mi historia es similar a la tuya —comienza a explicar Caban—. Nos sorprendimos mucho al encontrar al hombre, resultó que no era una criatura mágica sino que el guerrero de la Tierra. No tenía muchas posibilidades contra el guerrero del Sol, sobre todo considerando que él apenas manejaba sus poderes porque llevaba poco tiempo teniéndolos. El hombre lo sabía, también. En un momento en que Ahau se acercaba a él su mirada se posó en mí, de alguna forma debió haber intuido que era su discípulo y no sé cómo, terminó sacando una daga y cortando su garganta. Nos quedamos de piedra viendo cómo moría. Ahau maldijo, diciendo que ahora tendríamos que buscar a otro, pero poco después apareció el sello. Los soldados que iban con nosotros no dudaron en seguir las órdenes que dio Ahau de encerrarme.

—Pero... tenías la marca del Sol —murmura Ahau.

—La marca que deja un guerrero en su discípulo no funciona como una marca, es como si una parte del sello pasara a él, una parte pequeña —respondo—. De todos modos puede ser revertida, como le ocurrió. Aunque tuviera la marca del discípulo del Sol, el sello de la Tierra llegó antes y se rompió cualquier conexión que antes pudiera tener —me quedo en silencio un momento, luego hago la pregunta que llevo mucho queriendo hacer—. ¿El anterior Ahau no dudó en pedir que te encarcelaran? ¿No son todos ustedes familia o algo? —Ahau se contrae con una mueca de dolor.

Mierda, creo que acabo de meter la pata.

—Era mi padre —responde Caban.

Sí, la metí hasta la rodilla.

Epílogo

Camino con parsimonia desde la pequeña cabaña que nos asignaron. Quizá el hecho de que fuéramos guerreros no significó gran cosa para los lugareños, pero eso no impidió que existiera un respeto natural hacia nosotros, después de todo, fuimos quienes los ayudaron a liberarse del yugo que la raza amarilla puso sobre sus cabezas.

Los ayudamos tanto como ellos nos ayudaron, a decir verdad.

A medida que me acerco a la zona poblada, en la que todavía se vive un ambiente festivo, tanto para los guerreros que al fin se encuentran en libertad, como para los lugareños que pueden volver a sus antiguas tierras, decido pasar de largo e irme a la playa.

Caban me llama y hace señas para que vaya a su lado, la mirada tensa de Ahau no tarda en aparecer en su rostro. Yo solo le sonrío y niego, sin dejar de avanzar.

Varios guerreros se dedican a comer y beber como si no hubiera mañana, otros... bueno, aprovechan la buena disposición de los habitantes de la isla para saciar otros tipos de necesidades. La fiesta destila un olor a necesidad que parece entrar por mis poros, casi contagiándome. Hay gritos y cantos, bailes y explicaciones sumamente gesticuladas, la comida y bebida sale por montones, ya que fuimos a asaltar la bodega de la Carcerem, la que se encontraba llena de todo lo que pudiéramos imaginar.

Viven esta noche como si el sol no apareciera mañana.

A pesar del estridente ruido de la celebración, no apresuro el paso. Sigo caminando con la misma calma que al comienzo, disfrutando del leve descenso de la iluminación y el desgaste paulatino del sonido de la fiesta que pasa a ser reemplazado por el murmullo constante del océano.

La tierra da paso a las piedrecillas y mis pasos se tornan un poco más lentos y ruidosos.

No soy capaz de controlar la sonrisa que aparece en mis labios.

Por primera vez en mucho tiempo considero la idea... la terrible y poderosa idea de que soy feliz, al menos, en este preciso momento de mi vida me siento feliz, o lo más cercano a la felicidad que hay. Lo más cercano a la felicidad que un Enlazador de Mundos puede conseguir.

Me quito las botas y los pantalones. La arena se siente fría en mis pies, pero no me importa. El frío hace mucho que dejó de ser un problema para mí.

Camino con la vista fija en las olas que revientan, generando esa espuma casi plateada a la luz de la luna y llenando el aire con un olor salado.

Meto mis pies en el agua, dejando que las olas me mojen solo hasta los tobillos. Un temblor me recorre y debo cerrar las manos en puños y respirar hondo para controlarme. Cada parte de mi cuerpo quiere lanzarse al mar a nadar, a ser un boto, a ser la yo que he tenido dormida por más tiempo del que quisiera.

Después de varios minutos así mi cuerpo se adormece y me permite seguir siendo humana con mis piernas sumergidas, me animo a avanzar un poco más, hasta que el agua me moja hasta las caderas. Quiero seguir siendo humana, al menos durante estos instantes.

Hay tantas cosas pasando dentro de mí, que necesitan la profundidad y complejidad de una mente humana para procesarlas y tratar de darles un orden. Mantengo mis palmas en contacto con la superficie, sin hundirlas, pero sin alejarme. Quiero creer que la conexión con mis raíces, con lo que mis padres fueron sigue ahí, aquí, dentro de mí. Quiero creer que sigo siendo la persona que mis padres querían que fuera. Quiero creer que no les importaría si no lo fuera.

Necesito creer que siendo humana no estoy traicionando lo que soy o lo que fui siendo su hija.

A pesar de todo esto, de todas las dudas que me asaltan, del miedo y la incerteza del futuro, me encuentro feliz. Un extraño sentimiento de comodidad, casi orgullo se asentó en mi pecho desde el momento en el que liberamos al último guerrero. Como si algo dentro de mí me dijera “bien, lo estás haciendo bien, sigue así”.

Las cosas están tomando su curso.

Sí, mis padres murieron por querer buscar un mundo de igualdad para nuestra especie, por ser atrevidos y aventurarse en el continente, por recordar cosas que los demás olvidaban por seguridad. Sí, viví mucho tiempo sola en la cordillera en condiciones peores que un mendigo. Sí, asesiné a esos soldados, les quité la vida y disfruté haciéndolo, es algo con lo que tendré que vivir el resto de mi vida. Sí, fui rechazada por los guerreros que me acogieron. Sí, todavía queda la mitad del trabajo por delante, liberamos a los guerreros, aunque todavía no hemos vencido a la raza amarilla, todavía no recuperamos Peumayen.

Sin embargo, hay muchas otras cosas que han venido acompañadas de todas esas.

Aprendí el valor de luchar por tus ideales con todas tus fuerzas y que, a veces, hay precios elevados que valen la pena pagar. Aprendí a vivir por mí misma, a ser independiente y fuerte. Aprendí que el poder es adictivo, que soy capaz de ser un peligro y que nunca más volveré a ser una víctima indefensa. Aprendí que el amor y el cariño no son instantáneos, que deben ser ganados, como algo que cuidar y proteger. Aprendí que, aunque fuimos traicionados por unos, muchos otros están de nuestro lado. No todo Peumayen nos ha dado la espalda.

He aprendido en estos días mucho más de lo que aprendí cinco años encerrada en el Castillo Rojo. Supongo que hay cosas que no pueden ser aprendidas en los libros, sin importar qué tan sabia fue la persona que lo escribió. La vida es el mayor libro y yo, la guerrera de la muerte, estoy más que dispuesta a vivir mi vida, a aprender con ella y, por sobre todo, a disfrutarla. A disfrutarla como si no hubiera mañana, porque yo más que nadie sé el delgado equilibrio en que se encuentran las cosas.

Sé que la muerte se encuentra más cerca de lo que queremos creer.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)